COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 455 y 456

VOLTAIRE

Historia del imperio de Rusia bajo Pedro el Grande

TOMO II Y ÚLTIMO



Precio: Una peseta.

MADRID, 1921

Voltaire

HISTORIA DEL IMPERIO DE RUSIA

TOMO II Y ÚLTIMO

MCMXXI

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española

VOLTAIRE

HISTORIA
DEL
IMPERIO DE RUSIA
BAJO PEDRO EL GRANDE

TOMO II Y ULTIMO

La traducción del francés ha sido
hecha por Luis Gutiérrez del Arroyo



MADRID, 1921


"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Campaña del Pruth

El sultán Achmet III declaró la guerra a Pedro I; pero esto no fué para favorecer al rey de Suecia, sino, seguramente, por su propio interés. El kan de los tártaros de Crimea veía con temor un vecino que había llegado a ser tan poderoso. La Puerta recelaba de sus barcos sobre el Palus-Meótide y sobre el mar Negro; de la ciudad de Azof, fortificada, y del puerto de Tangarok, ya célebre; en fin, de tantos y tan grandes triunfos, y del aumento de ambición que los éxitos producen siempre.

No es ni verisímil ni verdadero que la Puerta Otomana hiciese la guerra al zar en el Palus-Meótide porque un navío sueco hubiese apresado en el mar Báltico una barca en la que se encontró una carta de un ministro cuyo nombre nunca se ha dicho. Norberg ha escrito que esta carta contenía un plan de conquista del imperio turco; que la carta fué llevada a Carlos XII, en Turquía; que

Carlos la envió al Diván, y que por esta carta se declaró la guerra. Esta fábula lleva consigo el carácter bastante marcado de fábula. El kan de los tártaros, más inquieto todavía que el Diván de Constantinopla por la vecindad de Azof, fué quien, a instancias suyas, consiguió que se emprendiese la campaña. Lo que refiere Norberg sobre las pretensiones del sultán no es menos falso ni menos pueril; dice que el sultán Achmet envió al zar las condiciones bajo las cuales concertaría la paz antes de haber comenzado la guerra. Estas condiciones eran, según el confesor de Carlos XII, restaurar a Estanislao, devolver la Livonia a Carlos, pagar a este príncipe, en dinero contante, lo que le había tomado en Pultava, y demoler a Petersburgo (1). La Livonia no estaba aún toda entera en poder del zar cuando Achmet III tomó, en el mes de agosto, la resolución de decidirse. Apenas si podía saber la rendición de Riga. La proposición de restituir en dinero los efectos perdidos por el rey de Suecia en Pultava sería, de todas las ideas, la más ridícula, si la de demoler Petersburgo no lo fuese aún más. Hubo mucho de fantástico en la conducta de Carlos en Bender; pero la del diván hubiera sido más fantástica todavía si hubiese tenido tales exigencias.

---

(1) Esto fué fraguado por un tal Brazey, autor famélico de una hoja titulada *Memorias satíricas, históricas y entretenidas*. Norberg bebió en esa fuente. Parece que el confesor no era el confidente de Carlos XII.

Noviembre 1710.—El kan de los tártaros, que era el gran motor de esta guerra, fué a ver a Carlos en su retiro. Los dos estaban unidos por los mismos intereses, puesto que Azof está frontero de la pequeña Tartaria. Carlos y el kan de Crimea eran quienes más habían perdido con el engrandecimiento del zar: pero el kan no mandaba los ejércitos del sultán; era como los príncipes feudatarios de Alemania, que sirvieron al imperio con sus propias tropas, subordinadas al general del emperador alemán.

29 *noviembre* 1710.—El primer paso del Diván fué hacer detener en las calles de Constantinopla al embajador del zar, Tolstoy, y a treinta de sus criados, y encerrarlo en el castillo de las Siete Torres. Esta costumbre bárbara, de la que los salvajes se avergonzarían, procede de que los turcos tienen siempre ministros extranjeros residiendo continuamente allí, mientras que ellos no envían nunca embajadores ordinarios. Miran a los embajadores de los príncipes cristianos como cónsules de comerciantes; y no sintiendo menos desprecio por los cristianos que por los judíos, no se dignan observar con ellos el derecho de gentes sino cuando se ven forzados a ello; por lo menos hasta ahora han persistido en este orgullo feroz.

El célebre visir Achmet Couprougli, que tomó Candía bajo Mahomet IV, había tratado al hijo de un embajador de Francia afrentosamente, y, habiendo llevado la brutalidad hasta el punto de golpearle, le había reducido a prisión, sin que

Luis XIV, tan orgulloso como era, hubiese mostrado su resentimiento más que enviando otro ministro a la Puerta. Los príncipes cristianos, muy delicados entre sí en todo lo que toca al puntillo de honor, y que hasta lo han hecho entrar en el derecho público, parece que lo han olvidado con los turcos.

Nunca soberano alguno se vió más ofendido en la persona de sus ministros que el zar de Rusia. En el transcurso de pocos años vió a su embajador en Londres reducido a prisión por deudas; a su plenipotenciario en Polonia y en Sajonia muerto en el suplicio de la rueda, por orden del rey de Suecia; a su ministro en la Puerta Otomana cogido y llevado a la cárcel en Constantinopla como un malhechor.

La reina de Inglaterra, como ya hemos visto, le dió entera satisfacción por el ultraje de Londres. La terrible afrenta recibida en la persona de Patkul, fué lavada con la sangre de los suecos en la batalla de Pultava; pero la fortuna dejó impune la violación del derecho de gentes por los turcos.

Enero 1711. — El zar se vió obligado a dejar el teatro de la guerra en Occidente, para ir a combatir en las fronteras de Turquía (1). Primeramente hace avanzar, hacia la Moldavia, diez regimientos que estaban en Polonia; ordena al mariscal Sheremeto salir de la Livonia con su cuerpo de ejército; y, dejando al príncipe de Men-

(1) Es muy extraño que tantos autores confundan la Valaquia y la Moldavia.

zikoff al frente de los asuntos de Petersburgo, va a Moscú a dictar todas las órdenes para la campaña que va a iniciarse.

18 *enero* 1711. — Se establece un senado de regencia; sus regimientos de guardias se ponen en marcha; ordena a los jóvenes nobles acudan a aprender bajo su mando el oficio de la guerra; coloca a unos en calidad de cadetes, a otros como oficiales subalternos. El almirante Apraxin va a Azof a encargarse del mando en tierra y mar. Tomadas todas estas medidas, ordena en Moscú que se reconozca una nueva zarina: ésta era aquella misma persona hecha prisionera de guerra en Marienburgo en 1702. Pedro había repudiado, el año 1696, a Eudoxia Lapoukin (1), su esposa, de la que tenía dos hijos. Las leyes de su Iglesia permiten el divorcio; y si ellas lo hubiesen prohibido, él hubiese hecho una ley para permitirlo.

La joven prisionera de Marienburgo, a quien se había dado el nombre de Catalina, estaba por encima de su sexo y de su desgracia. Se hizo tan agradable por su carácter, que el zar quiso tenerla cerca de sí; le acompañó en sus viajes y en sus penosos trabajos, participando de sus fatigas, endulzando sus penas con la alegría de su espíritu y su complacencia, no conociendo este aparato de lujo y de molicie, del que las mujeres han creado en otras partes necesidades reales. Lo que dió más singularidad a esta benevolencia es que no

(1) O Laponchin.

se vió envidiada ni combatida, y que nadie pudo llamarse su víctima. Ella calmó con frecuencia la cólera del zar, y todavía le hizo más grande haciéndole más clemente. En fin, se le hizo tan necesaria, que se casó secretamente con ella en 1707. Tenía ya dos hijas de ella, y al año siguiente tuvo una princesa que después casó con el duque de Holstein. El matrimonio secreto de Pedro y de Catalina fué declarado el mismo día que el zar (1) partió con ella para ir a probar su fortuna con el imperio otomano.

27 *marzo* 1711. — Todas las disposiciones prometían un feliz resultado. El hetman de los cosacos debía contener a los tártaros que ya asolaban la Ukrania desde el mes de febrero; el ejército ruso avanzaba hacia el Niester; otro cuerpo de ejército, bajo el príncipe Gallitzin, marchaba por la Polonia. Todos los principios fueron favorables, pues Gallitzin, habiendo encontrado cerca de Kiev una partida numerosa de tártaros unidos a algunos cosacos y a algunos polacos del partido de Estanislao, y aun de suecos, los derrotó completamente y les mató cinco mil hombres. Esos tártaros habían ya hecho diez mil esclavos en la llanura. Es de tiempo inmemorial la costumbre de los tártaros de llevar consigo más cuerdas que cimitarras para atar a los desgraciados a quienes sorprenden. Los cautivos fueron todos libertados y sus raptores pasados a cuchillo. Todo el ejército, si hubiese

(1) Diario de Pedro el Grande.

estado reunido, debía ascender a sesenta mil hombres. Todavía debería ser aumentado con las tropas del rey de Polonia. Este príncipe, que todo lo debía al zar, fué a encontrarle, el 3 de junio, en Iaroslau, sobre el río Sane, y le prometió valiosos socorros. Se proclamó la guerra contra los turcos en nombre de los dos reyes; pero la Dieta de Polonia no ratificó lo que Augusto había prometido: no quiso romper con los turcos. Era el sino del zar tener en el rey Augusto un aliado que no podía ayudarle nunca. Las mismas esperanzas tuvo en la Moldavia y en la Valaquia, y sufrió igual equivocación.

La Moldavia y la Valaquia debían sacudir el yugo de los turcos. Esos países son los de los antiguos dacios, quienes, unidos a los gépidos, inquietaron durante mucho tiempo al imperio romano: Trajano los sometió; el primer Constantino los hizo cristianos. La Dacia fué una provincia del imperio de Oriente; pero bien poco después, estos mismos pueblos contribuyeron a la ruina del de Occidente, sirviendo bajo los Odoacros y Teodorico.

Estos países quedaron después unidos al imperio griego; y cuando los turcos tomaron Constantinopla, fueron gobernados y oprimidos por príncipes especiales. Al fin han sido sometidos enteramente por el padishá o emperador turco, que es quien da la investidura. El hospodar o vaivoda que la Puerta escoge para gobernar esas provincias es siempre un cristiano griego. Los turcos, con

esta elección, muestran su tolerancia, mientras que nuestros charlatanes ignorantes les reprochan la persecución. El príncipe que la Puerta nombra es tributario, o más bien arrendatario; ella confiere esta dignidad a quien más ofrece y al que hace más regalos al visir, lo mismo que confiere el patriarcado griego de Constantinopla. Algunas veces es un drogman, es decir, un intérprete del diván, quien obtiene este cargo. Rara vez la Moldavia y la Valaquia están reunidas bajo un mismo vaivoda; la Puerta separa estas dos provincias para estar más segura de ellas. Demetrio Cantemir había obtenido la Moldavia. Este vaivoda Kantemir se hacía descender de Tamerlán, porque el nombre de Tamerlán era Timur, y este Timur era un kan tártaro; y del nombre de Timur-kan procede, decían, la familia de Kantemir.

Bassaraba Brancovan había sido encargado del gobierno de la Valaquia. Este Bassaraba no encontró ningún genealogista que le hiciese descender de un conquistador tártaro. Kantemir creyó que había llegado el momento de sacudir la dominación de los turcos y hacerse independiente con la protección del zar. Hizo precisamente con Pedro lo que Mazeppa había hecho con Carlos. Comprometió también primeramente al hospodar de Valaquia, Bassaraba, a entrar en la conspiración, de la que esperaba recoger todo el fruto. Su plan era hacerse dueño de las dos provincias. El obispo de Jerusalén, que estaba entonces en Valaquia, fué el alma del complot. Kantemir prometió al zar

tropas y víveres, como Mazeppa había prometido al rey de Suecia, y no cumplió mejor su palabra.

El general Sheremeto avanzó hasta Yassi, capital de la Moldavia, para observar y contribuir a la ejecución de esos grandes proyectos. Kantemir acudió a encontrarle y fué recibido como un príncipe; pero él no obró como príncipe más que publicando un manifiesto contra el imperio turco. El hospodar de Valaquia, que muy pronto descubrió sus miras ambiciosas, abandonó el partido y volvió a la legalidad. El obispo de Jerusalén, temiendo, con razón, por su cabeza, huyó y se ocultó; los pueblos de la Valaquia y la Moldavia permanecieron fieles a la Puerta Otomana, y los que debían suministrar víveres al ejército ruso los llevaron al ejército turco.

Ya el visir Baltagi-Mehemet había pasado el Danubio al frente de cien mil hombres, y marchaba hacia Yassi a lo largo del Pruth, en otro tiempo el río Hieraso, que vierte en el Danubio, y que está aproximadamente en la frontera de la Moldavia y de la Besarabia. Envió entonces al conde Poniatowski, gentilhombre polaco, agregado al partido del rey de Suecia, a rogar a este príncipe fuese a visitarle y a ver su ejército. Carlos no pudo decidirse a ello; exigió que el gran visir le visitase primero en su asilo próximo a Bender: su orgullo podía más que su interés. Cuando Poniatowski volvió al campo turco y expuso la negativa de Carlos XII: *Ya esperaba yo,* dijo el visir al kan de los tártaros, *que ese orgulloso pagano proce-*

dería así. Esta soberbia recíproca que enloquece siempre a todos los hombres con cargo, no benefició los asuntos del rey de Suecia; él debió, por otra parte, observar bien pronto que los turcos no obraban más que en provecho de ellos y no en el de él.

Mientras que el ejército otomano pasaba el Danubio, el zar avanzaba por las fronteras de Polonia, pasaba el Borístenes para ir a salvar al mariscal Sheremeto, quien al sur de Yassi, en las orillas del Pruth, estaba amenazado de verse muy pronto rodeado por cien mil turcos y un ejército de tártaros. Pedro, antes de pasar el Borístenes, tenía miedo de exponer a Catalina a un peligro que cada día se hacía más terrible; pero Catalina miraba esta atención del zar como un ultraje a su cariño y a su valor; instó tanto, que el zar no pudo prescindir de ella: el ejército la veía con alegría a caballo a la cabeza de las tropas; rara vez utilizaba un carruaje. Fué preciso marchar más allá del Borístenes por algunos desiertos, atravesar el Bog, y en seguida el río Tiras, que hoy se llama Niester; después de lo cual se encontraba todavía otro desierto antes de llegar a Yassi, a orillas del Pruth. Ella animaba al ejército, repartía en todo él la alegría, enviaba socorros a los oficiales enfermos y extendía sus cuidados a los soldados.

4 *julio* 1711.—Se llegó al fin a Yassi, donde había que establecer almacenes. El hospodar de Valaquia, Bessaraba, volvió a ingresar en el bando

de la Puerta, y, fingiendo pertenecer al del zar, le propuso la paz, aunque el gran visir no le hubiese encargado de ello; se comprendió en seguida la asechanza; se limitaron a pedirle víveres, que no podía ni quería suministrar. Era difícil hacerlos venir de Polonia; las provisiones que Kantemir había prometido, y que esperaba en vano sacar de la Valaquia, no podían llegar; la situación se hacía inquietante. Una peligrosa plaga se unió a todos estos contratiempos; nubes de langostas cubrieron los campos, los devoraron y los infectaron; faltaba el agua con frecuencia durante la marcha, bajo un Sol abrasador y en desiertos áridos; hubo necesidad de llevar al ejército agua en toneles.

Pedro, en esta expedición, se encontraba, por una fatalidad singular, al alcance de Carlos XII, pues Bender no está alejado más que veinticinco leguas comunes del sitio en que el ejército ruso acampaba cerca de Yassi. Algunas partidas de cosacos penetraron hasta el retiro de Carlos; pero los tártaros de Crimea, que merodeaban por estos lugares, pusieron al rey de Suecia a cubierto de una sorpresa. Este esperaba con impaciencia y sin miedo, en su campo, el resultado de la guerra.

Pedro se apresuró a marchar sobre la orilla derecha del Pruth en cuanto hubo establecido algunos almacenes. El objeto decisivo era impedir a los turcos, apostados más abajo de la orilla izquierda, pasar el río y llegar hasta él. Esta maniobra debía hacerle dueño de la Moldavia y de la

Valaquia; envió al general Janus con la vanguardia para oponerse a ese paso de los turcos; pero el general no llegó hasta el momento preciso en que aquéllos pasaban sobre sus pontones; se retiró, y su infantería fué perseguida hasta que el mismo zar vino a salvarle.

El ejército del gran visir avanzó entonces rápidamente hacia el del zar, a lo largo del río. Estos dos ejércitos eran muy diferentes: el de los turcos, reforzado con tártaros, era, dicen, de casi doscientos cincuenta mil hombres; el de los rusos no era entonces más que de unos treinta y siete mil combatientes. Un cuerpo bastante considerable, bajo el general Renne, estaba más allá de las montañas de la Moldavia, sobre el río Sireth, y los turcos le cortaron la comunicación.

El zar empezaba a carecer de víveres, y apenas si sus tropas, acampadas no lejos del río, podían tener agua; estaban expuestas a una numerosa artillería colocada por el gran visir en la orilla izquierda, con un conjunto de tropas que tiraba sin cesar sobre los rusos. Parece, por esta narración muy detallada y muy fiel, que el visir Baltagi-Mehemet, lejos de ser un imbécil, como los suecos le han presentado, se había conducido con mucha inteligencia. Pasar el Pruth a la vista del enemigo, obligarle a retroceder y perseguirle, cortar de una vez la comunicación entre el ejército del zar y una masa de caballería, encerrar este ejército sin dejarle retirada alguna, privarle del agua y los víveres, mantenerle bajo las baterías de artille-

ría que le amenazaban desde la orilla opuesta: todo esto no era propio de un hombre sin actividad y sin previsión.

Pedro se encontró entonces en una situación peor que la de Carlos XII en Pultava: rodeado como él por un ejército superior, experimentando más que él la escasez, y habiéndose fiado como él de las promesas de un príncipe demasiado poco poderoso para cumplirlas, tomó la resolución de retirarse, e intentó ir a escoger un campo conveniente, volviéndose hacia Yassi.

20 *julio* 1711.—Levantó el campo por la noche; pero apenas se pone en marcha, los turcos caen sobre su retaguardia al amanecer. El regimiento de guardias Preobazinski detuvo mucho tiempo su ímpetu. Se formó, se hicieron atrincheramientos con los carros y la impedimenta. El mismo día todo el ejército turco atacó a los rusos. Una prueba de que éstos podían defenderse, dígase lo que se diga, es que lo hicieron durante mucho tiempo, que mataron a muchos enemigos y que no fueron cortados.

Había en el ejército otomano dos oficiales del rey de Suecia: uno, el conde Poniatowski; el otro, el conde de Sparre, con algunos cosacos partidarios de Carlos XII. Mis Memorias dicen que esos generales aconsejaron al gran visir que no combatiese, que cortase el agua y los víveres a los enemigos y les obligase a entregarse prisioneros o a morir. Otras Memorias pretenden que, por el contrario, animaron al gran visir a destruir con las armas a

un ejército fatigado y débil que ya padecía de escasez. La primera idea parece más circunspecta; la segunda más conforme al carácter de los generales formados por Carlos XII.

El hecho es que el gran visir cayó sobre la retaguardia al amanecer. Esta retaguardia estaba en desorden. Los turcos no encontraron primeramente ante ellos más que una linea de cuatrocientos hombres; se formó apresuradamente. Un general alemán, llamado Allard, tuvo la gloria de dictar disposiciones tan rápidas y tan buenas, que los rusos resistieron durante tres horas al ejército otomano sin perder terreno.

La disciplina a que el zar había acostumbrado a sus tropas le compensó bien de sus trabajos. Se había visto en Nerva sesenta mil hombres deshechos por ocho mil, porque estaban indisciplinados; y aquí se ve una retaguardia de ocho mil rusos sostener los esfuerzos de ciento cincuenta mil turcos, matarles siete mil hombres y obligarles a retroceder.

Después de este rudo combate, los dos ejércitos se atrincheraron durante la noche; pero el ejército ruso permanecía siempre encerrado y privado de provisiones y hasta de agua. Estaba cerca de las orillas del Pruth y no podía aproximarse al río; pues tan pronto como algunos soldados se atrevían a ir a coger agua, una masa de turcos, apostada en la orilla opuesta, hacía llover sobre ellos el plomo y el hierro de una numerosa artillería, bien provista de cartuchos. El ejér-

cito turco, que había atacado a los rusos, continuaba siempre por su parte hostigándole a cañonazos.

Era muy probable que al fin los rusos se viesen perdidos sin remedio por su posición, por la desigualdad del número y por la escasez. Las escaramuzas continuaban siempre; la caballería del zar, casi toda desmontada, no podía ya ser de utilidad alguna, a menos que no combatiese a pie; la situación parecía desesperada. No hace falta más que echar una ojeada sobre la carta exacta del zar y del ejército otomano para ver que no hubo nunca una posición más peligrosa, que la retirada era imposible, que era necesario conseguir una victoria completa o perecer hasta el último o ser esclavos de los turcos (1).

Todas las referencias, todas las Memorias de la época convienen unánimemente en que el zar, dudando si tentar al día siguiente la suerte de una nueva batalla, sin exponer a su mujer, su ejército, su imperio y el fruto de tantos trabajos a una pérdida que parecía inevitable, se retiró a su tienda, abrumado de dolor y agitado por convulsiones, de que él se veía atacado algunas veces

---

(1) El autor de la nueva historia de Rusia supone que el zar envió un correo a Moscú, para recomendar a los senadores continuasen gobernando si llegaban a saber que hubiese sido hecho prisionero, para prohibirles ejecutar, de las órdenes que diese durante su cautiverio, las que les pareciesen contrarias al interés del imperio, y ordenarles elegir otro soberano, si creían esta elección necesaria a la salud del Estado; sin embargo, el zarewitz Alejo vivía entonces y estaba en edad de gobernar; pero no aparece esta orden ni en el Diario de Pedro I, ni en ninguna compilación auténtica.

y que sus infortunios aumentaban. Solo, presa de tantas inquietudes crueles, no queriendo que nadie fuese testigo de su estado, prohibió que entrasen en su tienda. Entonces vió cuál había sido su fortuna al permitir que Catalina le siguiese. Catalina entró, a pesar de la prohibición.

Una mujer que había afrontado la muerte durante todos los combates, expuesta como cualquiera al fuego de la artillería de los turcos, tenía derecho a hablar: convenció a su esposo de que debía intentar la vía de la negociación.

Es costumbre inmemorial en todo el Oriente, cuando se pide audiencia a los soberanos o a sus representantes, no llegar a ellos sino con regalos. Catalina reunió las pocas piedras preciosas que había llevado consigo en esta expedición guerrera, donde toda magnificencia y todo lujo estaban desterrados; pero añadió a ello dos abrigos de pieles de zorro negro; el dinero que pudo reunir fué destinado al kiaia. Escogió ella misma un oficial inteligente que debía, con dos criados, llevar los regalos al gran visir, y en seguida hizo enviar al kiaia, por medio seguro, el presente que le había reservado. Este oficial se encargó de una carta del mariscal Sheremeto a Mehemet-Baltagi. Las Memorias de Pedro están conformes con la carta, pero no dicen nada de los detalles en que entró Catalina; mas todo esto está suficientemente confirmado por la declaración del mismo Pedro, dada en 1723, cuando hizo coronar emperatriz a Catalina. Ella nos ha prestado—dice—valioso auxilio

en todos los peligros, y particularmente en la batalla del Pruth, donde nuestro ejército estaba reducido a veintidós mil hombres. Si el zar, en efecto, no tenía entonces más que veintidós mil combatientes, amenazados de perecer por el hambre o por el hierro, el servicio prestado por Catalina era tan grande como los beneficios de que su esposo la había colmado. El diario manuscrito (1) de Pedro el Grande dice que el mismo día del gran combate del 20 de julio había treinta y un mil quinientos cincuenta y cuatro hombres de infantería y seis mil seiscientos noventa y dos de caballería, casi todos desmontados: había entonces perdido diez y seis mil doscientos cuarenta y seis combatientes en esta batalla. Las mismas Memorias aseguran que las pérdidas de los turcos fueron mucho más considerables que las suyas, y que como atacaban en montón y sin orden no se perdió ninguno de los tiros disparados por ellos. Si es así, la jornada del Pruth del 20 al 21 de julio fué una de las más mortíferas que se han visto desde hace varios siglos.

Es necesario o sospechar que Pedro el Grande se ha equivocado cuando al coronar a la emperatriz le testimonió su agradecimiento «por haber salvado a su ejército reducido a veintidós mil combatientes», o acusar de falso su diario, en el que se dice que el día de esta batalla, su ejército del Pruth, independientemente del que acam-

(1) Página 177 del Diario de Pedro el Grande.

paba sobre el Sireth, «ascendía a treinta y un mil quinientos cincuenta y cuatro hombres de infantería y a seis mil seiscientos noventa y dos de caballería». Según este cálculo, la batalla hubiese sido más terrible de lo que todos los historiadores y todas las Memorias, de uno a otro bando, han referido hasta aquí. Hay, ciertamente, algún error, y eso es muy corriente en las narraciones de campañas cuando se entra en los detalles. Lo más seguro es atenerse siempre al acontecimiento principal, a la victoria y a la derrota: se sabe rara vez con precisión lo que una y otra han costado.

Cualquiera que fuese el pequeño número a que el ejército ruso se hubiese reducido, hay que convencerse de que una resistencia tan intrépida y tan sostenida impondría al gran visir; que se obtendría la paz en condiciones honorables para la Puerta Otomana; que este tratado, haciendo al visir agradable a su soberano, no sería demasiado humillante para el imperio de Rusia. El gran mérito de Catalina consistió, al parecer, en haber visto esta posibilidad en un momento en que los generales no parecían ver más que un desastre inevitable.

Norberg, en su *Historia de Carlos XII*, copia una carta del zar al gran visir, en la cual se expresa en estas palabras: «Si, contra mi deseo, he tenido la desgracia de haber disgustado a su alteza, estoy pronto a reparar los motivos de queja que pueda tener contra mí. Yo os conjuro, muy noble general, que impidáis se derrame más sangre y os

suplico hagáis cesar al momento el excesivo fuego de vuestra artillería. Recibid los rehenes que acabo de enviaros.»

Esta carta tiene todos los caracteres de falsedad, como la mayor parte de los documentos referidos a la ventura por Norberg: está fechada el 11 de julio, nuevo cómputo, y no se escribió a Baltagi-Mehemet hasta el 21, también nuevo cómputo. No fué el zar quien escribió: fué el mariscal Sheremeto; no se sirvió en esa carta de las expresiones «el zar ha tenido la desgracia de disgustar a su alteza»; estas palabras no convienen más que a una persona que pide perdón a su señor; no había nada de rehenes; no se envió ninguno: la carta fué llevada por un oficial, mientras la artillería disparaba en los dos bandos. Sheremeto, en su carta, únicamente recordaba al visir algunas ofertas de paz que la Puerta había hecho al principio de la campaña por los ministros de Inglaterra y Holanda, cuando el diván pedía la cesión de la ciudadela y del puerto de Tangarok, que eran los verdaderos motivos de la guerra.

21 *julio* 1711.—Pasaron algunas horas antes de obtener una respuesta del gran visir; se temía ya que el portador hubiese sido muerto por los cañones, o hubiese sido apresado por los turcos. Se despachó un segundo correo con un duplicado, y se celebró un Consejo de guerra en presencia de Catalina. Diez oficiales generales firmaron lo acordado, que fué lo siguiente:

«Si el enemigo no quiere aceptar las conclu-

siones que se le ofrecen y pide que entreguemos las armas y nos rindamos a discreción, todos los generales y ministros unánimemente son de opinión de abrirse paso a través de los enemigos.»

En consecuencia de esta resolución se rodeó la impedimenta de trincheras, y se avanzó hasta cien pasos del ejército turco, cuando al fin el gran visir hizo publicar una suspensión de hostilidades.

Todo el partido sueco ha tratado, en sus Memorias, a este visir de cobarde y de infame, que se había dejado corromper. Es lo mismo que cuando tantos escritores han acusado al conde Piper de haber recibido dinero del duque de Malborough para comprometer al rey de Suecia a continuar la guerra contra el zar, y cuando se ha imputado a un ministro de Francia haber hecho, a cambio de dinero, el tratado de Séville. Tales acusaciones no deben ser lanzadas sino con pruebas evidentes. Es muy raro que los primeros ministros se rebajen a tan vergonzosas flaquezas, descubiertas tarde o temprano por los que han dado el dinero y por los documentos que dan fe de ello. Un ministro es siempre un hombre muy ostensible ante Europa; su honor es la base de su crédito; es siempre bastante rico para no tener necesidad de ser un traidor.

El cargo de virrey del imperio otomano es tan bueno; las utilidades tan inmensas en tiempo de guerra; la abundancia y la magnificencia reinaban en tan alto grado en las tiendas de Baltagi-Mehemet; la sencillez y, sobre todo, la penuria eran tan grandes en el ejército del zar, que el visir estaba en

mejores condiciones de dar que de recibir. Una ligera atención de una mujer que enviaba pieles y algunas sortijas, como es costumbre en todas las cortes o más bien en todas las Puertas orientales, no podía ser considerada como una corrupción. La conducta franca y abierta de Baltagi-Mehemet parece confundir las acusaciones de que se han manchado tantos escritos relativos a este asunto. El vicecanciller Schaffirof fué a su tienda con gran aparato: todo se hizo públicamente y no podía hacerse de otro modo. La negociación misma fué entablada en presencia de un hombre unido al rey de Suecia y servidor del conde Poniatowski, oficial de Carlos XII, el cual ofició desde luego de intérprete; y los artículos fueron redactados públicamente por el primer secretario del visir, llamado Hummer-Effendi. El conde Poniatowski mismo estaba presente; el regalo que se hacía al kiaia fué ofrecido públicamente y con ceremonia; todo ocurrió según las costumbres orientales; se cambiaron regalos recíprocos: nada menos parecido a una traición. Lo que determinó al visir a concluir, fué que en aquel tiempo mismo el cuerpo de ejército mandado por el general Renne, sobre el río Sireth, en Moldavia, había pasado tres ríos. y se hallaba entonces hacia el Danubio, donde Renne acababa de tomar la ciudad y el castillo de Brahila, defendidos por una numerosa guarnición, mandada por un bajá. El zar tenía otro cuerpo de ejército que avanzaba desde las fronteras de Polonia. Es además muy verisímil que el visir

no estuviese enterado de la escasez que sufrían los rusos: la cuenta de los víveres y municiones no se comunica al enemigo; se aparenta, por el contrario, ante él, estar en abundancia en los momentos de mayor escasez. No hay desertores entre los turcos y los rusos; la diferencia del traje, de religión y de lenguaje no lo permite. No conocen, como nosotros, la deserción; así el gran visir no sabía con exactitud en qué estado deplorable se encontraba el ejército de Pedro.

Baltagi, a quien no gustaba la guerra, y que, sin embargo, la había hecho bien, creyó que su expedición era ya bastante afortunada si volvía a poner en manos del sultán las ciudades y puertos por los que se combatía; si devolvía a Rusia, desde las orillas del Danubio, el ejército victorioso del general Renne, y si cerraba para siempre la entrada del Palus-Meótide, el Bósforo Cimeriano, el mar Negro a un príncipe emprendedor; en fin, si oponía ventajas ciertas al riesgo de una batalla que, después de todo, la desesperación podía ganar contra la fuerza; él había visto a sus genízaros rechazados la víspera, y conocía más de un ejemplo de victorias conseguidas por los menos contra los más. Tales fueron sus razones: ni los oficiales de Carlos, que estaban en su ejército, ni el kan de los tártaros las desaprobaron. El interés de los tártaros estribaba en poder realizar sus robos en las fronteras de Rusia y Polonia; el de Carlos XII, en vengarse del zar; pero el general, el primer ministro del imperio otomano, no estaba

animado ni por la venganza particular de un príncipe cristiano ni por el amor al botín que conducía a los tártaros. En cuanto se hubo convenido una suspensión de hostilidades, los rusos compraron a los turcos los víveres de que carecían. Los artículos de esta paz no fueron redactados como refiere el viajero La Motraye, ni como Norberg copia de éste. El visir, entre las condiciones que exigía, quería primeramente que el zar se comprometiese a no inmiscuirse en los asuntos de Polonia, y en esto es en lo que insistía Poniatowski; pero, en el fondo, al imperio turco le convenía que Polonia continuase desunida e impotente; así, este artículo se redujo a retirar las tropas rusas de las fronteras. El kan de los tártaros pedía un tributo de cuarenta mil cequíes: este punto fué discutido durante muchos días y pasó al fin.

El visir exigió durante largo tiempo que se le entregase a Kantemir, como el rey de Suecia había hecho con Patkul. Kantemir se encontraba precisamente en el mismo caso de Mazeppa. El zar había seguido a Mazeppa un proceso criminal, y le había hecho ejecutar en efigie. Los turcos no procedieron así; ellos no conocen ni los procesos por rebeldía, ni las sentencias públicas. Estas condenas públicas y las ejecuciones de efigie tanto menos figuran entre sus costumbres cuanto que su ley les prohibe las representaciones humanas, de cualquier género que sean. Insistieron inútilmente en la extradición de Kantemir; Pedro escribió estas propias palabras al vicecanciller Schaffirof:

«Antes abandonaría a los turcos todo el terreno que se extiende hasta Cursk; siempre me quedaría la esperanza de recobrarlo; pero la pérdida de mi fe es irreparable: no puedo violarla. Nosotros, propiamente nuestro, no tenemos sino el honor; renunciar a él, es dejar de ser monarca.»

En fin: el tratado fué concluído y firmado cerca de la ciudad llamada Falksen, a orillas del Pruth. Se convino en el tratado que Azof y su territorio serían devueltos con las municiones y la artillería de que estaba provisto antes de que el zar lo hubiese tomado en 1696; que el puerto de Tangarok, sobre el mar de Zabache, sería demolido, así como el de Samara, sobre el río de su nombre, y otras pequeñas ciudadelas. Se añadió, en fin, un artículo referente al rey de Suecia, y este artículo mismo dejaba ver bien cuán descontento estaba el visir de él. Se estipuló que este príncipe no sería inquietado por el zar si regresaba a sus Estados, y que además el zar y él podían ajustar la paz si así lo deseaban.

Es bien evidente, por la redacción singular de este artículo, que Baltagi-Mehemet se acordaba de la grandeza de Carlos XII. ¿Quién sabe si esta grandeza no había inclinado a Mehemet del lado de la paz? La derrota del zar era la victoria de Carlos, y no es propio del corazón humano hacer poderosos a los que nos desprecian. En fin: este príncipe, que no había querido venir al ejército del visir cuando estaba obligado a considerarlo, acudió cuando la obra que le mataba todas sus espe-

ranzas iba a ser consumada. El visir no fué a su encuentro, y se contentó con enviarle dos bajeos; no salió a recibir a Carlos sino a poca distancia de su tienda.

La conversación, como ya se sabe, no contuvo más que mutuos reproches. Varios historiadores han creído que la respuesta del visir al rey, cuando este príncipe le reprochó haber podido coger al zar prisionero y no haberlo hecho, era la respuesta de un imbécil: «Si yo hubiese apresado al zar—dijo—, ¿quién habría gobernado su imperio?» Es fácil, sin embargo, comprender que ésta era la respuesta de un hombre ofendido; y estas palabras que añadió: «No es conveniente que todos los reyes salgan de sus reinos», muestran claramente cuánto deseaba mortificar al huesped de Bender.

No obtuvo Carlos más resultado de su viaje que el desgarrar la túnica del gran visir con las espuelas de sus botas. El visir, que podía hacerle arrepentir de ello, fingió no darse cuenta, y en eso fué muy superior a Carlos. Si algo pudo hacer sentir a este monarca, en su vida brillante y tumultuosa cuando la fortuna puede confundir a la grandeza, fué que en Pultava un pastelero hubiese hecho entregar las armas a todo su ejército, y que en el Pruth un leñador hubiese decidido de la suerte del zar y de la suya: pues este visir Baltagi-Mehemet, habia sido leñador en el serrallo, como su nombre significa; y, lejos de avergonzarse de ello, lo tenía a gran honor; tanto las costumbres orientales difieren de las nuestras.

El sultán y toda Constantinopla se mostraron desde luego muy satisfechos de la conducta del visir: se celebraron regocijos públicos durante una semana entera; el kiaia de Mehemet, que llevó el tratado al Diván, fué elevado incontinenti a la dignidad de boujouk-imraour, caballerizo mayor: no es así como se trata a aquellos de quienes se cree que no han servido bien.

Parece que Norberg conocía poco el gobierno otomano, pues dice que «el sultán halagaba a su visir, y que Baltagi-Mehemet era de temer». Los genízaros han sido con frecuencia peligrosos a os sultanes; pero no hay ejemplo de un solo visir que no haya sido fácilmente sacrificado a una orden de su señor, y Mehemet no estaba en condiciones de sostenerse por sí solo. Es además contradecirse el asegurar en la misma página que los genízaros estaban irritados contra Mehemet, y que el sultán temía su poder.

El rey de Suecia fué reducido al recurso de intrigar en la Corte otomana. Se vió a un rey que había hecho reyes ocuparse en hacer presentar al sultán documentos y memoriales que no se querían recibir. Carlos empleó todas las intrigas como un sujeto que quiere desacreditar a un ministro ante su señor; así fué como se condujo contra el visir Mehemet y contra todos sus sucesores: tan pronto se dirigía a la madre del sultán por medio de una judía, tan pronto empleaba un eunuco; hubo, en fin, un hombre que, mezclándose entre los guardias del sultán, se fingió loco

a fin de atraer sus miradas y poder entregarle un escrito del rey. De todas estas maniobras, Carlos no obtuvo desde luego más que la mortificación de verse privado de su thaim; es decir, la subvención que la generosidad de la Puerta le proporcionaba diariamente y que ascendía a mil quinientas libras, moneda de Francia. El gran visir, en lugar del thaim, le despachó una orden, en forma de consejo, para que saliese de Turquía.

Carlos se obstinó más que nunca en quedarse, imaginando siempre que volvería a entrar en Polonia y en el imperio ruso con un ejército otomano. Nadie ignora cuál fué, al fin, la conclusión de su audacia inflexible; cómo se batió contra un ejército de genízaros, de spahis y de tártaros, con sus secretarios, sus ayudas de cámara, sus servidores de cocina y de caballerizas; cómo estuvo cautivo en el país en que había gozado de la más generosa hospitalidad; cómo regresó luego a sus Estados disfrazado de correo, después de haber permanecido cinco años en Turquía. Es preciso confesar que, si tuvo razón en la conducta que observó, esta razón no era como la de los demás hombres

CAPITULO II

Continuación del asunto del Pruth

Conviene recordar aquí un suceso ya referido en la *Historia de Carlos XII*. Ocurrió durante la suspensión de hostilidades que precedió al tratado del Pruth, que dos tártaros sorprendieron a dos oficiales italianos del ejército del zar y fueron a venderlos a un oficial de los genízaros; el visir castigó este atentado contra la fe pública con la muerte de los dos tártaros. ¿Cómo acordar esta delicadeza tan severa con la violación del derecho de gentes en la persona del embajador Tolstoy, que el mismo gran visir había hecho detener en las calles de Constantinopla? Siempre hay una razón de las contradicciones en la conducta de los hombres. Baltagi-Mehemet estaba disgustado con el kan de los tártaros, que no quería oír hablar de paz, y quiso hacerle sentir que él era el amo.

El zar, después de firmada la paz, se retiró por Yassi hasta la frontera seguido de un cuerpo de ocho mil turcos que el visir envió, no sólo para impedir la marcha del ejército ruso, sino para evitar que los tártaros vagabundos le inquietasen.

Pedro cumplió, desde luego, el tratado haciendo demoler la fortaleza de Samara y de Kamienska;

pero la rendición de Azof y la demolición de Tangarok tropezaron con más dificultades: era preciso, según el tratado, distinguir la artillería y las municiones de Azof, que pertenecían a los turcos, de las que el zar había llevado allí desde que había conquistado esta plaza. El gobernador fué dando largas a esta negociación, y la Puerta se irritó con razón por ello. El sultán estaba impaciente por recibir las llaves de Azof; el visir se las prometía; el gobernador siempre lo retrasaba. Baltagi-Mehemet perdió el favor de su soberano y su cargo; el kan de los tártaros y sus demás enemigos prevalecieron contra él—noviembre 1711—; cayó en desgracia con varios bajaes; pero el sultán, que conocía su fidelidad, no le quitó ni sus bienes ni su vida; fué enviado a Mitilene, donde gobernó. Esta disposición sencilla, esta conservación de su fortuna y, sobre todo, ese mando en Mitilene, desmiente evidentemente todo lo que Norberg anticipa para hacer creer que el visir había sido vendido al dinero del zar.

Norberg dice que el jefe de los jardineros de serrallo, que fué a comunicarle la orden del imperio y a notificarle su sentencia, le declaró «traidor y desobediente a su señor, vendido a los enemigos por dinero y culpable de no haber velado por los intereses del rey de Suecia». Primeramente, esta clase de declaraciones no están, de ningún modo, en uso en Turquía; las órdenes del sultán son dadas en secreto y ejecutadas en silencio. En segundo lugar, si el visir fuese declarado traidor, rebelde

y vendido, tales crímenes hubiesen sido castigados con la muerte en un país donde no son jamás perdonados. En fin, si hubiese sido castigado por no haber defendido bastante los intereses de Carlos XII, es natural que este príncipe hubiese tenido, en efecto, en la Puerta Otomana un poder que debía hacer temblar a los demás ministros; deberían, en ese caso, implorar su favor y prevenir sus deseos; pero, por el contrario, Jusuf-Bajá, agá de los genízaros, que sucedió a Mehemet-Baltagi en el visiriato, pensó elevadamente, como su predecesor, en la conducta de este príncipe. Lejos de servirle, sólo soñó en deshacerse de un huésped peligroso; y cuando Poniatowski, el confidente y compañero de Carlos XII, fué a cumplimentar al visir por su nueva dignidad, éste le dijo: «Te advierto, infiel, que a la primera intriga que pretendas urdir, te haré arrojar al mar con una piedra al cuello.»

Ese cumplimiento, que el conde Poniatowski refiere él mismo en las Memorias que hizo a petición mía, no deja duda alguna sobre la poca influencia que Carlos XII tenía en la Puerta. Todo lo que Norberg ha referido de los asuntos de Turquía parece propio de un hombre apasionado y mal informado. Es necesario colocar entre los errores del espíritu de partido, y entre las mentiras políticas, todo lo que anticipa, sin prueba, referente a la supuesta corrupción de un gran visir, es decir, de un hombre que disponía de más de sesenta millones anuales, sin tener que rendir cuentas. Yo tengo aún en mi poder la carta que el conde Ponia-

towski escribió al rey Estanislao inmediatamente después de la paz del Pruth: en ella reprocha a Baltagi-Mehemet su alejamiento del rey de Suecia, su poco gusto por la guerra, su falta de carácter; pero se guarda mucho de acusarle de corrupción: demasiado sabía lo que es el cargo de un gran visir, para suponer que el zar pudiese poner precio a la traición del virrey del imperio otomano.

Schaffirof y Sheremeto, conservados en rehenes en Constantinopla, no fueron tratados como lo serían si hubiese el convencimiento de que habían comprado la paz y engañado al sultán, de acuerdo con el gran visir; permanecieron libres en la ciudad, escoltados por dos compañías de genízaros.

Habiendo salido el embajador Tolstoy de las Siete Torres inmediatamente después de la paz del Pruth, los ministros de Inglaterra y de Holanda intervinieron cerca del gran visir para la ejecución de los artículos.

Azof acababa, al fin, de ser devuelto a los turcos; se demolían las fortalezas estipuladas en el tratado. Aunque la Puerta Otomana apenas interviene en las diferencias de los príncipes cristianos, estaba entonces, sin embargo, orgullosa de verse árbitro entre Rusia, Polonia y el rey de Suecia; quería que el zar retirase sus tropas de Polonia y librase a Turquía de vecindad tan peligrosa; deseaba que Carlos regresase a sus Estados, a fin de que los príncipes cristianos estuviesen constantemente divididos; pero nunca tuvo intención de proporcionarle un ejército. Los tártaros

quieren siempre la guerra, como los artesanos quieren ejercer sus profesiones lucrativas; los genízaros la deseaban, pero más por odio contra los cri tianos, por fiereza, por amor a la licencia, que p r otros motivos. Sin embargo, las negociaciones de los ministros ingleses y holandeses prevalecieron contra el partido opuesto. La paz del Pruth fué ratificada; pero se añadió en el nuevo tratado que el zar retiraría en tres meses todas sus tropas de Polonia y que el emperador turco devolvería inmediatamente a Carlos XII.

Por este tratado se puede juzgar si el rey de Suecia tenía en la Puerta tanto poder como se ha dicho. Evidentemente era sacrificado por el nuevo visir, Jussuf-Bajá, lo mismo que por Baltagi-Mehemet. Sus historiadores no tuvieron otro recurso, para ocultar esta nueva afrenta, que acusar a Jussuf de haber sido comprado, como su predecesor. Semejantes imputaciones, tantas veces renovadas sin pruebas, son más bien los gritos de una intriga impotente que los testimonios de la Historia. El espíritu de partido, obligado a confesar los hechos, altera sus circunstancias y motivos, y, desgraciadamente, así es como todas las historias contemporáneas resultan falsificadas para la posteridad, que apenas puede separar la verdad de la mentira.

CAPITULO III

Casamiento del Zarewitz y declaración solemne del de Pedro con Catalina, quien reconoce a su hermano.

Esta desgraciada campaña del Pruth fué más funesta para el zar que lo había sido la batalla de Nerva; pues después de Nerva, había sabido sacar partido de su misma derrota, reparar todas sus pérdidas, y arrebatar la Ingria a Carlos XII; pero después de haber perdido, por el tratado de Falksen con el sultán, sus puertos y sus fortalezas sobre el Palus-Meótide, era necesario renunciar al dominio sobre el mar Negro. Le quedaba aún un campo bastante vasto para sus empresas; tenía que perfeccionar todos sus establecimientos en Rusia, proseguir sus conquistas sobre Succia, reafirmar en Polonia al rey Augusto y ocuparse de sus aliados. Las fatigas habían alterado su salud; necesitó ir a las aguas de Carlsbad, en Bohemia; pero mientras tomaba las aguas, hacía atacar a Pomerania; Stralsund fué bloqueado, y cinco pequeñas ciudades tomadas.

La Pomerania es la provincia más septentrional de Alemania, limitada al Oriente por Prusia y Polonia, al Occidente por el Brandeburgo, al

Sur por el Mecklemburgo, y al Norte por el mar Báltico; casi de siglo en siglo estuvo en poder de diferentes dueños. Gustavo Adolfo se apoderó de ella en la famosa guerra de treinta años, y al fin fué cedida solemnemente a los suecos por el tratado de Westfalia, a excepción del obispado de Camin y de algunas pequeñas plazas situadas en la Pomerania ulterior. Todavía esta provincia debía pertenecer naturalmente al elector de Brandeburgo, en virtud de los pactos de familia hechos con los duques de Pomerania. La familia de estos duques se había extinguido en 1637; por consiguiente, según las leyes del imperio, la casa do Brandeburgo tenia un derecho evidente sobre esta provincia; pero la necesidad, la primera de las leyes, venció en el tratado de Osnabruck a los pactos de familia, y desde esa época la Pomerania, casi entera, había sido el premio del valor sueco.

El proyecto del zar consistía en despojar a la Corona de Suecia de todas las provincias que poseía en Alemania; era preciso, para realizar este designio, unirse con los electores de Brandeburgo y Hannover, y con Dinamarca. Pedro escribió todos los artículos del tratado que proyectaba con estas potencias y todos los detalles de las operaciones necesarias para hacerse dueño de la Pomerania.

25 *octubre* 1711.—En aquel mismo tiempo casó a su hijo Alejo, en Torgan, con la princesa de Volfenbuttel, hermana de la emperatriz de Alemania, esposa de Carlos VI; casamiento que fué después tan funesto y costó la vida a los dos esposos.

El zarewitz había nacido del primer matrimonio de Pedro con Eudoxia Lapoukin, celebrado, como se ha dicho, en 1689. Esta estaba recluída en un convento en Susdal. Su hijo Alejo Petrowitz, nacido el 1 de marzo de 1690, tenía veintidós años; este príncipe no era conocido todavía en Europa. Un ministro, de quien se han impreso sus Memorias sobre la Corte de Rusia, dice, en una carta escrita a su soberano, fechada en 25 de agosto de 1711, «que este príncipe era alto y bien formado; que se parecía mucho a su padre; que tenía buen corazón; que era muy piadoso; que había leído cinco veces las sagradas escrituras; que se complacía mucho en la lectura de las antiguas historias griegas; lo encuentra de talento extenso y claro; dice que este príncipe sabe matemáticas; que entiende bien el arte de la guerra, la navegación, la ciencia de la hidráulica; que sabe alemán; que aprende francés; pero que su padre nunca quiso que hiciese lo que se llama *sus ejercicios*».

He aquí un retrato bien diferente del que el zar mismo hizo, algún tiempo después, de este hijo infortunado; ya veremos con qué dolor su padre le reprochó todos los defectos contrarios a las buenas cualidades que este ministro admira en él.

A la posteridad corresponde decidir entre un extranjero que pueda juzgar ligeramente o lisonjear el carácter de Alejo, y un padre que ha creído deber sacrificar los sentimientos de la naturaleza al bien de su imperio. Si el ministro no ha cono-

cido mejor el espíritu de Alejo que su figura, su testimonio tiene poco peso; él dice que este príncipe era alto y bien formado; los documentos que yo he recibido de Petersburgo dicen que no era ni lo uno ni lo otro.

Catalina, su madrastra, no asistió a esta boda; pues, aunque ella fué considerada como zarina, no estaba reconocida solemnemente en esta categoría; y el título de *Alteza*, que se le daba en la Corte del zar, le concedía todavía una jerarquía demasiado equivoca para que firmase en el contrato y para que el ceremonial alemán le adjudicase un puesto conveniente a su dignidad de esposa del zar Pedro. Ella estaba entonces en Thorn, en la Prusia polaca. El zar envió desde luego a los dos nuevos esposos a Volfenbuttel, y condujo en seguida a la zarina a Petersburgo con esa rapidez y esa sencillez de aparato que ponía en todos sus viajes.

Una vez efectuado el matrimonio de su hijo, declaró más solemnemente el suyo, y lo celebró en Petersburgo—19 febrero 1711—. La ceremonia fué tan augusta como era posible en un país recién creado, en una época en que la hacienda estaba arruinada por la guerra sostenida contra los turcos y por la que se mantenía todavía contra el rey de Suecia. El zar ordenó por sí solo la fiesta, y trabajó él mismo en ella, según su costumbre. Así fué Catalina reconocida públicamente como zarina, en premio de haber salvado a su esposo y a su ejército.

Las aclamaciones con que fué recibido este matrimonio en Petersburgo eran sinceras; pero los aplausos de los súbditos a las acciones de un príncipe absoluto son siempre sospechosos; fueron confirmados por todos los espíritus prudentes de Europa, que vieron con placer, casi al mismo tiempo, de un lado al heredero de esta vasta monarquía, cuya única gloria consistía en su nacimiento, casado con una princesa; y del otro, un conquistador, un legislador, partiendo públicamente su tálamo y su trono con una desconocida, cautiva en Marienburgo, y que no tenía más que méritos. La misma aprobación ha llegado a ser más general a medida que los espíritus se han iluminado más por esta sana filosofía que ha hecho tantos progresos desde hace cuarenta años; filosofía sublime y circunspecta, que enseña a no conceder más que respetos exteriores a toda clase de grandeza y poder, y a reservar los respetos verdaderos para el talento y las buenas obras.

Debo referir fielmente lo que encuentro respecto a este casamiento en los despachos del conde Bassevitz, consejero áulico en Viena, y mucho tiempo ministro de Holstein en la Corte de Rusia. Era un hombre de mérito, lleno de rectitud y candor, y que ha dejado en Alemania un hermoso recuerdo. «La zarina había sido, no solamente necesaria a la gloria de Pedro, sino también a la conservación de su vida. Este príncipe estaba sujeto, desgraciadamente, a dolorosas convulsiones, que se creían efecto de un veneno que le habían

dado en su juventud. Sólo Catalina había encontrado el secreto de aliviar sus dolores con penosos cuidados y rebuscadas atenciones, de la que sólo ella era capaz, y se entregaba toda entera a la conservación de una salud tan preciosa para el Estado como a ella misma. Así, no pudiendo el zar vivir sin ella, la hizo compañera de su tálamo y de su trono.» Yo me limito a copiar sus propias palabras.

La fortuna, que en esta parte del mundo había presentado tantas escenas extraordinarias ante nuestros ojos, y que había ascendido a la emperatriz Catalina de la humildad y el estado más calamitoso al mayor grado de elevación, la sirvió todavía singularmente algunos años después de la solemnidad de su matrimonio.

He aquí lo que encuentro en el curioso manuscrito de un hombre que estaba entonces al servicio del zar, y que habla como testigo:

«Un enviado del rey Augusto en la Corte del zar, al regresar a Dresde por la Curlandia, oyó en una taberna a un hombre que parecía estar en la miseria, y a quien hacían la insultante acogida que este estado inspira con demasiada frecuencia a los hombres. Este desconocido, indignado, dijo que no le tratarían de ese modo si pudiese conseguir ser presentado al zar, y que acaso tuviese en la Corte más poderosas protecciones de lo que se creía.

»El enviado del rey Augusto, que oyó este discurso, tuvo la curiosidad de interrogar a este

hombre, y, tras de algunas vagas respuestas que recibió de él, al observarle atentamente, creyó distinguir en sus rasgos alguna semejanza con la emperatriz. No pudo, cuando llegó a Dresde, dejar de escribir sobre ello a uno de sus amigos en Petersburgo. La carta cayó en manos del zar, quien dió órdenes al príncipe Repnin, gobernador de Riga, para tratar de descubrir al hombre de que se hablaba en la carta. El príncipe Repnin hizo partir un hombre de confianza para Mittau, en Curlandia; se encontró al hombre: se llamaba Carlos Scavronski; era hijo de un gentilhombre de Lituania, muerto en las guerras de Polonia, y que había dejado dos hijos pequeños, un niño y una niña. Uno y otra no tuvieron más educación que la que se puede recibir de la Naturaleza en un abandono general y completo, Scavronski, separado de su hermana desde la más tierna infancia, sabía solamente que había sido cogida en Marienburgo, en 1704, y la suponía todavía junto al principe Menzikoff, donde él creía que había hecho alguna fortuna.

»El príncipe Repnin, siguiendo las órdenes expresas de su señor, hizo conducir a Scavronski a Riga con pretexto de algún delito de que se le acusaba, haciéndose contra él una especie de información, y se le envió con una buena guardia a Petersburgo, con orden de tratarle bien en el camino.

»Cuando llegó a Petersburgo se le condujo a casa de un mayordomo del zar, llamado She-

pleff. Este mayordomo, enterado del papel que debía representar, sacó de este hombre muchas noticias sobre su estado, y le dijo, al fin, que la acusación que se había hecho contra él en Riga era muy grave, pero que obtendría justicia; que debía presentar un memorial a su majestad; que compondrían este memorial en su nombre, y que se haría de modo que él mismo pudiese entregarlo.

»Al día siguiente el zar fué a comer a casa de Shepleff; se le presentó a Scavronski; el príncipe le hizo muchas preguntas, y quedó convencido, por la sencillez de sus respuestas, de que era el propio hermano de la zarina. Los dos habían estado en su infancia en Livonia. Todas las respuestas que dió Scavronski a las preguntas del zar estaban conformes con lo que su mujer le había dicho de su nacimiento y de las primeras desgracias de su vida.

»El zar, no dudando ya de la verdad, propuso al día siguiente a su mujer ir a comer con él a casa del mismo Shepleff; hizo venir, al levantarse de la mesa, al mismo hombre que había interrogado la víspera. Vino vestido con las mismas ropas que había llevado en el viaje; el zar no quiso que se presentase en otro estado que en aquel a que su mala fortuna le había acostumbrado.

»Le interrogó de nuevo delante de su mujer. El manuscrito consigna que al fin le dijo estas propias palabras: «Este hombre es tu hermano; vamos, »Carlos, besa la mano de la emperatriz y abraza a »tu hermana».

»El autor del relato añade que la emperatriz cayó desmayada, y que cuando recobró el sentido, el zar le dijo: «No hay nada más sencillo: este »hidalgo es mi cuñado; si él tiene mérito, haremos »de él algo; si no lo tiene, no haremos nada.»

Me parece que un discurso semejante muestra tanta grandeza como sencillez, y que esta grandeza es muy poco común. El autor dice que Scavronski permaneció mucho tiempo en casa de Shepleff, que se le asignó una pensión considerable y que vivió muy retirado. No lleva más adelante el relato de esta aventura, que sirvió solamente para descubrir el nacimiento de Catalina; pero se sabe por otra parte que este hidalgo fué hecho conde, que casó con una dama de calidad y que tuvo dos hijas que casaron con señores principales de Rusia. Dejo a las pocas personas que pueden estar enteradas de esos detalles discernir lo que hay de verdadero en esta aventura y lo que pudo haberse añadido. El autor del manuscrito no parece haber contado estos sucesos con objeto de maravillar a sus lectores, puesto que esta Memoria no estaba destinada a la publicidad. El escribe a un amigo con sencillez lo que dice haber visto. Puede equivocarse en algunos detalles, pero el fondo parece muy verdadero; pues si este hidalgo hubiese sabido que era hermano de una persona tan poderosa, no hubiera esperado tantos años para hacerse reconocer. Este reconocimiento, por singular que parezca, no es tan extraordinario como la elevación de Catalina: uno y otro son

una prueba patente del Destino, y pueden servir para hacernos suspender nuestro juicio cuando creemos ser fábulas tantos acontecimientos de la antigüedad, menos opuestos acaso al orden corriente de las cosas que toda la historia de esta emperatriz.

Las fiestas que celebró Pedro por el matrimonio de su hijo y el suyo no fueron de esas diversiones pasajeras que agotan el Tesoro y de las que apenas si queda el recuerdo. Acabó la fundición de cañones y los buques del Almirantazgo; las carreteras fueron perfeccionadas, construídos nuevos barcos, trazó canales, la Bolsa y los almacenes fueron terminados, y el comercio marítimo de Petersburgo comenzó a estar en todo su vigor. Ordenó que el Senado de Moscú fuese transportado a Petersburgo, lo que se ejecutó en el mes de abril de 1712. Por entonces, esta nueva ciudad vino a ser como la capital del imperio. Muchos prisioneros suecos fueron empleados en el embellecimiento de esta ciudad, cuya fundación era el fruto de su derrota.

CAPITULO IV

Toma de Stetin.—Desembarco en Finlandia. Acontecimientos de 1712.

Viéndose Pedro feliz en su casa, en su gobierno, en sus guerras contra Carlos XII, en sus negociaciones con todos los príncipes que querían expulsar a los suecos del continente y encerrarlos para siempre en la península de Escandinavia, dirigía todas sus miradas a las costas occidentales del norte de Europa y olvidaba el Palus-Meótide y el mar Negro. Las llaves de Azof, por mucho tiempo negadas al bajá que debía entrar en esta plaza en nombre del sultán, habían sido al fin entregadas; y a pesar de todas las solicitudes de Carlos XII, a pesar de todas las intrigas de sus partidos en la Corte otomana, a pesar también de algunas demostraciones de una nueva guerra, Rusia y Turquía estaban en paz.

Carlos XII, obstinado siempre en seguir permaneciendo en Bender, hacía depender su fortuna y sus esperanzas del capricho de un gran visir; mientras el zar amenazaba todas sus provincias, armaba contra él a Dinamarca y el Hannover, estaba a punto de hacer decidir a Prusia y reanimaba a Polonia y Sajonia.

La misma soberbia inflexible que Carlos usaba en su conducta con la Puerta, de la que dependía, la desplegaba contra sus alejados enemigos, reunidos para destruirlo. Desafiaba desde el fondo de su retiro, en los desiertos de la Besarabia, al zar y a los reyes de Polonia, de Dinamarca y de Prusia, y al elector de Hannover, bien poco después rey de Inglaterra, y al emperador de Alemania, a quien tanto había ofendido cuando atravesó la Silesia como vencedor. El emperador se vengó de ello abandonándole a su mala fortuna y no concediendo ninguna protección a los Estados que Suecia poseía en Alemania.

Hubiese sido fácil deshacer la liga que se formaba contra él. No había más que ceder Stetin al primer rey de Prusia, Federico, elector de Brandeburgo, que tenía derechos muy legítimos sobre esta parte de la Pomerania; pero no consideraba entonces a Prusia como una potencia preponderante; ni Carlos ni nadie podía prever que el pequeño reino de Prusia, casi desierto, y el electorado de Brandeburgo, llegasen a ser formidables. No quiso consentir en ninguna reconciliación; y, resuelto a romper antes que doblegarse, ordenó que se resistiese en todas partes, por mar y por tierra. Sus Estados estaban casi agotados de hombres y de dinero; sin embargo, se obedeció. El Senado de Estocolmo equipó una escuadra de trece buques de línea; se armaron milicias; cada habitante se convirtió en soldado. El valor y la soberbia de Carlos XII parecieron animar a to-

dos sus súbditos, casi tan desgraciados como su señor.

Es difícil creer que Carlos tuviese un plan ordenado de conducta. Tenía todavía un partido en Polonia, el cual, ayudado por los tártaros de Crimea, podía asolar este desgraciado país, pero no reponer al rey Estanislao en su trono; su esperanza de comprometer a la Puerta Otomana en sostener este partido y convencer al Diván que debía enviar doscientos mil hombres en su auxilio, con pretexto de que el zar defendía en Polonia a su aliado Augusto, era una esperanza quimérica.

Septiembre 1712.—Esperaba en Bender el efecto de tantas vanas intrigas; y los rusos, los daneses, los sajones estaban en Pomerania. Pedro llevó a su esposa a esta expedición. Ya el rey de Dinamarca se había apoderado de Stade, ciudad marítima del ducado de Breme; los ejércitos ruso, sajón y danés estaban ante Stralsund.

Octubre 1712.— Entonces fué cuando el rey Estanislao, viendo el deplorable estado de tantas provincias, la imposibilidad de volver a subir al trono de Polonia, y todo en desorden por la ausencia obstinada de Carlos XII. reunió a los generales suecos que defendían la Pomerania con un ejército de unos diez a once mil hombres, único y último recurso de Suecia en esas provincias.

Les propuso una reconciliación con el rey Augusto y se ofreció él como víctima. Les habló

en francés; he aquí las propias palabras de que se sirvió y que consignó en un escrito que firmaron nueve oficiales generales, entre los que se encontraba un tal Patkul, primo carnal de aquel infortunado Patkul que Carlos XII había hecho morir en la rueda:

«Yo he servido hasta aquí de instrumento a la gloria de las armas de Suecia; no pretendo ser la causa funesta de su pérdida. Yo me declaro sacrificar mi corona (1) y mis propios intereses a la conservación de la persona sagrada del rey, no viendo humanamente otro medio de apartarlo del lugar en que se encuentra.»

Hecha esta declaración, se dispuso a partir para Turquía, con la esperanza de vencer la obstinación de su bienhechor y de conmoverle por el sacrificio. Su mala suerte le hizo llegar a Besarabia precisamente en el momento en que Carlos, después de haber prometido al sultán abandonar su asilo, y habiendo recibido el dinero y la escolta necesarios para su regreso, se obstinó de nuevo en quedarse y en desafiar a los turcos y los tártaros, sosteniendo contra un ejército entero, ayudado no más de sus criados, aquel combate desdichado de Bender, donde los turcos, pudiendo fácilmente matarle, se contentaron con hacerle prisionero. Estanislao, llegando en estas

(1) Se ha creído conveniente dejar la declaración del rey Estanislao tal como él la consignó palabra por palabra: hay faltas de lenguaje: *Yo me declaro sacrificar* (*je me declare de sacrifier*) no es francés; pero el documento es así más auténtico y no menos respetable.

extrañas circunstancias, fué también detenido; así dos reyes cristianos fueron a la vez cautivos de los turcos.

En ese tiempo en que toda Europa estaba conturbada, y en que Francia acababa contra una parte de Europa una guerra no menos funesta, para poner en el trono de España al nieto de Luis XIV, Inglaterra concedió la paz a Francia, y la victoria que el mariscal Villars obtuvo en Denain, en Flandes, salvó a este Estado de sus demás enemigos. Francia era, desde un siglo antes, la aliada de Suecia; le interesaba que su aliada no fuese privada de sus posesiones en Alemania. Carlos, demasiado alejado, ignoraba todavía en Bender lo que ocurría en Francia.

La regencia de Estocolmo se aventuró a pedir dinero a la agotada Francia, en una época en que Luis XIV no tenía ni con qué pagar a sus criados. Aquélla hizo partir a un tal conde de Sparre, encargado de esta negociación, que no podía obtener buen éxito. Sparre vino a Versalles y expuso al marqués de Torcy la impotencia en que se encontraba para pagar al pequeño ejército sueco que le quedaba a Carlos XII en Pomerania; que estaba ya a punto de disolverse por falta de pago; que el único aliado de Francia iba a perder provincias cuya conservación era necesaria al equilibrio general; que Carlos XII, en sus victorias, había olvidado, ciertamente, demasiado al rey de Francia, pero que la generosidad de Luis XIV era tan grande como las desgracias de Carlos. El

ministro francés hizo ver al sueco la imposibilidad de auxiliar a su soberano, y Sparre desesperaba ya del resultado.

Un particular de París hizo lo que Sparre desesperaba de obtener. Había en París un banquero, llamado Samuel Bernard, que había hecho una fortuna prodigiosa, tanto por la remesa de la Corte a los países extranjeros, como por otras empresas; éste era un hombre embriagado de una especie de gloria, rara vez unida a su profesión; que amaba apasionadamente todo brillo y que sabía que, tarde o temprano, el ministerio de Francia devolvería con creces lo que se aventurase por él. Sparre fué a comer con él; le convenció, y, al levantarse de la mesa, el banquero hizo entregar al conde de Sparre seiscientas mil libras; después de lo cual fué a casa del ministro, marqués de Torcy, y le dijo: «He dado en vuestro nombre doscientos mil escudos a Suecia; haréis que me los devuelvan cuando podáis.»

9 *diciembre* 1712. — El conde de Steinbock, general del ejército de Carlos, no esperaba tal auxilio; veía a sus tropas a punto de amotinarse; y no teniendo que darles más que promesas; viendo formarse la tempestad a su alrededor; temiendo, en fin, ser envuelto por tres ejércitos de rusos, daneses y sajones, pidió un armisticio, juzgando que Estanislao iba a abdicar; que él doblegaría la altivez de Carlos XII; que era preciso, por lo menos, ganar tiempo y salvar a sus tropas mediante negociaciones. Envió, pues, un

correo a Bender para exponer al rey el estado deplorable de su hacienda, de sus asuntos y de sus tropas, y para enterarle de que se veía obligado a este armisticio que sería una gran felicidad obtener. No haría tres días que había salido este correo, y Estanislao no lo había hecho todavía, cuando Steinbock recibió los doscientos mil escudos del banquero de París; esto era entonces un tesoro prodigioso para un país arruinado. Fortalecido con este auxilio, con el cual se remedia todo, alentó a su ejército, tuvo municiones, reclutas, se vió a la cabeza de doce mil hombres y, renunciando a toda suspensión de hostilidades, no trató más que de combatir.

Este era aquel mismo Steinbock que en 1710, después de la derrota de Pultava, había vengado a Suecia de los dinamarqueses, en una irrupción que había hecho en Scania; marchó contra ellos con simples milicias que llevaban cuerdas por bandoleras, y que había conseguido una victoria completa. Era, como todos los demás generales de Carlos XII, activo e intrépido; pero su valor se veía mancillado por su ferocidad. Fué él quien, después de un combate contra los rusos, habiendo ordenado que se matase a todos los prisioneros, observó a un oficial polaco del partido del zar que se cogía al estribo de Estanislao y que este príncipe le tenía abrazado para salvarle la vida; Steinbock le mató de un pistoletazo entre los brazos del príncipe, como se ha referido ya en la vida de Carlos XII; y el rey Estanislao ha

dicho al autor que él hubiera roto la cabeza a Steinbock, si no le hubiese contenido su respeto y su agradecimiento al rey de Suecia.

El general Steinbock marchó, pues, por el camino de Vismar, contra los rusos, los sajones y los daneses reunidos. Se encontró frente a frente del ejército danés y sajón que precedía a los rusos, alejados aún tres leguas. El zar envió tres correos uno tras otro al rey de Dinamarca para rogarle que le esperase y para advertirle del peligro que corría si combatía con los suecos sin contar con fuerzas superiores. El rey de Dinamarca no quiso repartir el honor de una victoria que consideraba segura; avanzó contra los suecos y les atacó cerca de un lugar llamado Gadebesck. Se vió todavía en esta jornada cuánta era la enemistad natural entre los suecos y los daneses. Los oficiales de estas dos naciones se encarnizaban unos contra otros y caían muertos acribillados de heridas.

Steinbock consiguió la victoria antes de que los rusos pudiesen llegar al campo de batalla; algunos días después recibió la respuesta del rey, su señor, condenando toda idea de armisticio; decía que no perdonaría esta conducta vergonzosa sino en el caso en que fuese reparada, y que, fuerte o débil, era preciso vencer o morir. Steinbock había ya prevenido esta orden con la victoria.

Pero esta victoria fué semejante a la que había consolado un momento al rey Augusto, cuando, en la serie de sus infortunios, ganó la batalla de Calish contra los suecos, vencedores en todas

partes. La victoria de Calish no hizo más que agravar la desgracia de Augusto, y la de Gadebesck retardó solamente la pérdida de Steinbock y de su ejército.

El rey de Suecia, al saber la victoria de Steinbock, creyó sus asuntos restablecidos; se convenció de que haría decidir al imperio otomano, que amenazaba todavía al zar con una nueva guerra; y, con esta esperanza, ordenó a su general Steinbock pasase a Polonia, creyendo siempre, al menor triunfo, que los tiempos de Nerva y aquellos en que él dictaba leyes, iban a renacer. Estas ideas fueron bien pronto trastornadas por el asunto de Bender y por su cautividad entre los turcos.

Todo el fruto de la victoria de Gadebesck consistió en ir a reducir a cenizas, durante la noche, la pequeña ciudad de Altona, habitada por comerciantes e industriales; ciudad indefensa que, no habiendo tomado las armas, no debería ser sacrificada: fué enteramente destruida; muchos habitantes perecieron en las llamas. huyendo desnudos del incendio; viejos, mujeres, niños perecieron de frío y de fatiga a las puertas de Hamburgo (1). Tal ha sido, con frecuencia, la suerte de millares de personas por las querellas de dos hombres. Steinbock no recogió sino esta horrible ventaja. Los rusos, los daneses los sajones le persiguieron tan vivamente después de su victo-

(1) El capellán confesor Norbery dice fríamente en su historia que el general Steinbock no prendió fuego a la ciudad más que por no tener vehículos para llevar los muebles.

ria, que se vió obligado a pedir auxilio en Toninge, fortaleza de Holstein, para él y para su ejército.

El país de Holstein era entonces uno de los más devastados del Norte, y su soberano uno de los príncipes más infortunados. Era el propio sobrino de Carlos XII; fué por su padre, cuñado de este monarca, por quien Carlos había llevado sus armas hasta Copenhague antes de la batalla de Nerva; por él hizo el tratado de Travendal, por el cual los duques de Holstein habían recuperado sus derechos.

Este país es, en parte, la cuna de los cimbrios y de los antiguos normandos que conquistaron la Neustria en Francia y la Inglaterra entera, Nápoles y Sicilia. No se puede estar hoy en situación menos favorable para hacer conquistas que ésta en que se halla esta parte del antiguo Quersoneso Címbrico; dos pequeños ducados lo componen: Slesvick, que pertenece al rey de Dinamarca y al duque en común; Gottorp, al duque de Holstein solo. Slesvick es un principado soberano; Holstein es miembro del imperio de Alemania, que se llama imperio romano.

El rey de Dinamarca y el duque de Holstein-Gottorp eran de la misma casa; pero el duque, sobrino de Carlos XII y su presunto heredero, se había hecho enemigo del rey de Dinamarca, que oprimía su infancia. Un hermano de su padre, obispo de Lubec, administrador de los Estados de este infortunado pupilo, se veía ante el ejército sueco, al que no se atrevía a socorrer, y los

ejércitos ruso, danés y sajón, que amenazaban. Era necesario, sin embargo, tratar de salvar las tropas de Carlos XII sin ofender al rey de Dinamarca convertido en dueño del país, del que exprimía toda la substancia.

El obispo administrador del Holstein estaba completamente gobernado por el famoso barón de Gortz (1), el más agudo y el más emprendedor de los hombres, de un talento vasto, y fecundo en recursos; no encontrando nunca nada demasiado difícil; tan insinuante en las negociaciones como audaz en los proyectos; sabiendo agradar, sabiendo convencer y arrastrando tras sí los corazones con el calor de su genio, después de haberlos ganado con la dulzura de sus palabras. El tuvo después sobre Carlos XII el mismo ascendiente con que sometía al obispo administrador de Holstein, y ya se sabe que pagó con su cabeza el honor que disfrutó de gobernar al más inflexible y más obstinado soberano que jamás haya subido al trono.

21 *enero* 1713.—Gortz (2) se entrevistó secretamente en Usum con Steinbock, y le prometió que le entregaría la fortaleza de Tonninge, sin comprometer al obispo administrador, su dueño; y al mismo tiempo hizo asegurar al rey de Dinamarca que no se la entregaría. Así es como se conducen casi todas las negociaciones, siendo los negocios de Estado de distinto orden que los de los par-

(1) Nosotros pronunciamos Gneurts.
(2) Memorias secretas de Bassevitz.

ticulares, haciendo consistir el honor de los ministros únicamente en el buen éxito, y el honor de los particulares en el cumplimiento de sus palabras.

Steinbock se presentó delante de Tonninge; el comandante de la ciudad se niega a abrirle las puertas; de este modo se evita que el rey de Dinamarca se queje al obispo administrador; pero Gortz hace dar una orden a nombre del duque menor, para dejar entrar al ejército sueco en Tonninge. El secretario particular del soberano, llamado Stamke, firma el nombre del duque de Holstein; así Gortz no compromete sino a un niño que no tenía aún el derecho de dar órdenes; sirve a la vez al rey de Suecia, con el cual quiere hacerse valer, y al obispo administrador, su señor, quien parece no consentir la admisión del ejército sueco. El comandante de Tonninge, fácilmente ganado, entregó la ciudad a los suecos, y Gortz se justificó como pudo ante el rey de Dinamarca, protestando de que todo se había hecho a pesar de él.

El ejército sueco (1), parte en la ciudad y parte al amparo de sus cañones, no se salvó a pesar de esto; el general Steinbock se vió obligado a entregarse prisionero de guerra con once mil hombres, lo mismo que diez y seis mil se habían rendido cerca de Pultava.

Se estipuló que Steinbock, sus oficiales y soldados pudieran ser rescatados o canjeados; se fijó el rescate de Steinbock en ocho mil escudos de

(1) Memorias de Steinbock.

imperio; es una suma bien pequeña; sin embargo, no se pudo obtener, y Steinbock permaneció cautivo en Copenhague hasta su muerte.

Los Estados de Holstein quedaron a discreción de un vencedor justamente irritado; el joven duque fué objeto de la venganza del rey de Dinamarca como premio del abuso que Gortz había cometido en su nombre; las desgracias de Carlos XII recaían sobre toda su familia.

Viendo Gortz desvanecidos sus proyectos, siempre preocupado por desempeñar un gran papel en esta confusión, volvió a la idea que había ya tenido de establecer una neutralidad en los Estados de Suecia en Alemania.

El rey de Dinamarca estaba a punto de entrar en Tonninge; Jorge, elector de Hannover, quería poseer los ducados de Brema y de Verden con la ciudad de Stade; el nuevo rey de Prusia, Federico-Guillermo, le echaba el ojo a Stetin; Pedro I se disponía a hacerse dueño de Finlandia; todos los Estados de Carlos XII, fuera de Suecia, eran despojos que se trataban de repartir: ¿cómo acordar tantos intereses con una neutralidad? Gortz negoció al mismo tiempo con todos los príncipes que tenían interés en este reparto; corría día y noche de una provincia a otra; comprometió al gobernador de Brema y de Verden a entregar en secreto estos dos ducados al elector de Hannover, a fin de que los dinamarqueses no los tomasen para sí; hizo tanto, que consiguió del rey de Prusia que se encargase, juntamente con el Holstein,

del secuestro de Stetin y de Vismar; mediante lo cual, el rey de Dinamarca dejaría el Holstein en paz y no entraría en Tonninge. Para Carlos XII era seguramente un servicio un poco extraño éste de poner sus plazas en manos de quienes podrían guardarlas para siempre; pero Gortz, entregándoles estas ciudades como en rehenes, les forzaba a la neutralidad, al menos por algún tiempo; esperaba que en seguida pudiese hacer declarar el Hannover y el Brandeburgo en favor de Suecia; hacía entrar en sus proyectos al rey de Polonia, cuyos Estados arruinados tenían necesidad de paz; en fin, él quería hacerse necesario a todos los príncipes. Disponía de los dominios de Carlos XII como un tutor que sacrifica una parte de los bienes de un pupilo arruinado para salvar la otra, y de un pupilo que no puede realizar sus asuntos por sí mismo; todo esto sin estar comisionado para ello, sin otra garantía de su conducta que un poder pleno de un obispo de Lubec, que tampoco estaba de ningún modo autorizado por Carlos XII.

Tal ha sido este Gortz, que hasta aquí no ha sido bastante conocido. Se han visto primeros ministros de grandes Estados, como un Oxenstiern, un Richelieu, un Alberoni, poner en movimiento una parte de Europa; pero que el consejero privado de un obispo de Lubec haya hecho tanto como ellos, sin estar autorizado por nadie, era una cosa inaudita.

Junio 1713.—Consiguió desde luego lo que deseaba; hizo un tratado con el rey de Prusia, por

el cual este monarca se comprometía, guardando a Stetin en secuestro, a conservar a Carlos XII el resto de la Pomerania. En virtud de este tratado, Gortz hizo proponer al gobernador de la Pomerania (Mayerfeld) entregase la plaza de Stetin al rey de Prusia en bien de la paz, creyendo que el sueco, gobernador de Stetin, pudiera ser tan fácil como lo había sido el de Holstein, gobernador de Tonninge. Pero los oficiales de Carlos XII no estaban acostumbrados a obedecer semejantes órdenes. Mayerfeld respondió que no se entraría en Stetin sino pasando sobre su cuerpo y sobre ruinas. Informó a su soberano de esta extraña proposición. El correo encontró a Carlos XII cautivo en Demirtash, después de su aventura de Bender. No se sabía entonces si Carlos permanecería prisionero de los turcos toda su vida, si se le confinaría en alguna isla del archipiélago o del Asia. Carlos, desde su prisión, mandó a Mayerfeld lo que había mandado a Steinbock: que era preciso morir antes que someterse a sus enemigos, y le ordenó ser tan inflexible como lo era él mismo.

Viendo Gortz que el gobernador de Stetin destruía sus planes, y que no quería oír hablar de neutralidad ni de secuestro, se le antojó no solamente secuestrar esta ciudad de Stetin, sino también Stralsund; y encontró el medio de hacer con el rey de Polonia, elector de Sajonia, el mismo tratado para Stralsund que había hecho con el elector de Brandeburgo para Stetin. Veía claramente la impotencia de los suecos para guardar

sus plazas sin dinero y sin ejército mientras el rey estuviese cautivo en Turquía; y contaba con alejar el azote de la guerra de todo el Norte por medio de estos secuestros. La misma Dinamarca se prestaba al fin a las negociaciones de Gortz; ésta ganó por completo al príncipe Menzikoff, general y favorito del zar; le convenció de que se podría ceder el Holstein a su soberano; halagó al zar con la idea de abrir un canal del Holstein al mar Báltico, empresa tan conforme con el gusto de este fundador, y sobre todo con obtener un nuevo poder, consiguiendo ser uno de los príncipes del imperio de Alemania, y adquiriendo en las Dietas de Ratisbona un derecho de sufragio que siempre sería sostenido por el derecho de las armas.

No es posible ni plegarse de más maneras, ni tomar más formas diferentes, ni desempeñar más papeles, que a lo que hizo este negociador voluntario; llegó hasta a comprometer al príncipe Menzikoff a destruir esta misma ciudad de Stetin que quería salvar, a bombardearla, a fin de obligar al comandante Mayerfeld a entregarle en secuestro; y se atrevía así a ultrajar al rey de Suecia, a quien quería agradar, y a quien, en efecto, agradó demasiado en lo sucesivo, por su desgracia.

Cuando el rey de Prusia vió que un ejército ruso bombardeaba Stetin, temió perder esta ciudad y que quedase en poder de Rusia. Esto era lo que Gortz esperaba. El príncipe Menzikoff carecía de dinero; aquél hizo que el rey de Prusia le prestase cuatrocientos mil escudos; en seguida

hizo decir al gobernador de la plaza: «¿Qué queréis mejor, ver a Stetin convertido en cenizas bajo el dominio de Rusia, o confiarla al rey de Prusia, que la devolverá al rey vuestro señor?» El comandante se dejó al fin convencer: se rindió; Menzikoff entró en la plaza; y mediante los cuatrocientos mil escudos, la puso, con todo el territorio, en manos del rey de Prusia, quien, por fórmula, dejó entrar en ella dos batallones de Holstein, y que no ha devuelto nunca más esta parte de la Pomerania.

Desde entonces el segundo rey de Prusia, sucesor de un rey débil y pródigo, puso los cimientos de la grandeza a que llegó su país en lo sucesivo por la disciplina militar y por la economía.

Septiembre 1713.— El barón de Gortz, que hizo mover tantos resortes, no pudo llegar a conseguir que los daneses perdonasen a la provincia de Holstein, ni que renunciasen a apoderarse de Tonninge; faltó lo que parecía ser su primer objeto, pero logró todo el resto, y sobre todo convertirse en un importante personaje en el Norte, que era, en efecto, su proyecto principal.

Ya el elector de Hannover estaba seguro, respecto a Brema y Verden, de que se había despojado a Carlos XII; los sajones estaban ante una ciudad de Vismar; Stetin en manos del rey de Prusia; los rusos iban a sitiar a Stralsund con los sajones, y éstos estaban ya en la isla de Rugen; el zar, en medio de tantas negociaciones, había desembarcado en Finlandia, mientras en otras

partes se disputaba sobre la neutralidad y sobre el reparto. Después de haber emplazado él mismo la artillería ante Stralsund, abandonando el resto a sus aliados y al príncipe Menzikoff, se embarcó en el mes de mayo, en el mar Báltico; y, mandando un navío de cincuenta cañones que había hecho construir él mismo en Petersburgo, navegó hacia Finlandia, seguido de noventa y dos galeras y ciento diez semigaleras, que llevaban diez y seis mil combatientes.

22 *mayo* 1713.— El desembarco se hizo en Elsinford, que está en la parte más meridional de este frío y estéril país, hacia el grado sesenta y uno.

Este desembarco tuvo buen éxito a pesar de todas las dificultades. Se fingió atacar por un sitio, se desembarcó por otro; bajaron las tropas a tierra, y se tomó la ciudad. El zar se apoderó de Borgo, de Abo y fué dueño de toda la costa. Parecía que los suecos no tuviesen en lo sucesivo remedio alguno; pues todo esto ocurría en la época en que el ejército sueco, mandado por Steinbock, se entregaba prisionero de guerra.

Todos estos desastres de Carlos XII fueron seguidos, como ya hemos visto, de la pérdida de Brema, de Verden, de Stetin, de una parte de la Pomerania; y, en fin, el rey Estanislao y Carlos mismo estaban prisioneros en Turquía; sin embargo, no se había desengañado todavía de la idea de volver a Polonia al frente de un ejército otomano, de reponer a Estanislao en el trono y de hacer temblar a todos sus enemigos.

CAPITULO V

Triunfos de Pedro el Grande. — Regreso de Carlos XII a sus Estados.

Pedro, a la vez que proseguía la serie de sus conquistas, perfeccionaba la creación de su marina, hacía venir doce mil familias a Petersburgo, tenía a todos sus aliados unidos a su fortuna y a su persona, aunque todos tuviesen intereses diversos y opuestas miras. Su flota amenazaba a la vez a todas las costas de Suecia en los golfos de Finlandia y de Bothnia.

Uno de sus generales de tierra, el príncipe Gallitzin, formado por él mismo, como lo eran todos, avanzaba desde Elsinford, donde el zar había desembarcado, hasta el interior de la tierra, hacia el burgo de Tavastus. Este era un puesto que dominaba la Bothnia; algunos regimientos suecos, con ocho mil hombres de milicias, lo defendían. Fué preciso librar una batalla—13 marzo 1714—; los rusos la ganaron completamente; dispersaron a todo el ejército sueco y penetraron hasta Vasa: de suerte que se hicieron dueños de ochenta leguas de terreno.

A los suecos les quedaba la escuadra, con la que dominaban el mar. Pedro ambicionaba desde

mucho antes mostrar la marina que había creado. Había partido de Petersburgo y había reunido una escuadra de diez y seis navíos de línea y ciento ochenta galeras a propósito para maniobrar a través de los peñascos que rodean la isla de Aland y las demás del mar Báltico, no lejos de las costas de Suecia, hacia las cuales encontró la escuadra sueca. Esta escuadra era superior a la suya en buques grandes, pero inferior en galeras; más propia para combatir en alta mar que en medio de peñas. Era una superioridad que el zar debía sólo a su genio. El servía en su escuadra en calidad de contraalmirante, y recibía las órdenes del almirante Apraxin. Pedro quería apoderarse de la isla de Aland, que sólo estaba alejada de Suecia unas doce leguas; era preciso pasar a la vista de la escuadra de los suecos. El atrevido plan fué ejecutado; las galeras se abrieron paso bajo el cañón enemigo, que no era bastante eficaz; se entró en Aland, y como esta costa casi toda ella estaba erizada de escollos, el zar hizo transportar a brazo ochenta galeras pequeñas por una lengua de tierra, y se las volvió a poner a flote en el mar que se denomina de Hango, donde estaban sus grandes navíos. Erenschild, contraalmirante de los suecos, creyó que iba a apresar fácilmente o echar a pique estas ochenta galeras. Avanzó por este lado para reconocerlas; pero fué recibido con un fuego tan vivo, que vió caer a casi todos sus soldados y todos sus marineros. Le apresaron las galeras y las embarcaciones de

un puente que había traído y el navío que mandaba—8 agosto 1714—; se salvó en una chalupa, pero fué herido en ella. En fin, obligado a rendirse, se le llevó a la galera en que el mismo zar maniobraba. El resto de la escuadra volvió a ganar la Suecia. Hubo consternación en Estocolmo y nadie se creyó allí seguro.

En aquel mismo tiempo el coronel Schouvalow Neushlof atacaba la única fortaleza que quedaba por tomar en las costas occidentales de Finlandia y la sometía al zar, a pesar de la más obstinada resistencia.

Esta jornada de Aland fué, después de la de Pultava, la más gloriosa de la vida de Pedro. Dueño de Finlandia, cuyo gobierno encomendó al príncipe Gallitzin, vencedor de todas las fuerzas navales de Suecia y más respetado que nunca por sus aliados—5 septiembre—, regresó a Petersburgo cuando la estación, que se hizo muy tormentosa, no le permitió ya permanecer en los mares de Finlandia y de Bothnia. Su buena suerte quiso además que, al llegar a su nueva capital, la zarina diese a luz una princesa, que murió un año después. Instituyó la Orden de Santa Catalina en honor de su esposa, y celebró el nacimiento de su hija con una entrada triunfal. Esta era, de todas las fiestas a que había acostumbrado a sus pueblos, la que más les agradaba. El comienzo de esta fiesta fué llevar al puerto de Cronslot nueve galeras suecas llenas de prisioneros y el navío del contraalmirante Erenschild.

El buque almirante de Rusia estaba cargado con todos los cañones, banderas y estandartes cogidos en la conquista de Finlandia. Se llevaron todos estos trofeos a Petersburgo, a donde se llegó en orden de batalla. Un arco de triunfo, que el zar había dibujado según su costumbre, fué decorado con los emblemas de todas sus victorias; los vencedores pasaron bajo este arco triunfal; el almirante Apraxin marchaba a la cabeza; en seguida el zar en calidad de contraalmirante, y todos los demás oficiales según su categoría; se presentaron todos al virrey Romadonoski, quien en estas ceremonias representaba al soberano del imperio. Este vicezar distribuyó entre los oficiales medallas de oro; todos los soldados y marineros las recibieron de plata. Los prisioneros suecos pasaron bajo el arco triunfal, y el almirante Erenschild seguía inmediatamente al zar, su vencedor. Cuando se hubo llegado al trono donde estaba el vicezar, el almirante Apraxin le presentó al contraalmirante Pedro, quien pidió ser ascendido a vicealmirante en premio de sus servicios; se procedió a la votación, y no se dudará de que todos los votos le fueron favorables.

Después de esta ceremonia, que llenaba de alegría a todos los asistentes, y que inspiraba a todo el mundo la emulación, el amor de la patria y el de la gloria, el zar pronunció este discurso que merece pasar a la más lejana posteridad:

«Mis hermanos: ¿Hay alguno entre vosotros

que haya pensado, hace veinte años, que había de combatir conmigo en el mar Báltico, en navíos construídos por vosotros mismos, y que habíamos de establecernos en estas regiones adquiridas con nuestras fatigas y por nuestro valor?... Se coloca el antiguo asiento de las ciencias en Grecia; en seguida pasaron a Italia, de donde se extendieron a todas partes de Europa: a nosotros nos toca ahora nuestro turno, si queréis secundar mis planes, uniendo el estudio a la obediencia. Las artes circulan en el mundo, como la sangre en el cuerpo humano; y acaso establezcan su imperio entre nosotros, para regresar a Grecia, su antigua patria. Yo me atrevo a esperar que haremos un día sonrojar a las naciones más civilizadas, por nuestros trabajos y nuestra sólida gloria.»

Este es el resumen verdadero de este discurso digno de un fundador. Se le ha empobrecido en todas las traducciones; pero el mayor mérito de esta elocuente arenga es haber sido pronunciada por un monarca victorioso, fundador y legislador de su imperio.

Los viejos boyardos escucharon esta arenga con más pesar por sus antiguas costumbres que admiración por la gloria de su soberano; pero los jóvenes se emocionaron hasta verter lágrimas.

Todavía se señalaron estos tiempos por la llegada de los embajadores rusos que volvieron de Constantinopla con la ratificación de la paz con los turcos—15 diciembre 1714—. Un embajador de Persia había llegado un poco antes comisio-

nado por Cha-Ussin; había traído al zar un elefante y cinco leones. Recibió al mismo tiempo una embajada del kan de los usbecks, Mehemet-Bahadir, que le imploraba su protección contra otros tártaros. Del interior del Asia y de Europa todo prestaba homenaje a su gloria.

La regencia de Estocolmo, desesperada por el estado deplorable de sus asuntos y la ausencia de su rey que abandonaba el cuidado de sus Estados, había tomado al fin la resolución de no consultarle más; e inmediatamente después de la victoria naval del zar, pidió un pasaporte al vencedor para un oficial encargado de proposiciones de paz. El pasaporte fué enviado; pero en aquella misma época la princesa Ulrica-Eleonora, hermana de Carlos XII, recibió la noticia de que el rey su hermano se disponía al fin a abandonar Turquía y a regresar para defenderse. No se atrevieron entonces a enviar al zar el comisionado que se había nombrado en secreto; se soportó la mala fortuna, y se esperó a que Carlos XII se presentase para repararla.

En efecto, Carlos, después de cinco años y algunos meses de estancia en Turquía, partió de allí hacia fines de octubre de 1714. Se sabe que puso en su viaje la misma singularidad que caracterizaba todas sus acciones. Llegó a Stralsund el 22 de noviemdre de 1714. Desde que llegó, el barón de Gortz se acercó a él; había sido el instrumento de una parte de sus desgracias, pero se justificó con tanta habilidad y le hizo concebir esperan-

zas tan altas, que ganó su confianza como había ganado la de todos los ministros y todos los príncipes con los que había negociado; le hizo esperar que desuniría a los aliados del zar, y que entonces se podría hacer una paz honrosa, o al menos una guerra igual. Desde este momento tuvo sobre Carlos mucho más ascendiente que había tenido nunca el conde Piper.

Lo primero que hizo Carlos al llegar a Stralsund fué pedir dinero a los burgueses de Estocolmo. Lo poco que tenían fué entregado; no se sabía negar nada a un príncipe que no pedía más que para dar, que vivía tan duramente como los simples soldados, que exponía como ellos su vida. Sus desgracias, su cautiverio, su regreso emocionaban a sus súbditos y a los extranjeros; no se podía evitar el vituperarle, ni admirarle, ni compadecerle, ni socorrerle. Su gloria era de un género completamente opuesto a la de Pedro; no consistía en el fomento de las artes, ni en la legislación, ni en la política, ni en el comercio; no se extendía más allá de su persona; su mérito consistía en un valor superior al ordinario; defendía sus Estados con una grandeza de alma igual a este valor intrépido, y esto era bastante para que las naciones fuesen arrastradas por el respeto hacia él. Tenía más partidarios que aliados.

CAPITULO VI

Estado de Europa al regreso de Carlos XII. — Sitio de Stralsund, etc.

Cuando Carlos XII volvió al fin a sus Estados al terminarse el año 1714, encontró la Europa cristiana en una situación muy diferente de aquella en que la había dejado. La reina Ana de Inglaterra había muerto después de haber hecho la paz con Francia; Luis XIV aseguraba en España a su nieto y forzaba al emperador de Alemania, Carlos VI, y a los holandeses a suscribir una paz necesaria: así, todos los asuntos del mediodía de Europa tomaban un aspecto nuevo.

Los del norte habían cambiado más todavía; Pedro había venido a ser su árbitro. El elector de Hannover, llamado al trono de Inglaterra, quería extender sus posesiones de Alemania a expensas de Suecia, que no había adquirido dominios alemanes sino por las conquistas del gran Gustavo. El rey de Dinamarca pretendía recobrar la Escania, la mejor provincia de Suecia, que había pertenecido en otro tiempo a los daneses. El rey de Prusia, heredero de los duques de Pomerania, pretendía volver a entrar, al menos, en una parte de esta provincia. De otro lado, la casa de Hols-

tein, oprimida por el rey de Dinamarca, y el duque de Mecklemburgo casi en franca guerra con sus súbditos, imploraba la protección de Pedro I. El rey de Polonia, elector de Sajonia, deseaba que se anexionase la Curlandia a Polonia; así, desde el Elba hasta el mar Báltico, Pedro era el apoyo de todos los príncipes, como Carlos había sido su terror.

Se negoció mucho desde el regreso de Carlos, y no se avanzó nada. Este creyó que podría tener bastantes buques de guerra y corsarios para no temer al nuevo poder marítimo del zar. Respecto a la guerra por tierra, contaba con su valor; y Gortz, convertido de golpe en su primer ministro, le convenció de que podría subvenir a los gastos con una moneda de cobre, a la que se le dió un valor noventa y seis veces mayor que el natural, lo que es un prodigio en la historia de los gobiernos. Pero desde el mes de abril de 1715, los buques de Pedro apresaron a los primeros barcos suecos armados en corso que se echaron al mar, y un ejército ruso marchó a la Pomerania.

Los prusianos, los dinamarqueses y los sajones se unieron ante Stralsund. Carlos XII vió que no había regresado de su prisión de Demirtash y de Demirtoca hacia el mar Negro, más que para ser sitiado a orillas del mar Báltico.

Ya se ha visto en su historia con qué fiero y sereno valor desafió en Stralsund a todos sus enemigos reunidos. No se añadirá aquí más que una pequeña particularidad que marca bien su ca-

rácter. Muertos o heridos en el sitio casi todos sus principales oficiales, el coronel barón de Reichel, después de un largo combate, agobiado de sueño y de fatigas, se había tendido sobre un banco para procurarse una hora de descanso, cuando fué llamado para hacer la guardia en la muralla; se hizo el remolón, maldiciendo de la terquedad del rey y de tantas fatigas intolerables e inútiles. El rey, que le oía, se apresuró a presentarse, y despojándose de su manto, que extendió ante él: «No podéis más—le dijo—, mi querido Reichel: yo he dormido una hora, estoy fresco y voy a hacer la guardia en vuestro lugar: dormid; ya os despertaré cuando sea la hora.» Dicho esto, le envolvió en el manto, a pesar suyo; le dejó dormir y fué a hacer la guardia.

Octubre 1715.—Durante este sitio de Stralsund el nuevo rey de Inglaterra, elector de Hannover, compró del rey de Dinamarca la provincia de Brema y Verden, con la ciudad de Stade, que los daneses habían tomado a Carlos XII. Le costó esto al rey Jorge ochocientos mil escudos de Alemania. Así se traficaba con los Estados de Carlos, mientras él defendía a Stralsund palmo a palmo. Al fin, no siendo ya esta ciudad más que un montón de ruinas, sus oficiales le obligaron a salir de ella—diciembre 1715—. Cuando estuvo en salvo, su general, Duker, entregó estas ruinas al rey de Prusia.

Algún tiempo después, habiéndose presentado Duker ante Carlos XII, este príncipe le reprochó

el haber capitulado con sus enemigos. «Amo demasiado vuestra gloria—le respondió Duker—para haceros la afrenta de permanecer en una ciudad de la que Vuestra Majestad había salido.» Por lo demás, esta plaza no permaneció sino hasta 1721 en poder de los prusianos, quienes la devolvieron en la paz del Norte.

Durante este sitio de Stralsund, Carlos recibió todavía una mortificación que hubiese sido más dolorosa si su corazón fuese tan sensible a la amistad como lo era a la gloria. Su primer ministro, el conde Piper, hombre célebre en Europa, siempre fiel a su rey (digan lo que quieran tantos autores indiscretos, bajo la fe de uno solo mal informado); Piper, digo, era su víctima desde la batalla de Pultava. Como no había canje de prisioneros entre los rusos y los suecos, quedó prisionero en Moscú, y aunque no hubiese sido enviado a Siberia como tantos otros, su estado era lamentable. La hacienda del zar no estaba entonces administrada tan fielmente como debía, y todos sus nuevos establecimientos exigían gastos a los que costaba mucho trabajo atender; además debía una cantidad de dinero bastante considerable a los holandeses, con motivo de dos de sus barcos mercantes incendiados en las costas de Finlandia. El zar pretendió que eran los suecos quienes debían pagar esta suma, y quiso comprometer al conde Piper a encargarse de esta deuda; se le hizo venir de Moscú a Petersburgo; se le ofreció la libertad en caso de que pudiese

girar sobre Suecia unos setenta mil escudos en letras de cambio. Se dice que él giró, en efecto, esa cantidad contra su mujer en Estocolmo; que ella no estaba en situación ni acaso con voluntad de entregarla, y que el rey de Suecia no hizo tampoco nada para pagarla. Sea como quiera, el conde Piper fué encerrado en la fortaleza de Shlusselbourg, donde murió al año siguiente, a los setenta años de edad. Se envió su cuerpo al rey de Suecia, quien mandó hacerle magníficas exequias; triste e inútil indemnización a tantos infortunios y a fin tan deplorable.

Pedro estaba satisfecho por poseer la Livonia, la Estonia, la Carelia, la Ingria, que consideraba como provincias de sus Estados, y de haber añadido a ellas casi toda la Finlandia, que serviría de prenda en caso de que se pudiese llegar a la paz. Había casado una hija de su hermano con el duque de Mecklemburgo, Carlos Leopoldo, en el mes de abril de aquel mismo año; de modo que todos los príncipes del Norte eran sus aliados o creación suya. En Polonia contenía a los enemigos del rey Augusto: uno de sus ejércitos, de unos diez y ocho mil hombres, disolvía allí sin trabajo todas las confederaciones con tanta frecuencia renacientes en esta patria de la libertad y de la anarquía. Los turcos, fieles al fin a los tratados, dejaban en su poder y a su voluntad todos sus dominios.

En este estado floreciente casi no había día que no se distinguiese por alguna nueva creación para

la marina, las tropas, el comercio, las leyes; él mismo compuso un código militar para la infantería.

8 *noviembre* 1715.—En Petersburgo fundaba una academia de marina. Lange, encargado de los intereses del comercio, partía para la China por la Siberia; los ingenieros levantaban cartas en todo el imperio; se construía la quinta de recreo de Petershoff, y al mismo tiempo se hacían fuertes sobre el Irtish; se contenía el pillaje de los pueblos de la Boukaria, y, por otra parte, los tártaros de Kouban eran reprimidos.

Pareció el colmo de la prosperidad el nacimiento, en el mismo año, de un hijo de su mujer Catalina y de un heredero de sus Estados en un hijo del príncipe Alejo; pero el hijo que le dió la zarina fué bien pronto arrebatado por la muerte; y ya veremos que la suerte de Alejo fué demasiado funesta para que el nacimiento de un hijo de este príncipe pudiese ser mirado como una dicha.

El parto de la zarina interrumpió los viajes que hacía constantemente con su esposo por tierra y por mar; pero en cuanto se levantó, volvió a acompañarlo en excursiones nuevas.

CAPITULO VII

Toma de Vismar.—Nuevos viajes del zar.

Vismar estaba entonces sitiada por todos los aliados del zar. Esta ciudad, que debía naturalmente pertenecer al duque de Mecklemburgo, está situada sobre el mar Báltico, a siete leguas de Lubec, y podría disputarle su gran comercio; era en otro tiempo una de las más importantes ciudades anseáticas, y los duques de Mecklemburgo ejercían allí el derecho de protección mucho más que el de soberanía. Esta era una de las posesiones de Alemania que habían quedado a los suecos por la paz de Westfalia. Tuvieron al fin que entregarla como Stralsund: los aliados del zar se apresuraron a hacerse dueños de ella antes de que hubiesen llegado sus tropas; pero Pedro, que vino él mismo ante la plaza después de la capitulación que había sido hecha sin él, hizo a la guarnición prisionera de guerra—Febrero 1715.—Le indignó que sus aliados dejasen al rey de Dinamarca una ciudad que debía pertenecer al príncipe a quien él había dado su sobrina, y este disgusto, del que el ministro Gortz se aprovechó inmediatamente, fué el primer origen de la paz que proyectó hacer entre el zar y Carlos XII.

Gortz, desde este momento, hizo comprender al zar que Suecia estaba ya bastante hundida, que no convenía elevar demasiado a Dinamarca y Prusia. El zar participaba de su opinión; él no había hecho nunca la guerra más que como político, mientras que Carlos XII no la había hecho sino como guerrero. Desde entonces no procedió más que muy flojamente contra Suecia; y Carlos XII, desgraciado por todas partes en Alemania, resolvió, por uno de esos golpes desesperados que sólo el buen éxito puede justificar, ir a llevar la guerra a Noruega.

El zar, entre tanto, quiso hacer un segundo viaje a Europa. Había hecho el primero como hombre que había querido instruirse en las artes; hizo el segundo como príncipe que trataba de penetrar el secreto de todas las cortes. Llevó a su mujer a Copenhague, a Lubec, a Schwerin, a Neustadt; vió al rey de Prusia en la pequeña ciudad de Aversberg; de allí pasaron a Hamburgo, a aquella ciudad de Altona que los suecos habían incendiado y que se reedificaba. Bajando por el Elba hasta Stade, pasaron por Brema, donde las autoridades les obsequiaron con fuegos de artificio y una iluminación cuyo dibujo formaba en cien lugares diferentes estas palabras:: *Nuestro libertador viene a vernos*—17 diciembre 1716—. En fin, volvió a ver Amsterdam y aquella pequeña choza de Sardam, donde había aprendido el arte de la construcción de barcos hacía unos diez y ocho años; encontró esta choza transformada en

una casa agradable y cómoda, que subsiste todavía y que se llama la *Casa del príncipe.*

Se puede suponer con qué idolatría fué recibido por un pueblo de comerciantes y marinos, de quienes había sido compañero; creían ver en el vencedor de Pultava a su discípulo, que había fundado en sus Estados el comercio y la marina, que había aprendido de ellos a ganar batallas navales; le miraban como a uno de sus conciudadanos llegado a emperador.

Parece que en la vida, en los viajes, en las acciones de Pedro el Grande, como en las de Carlos XII, todo está alejado de nuestras costumbres, acaso demasiado afeminadas; por esto mismo es por lo que la historia de estos dos hombres célebres excita tanto nuestra curiosidad.

La esposa del zar residía en Schverin, enferma, muy avanzada en su nuevo embarazo; sin embargo, en cuanto pudo ponerse en camino, quiso ir a encontrar al zar en Holanda—14 enero 1717—; los dolores la sorprendieron en Vesel, donde dió a luz un príncipe que no vivió más que un día. No está dentro de nuestras costumbres que una mujer enferma viaje inmediatamente después de haber dado a luz: la zarina, al cabo de diez días, llegó a Amsterdam; quiso ver la choza de Sardam, en la que el zar había trabajado con sus manos: los dos fueron sin ceremonias, sin séquito, con dos criados, a comer a casa de un rico carpintero de barcos de Sardam, llamado Kalf, el primero que había comerciado en Petersburgo.

El hijo había regresado de Francia, adonde Pedro quería ir; la zarina y él escucharon con placer la aventura de este joven, que yo no referiría si no diese a conocer costumbres completamente opuestas a las nuestras.

El hijo del carpintero Kalf había sido enviado a París para aprender en él el francés, y su padre había querido que viviese allí honorablemente. Ordenó que el joven abandonase el traje más que sencillo que todos los ciudadanos de Sardam llevan, y que hiciese en París un gasto más conveniente a su fortuna que a su educación, conociendo bastante a su hijo para esperar que este cambio no corrompería su frugalidad y la bondad de su carácter.

Kalf significa becerro en todas las lenguas del Norte: el viajero tomó en París el nombre de Becerro; vivió con alguna magnificencia; entró en sociedad. Nada más común en París que prodigar los títulos de marqués y de conde a los que no tienen ni una tierra señorial, y que son apenas hidalgos; esta ridiculez ha sido siempre tolerada por el Gobierno a fin de que, estando las clases más confundidas y la nobleza menos encumbrada, se estuviese en lo sucesivo al abrigo de las guerras civiles, en otro tiempo tan frecuentes. El título de alto y poderoso señor ha sido adquirido por ennoblecidos, por plebeyos que habían comprado a altos precios los cargos. En fin, los nombres de marqués, de conde, sin marquesado y sin condado, como de caballero sin orden, y de abad sin abadía, no tienen consecuencia alguna en la nación.

Los amigos y los criados de Kalf le llamaban siempre el conde del Becerro; él cenó en casa de las princesas y figuró en la de la duquesa de Berry; pocos extranjeros fueron más festejados. Un joven marqués, que le había acompañado en todas sus diversiones, le prometió ir a verle a Sardam, y cumplió su palabra. Al llegar a este pueblo preguntó por la casa del conde de Kalf; encontró un taller de constructores de navíos y al joven Kalf, vestido de marinero holandés, el hacha en la mano, trabajando en las obras de su padre. Kalf recibió a su huésped con toda su sencillez antigua, que había recobrado, y de la que no se desprendió ya más. Un lector juicioso puede perdonar esta pequeña digresión, que no es sino la condenación de las vanidades y el elogio de las costumbres.

El zar permaneció tres meses en Holanda. Ocurrieron durante su estancia cosas más serias que la aventura de Kalf. La Haya, desde la paz de Nimega, de Rysvyk y de Utrecht, habia conservado la reputación de ser el centro de las negociaciones de Europa: esta pequeña ciudad, o más bien villorrio, el más agradable del Norte, estaba principalmente habitada por ministros de todas las cortes y por viajeros que venían a instruirse en esta escuela. Se ponían entonces las bases de una gran revolución en Europa. El zar, informado de los orígenes de estas tormentas, prolongó su estancia en los Países Bajos para estar más al alcance de lo que se tramaba a la vez en el Mediodía y en el Norte, y para decidir el partido que debia tomar.

CAPITULO VIII

Continuación de los viajes de Pedro el Grande.—Conspiración de Gortz.—Recepción de Pedro en Francia.

El veía cuán celosos estaban sus aliados de su poder, y que frecuentemente se tienen más disgustos con los amigos que con los enemigos.

El Mecklemburgo era uno de los principales motivos de estas discusiones, casi siempre inevitables entre príncipes vecincs que reparten sus conquistas. Pedro no había querido que los daneses tomasen Vismar para sí y menos aún que demoliesen las fortificaciones; sin embargo, habían hecho lo uno y lo otro.

El duque de Mecklemburgo, casado con su sobrina, y a quien consideraba como yerno, cra francamente protegido por él contra la nobleza del país; y el rey de Inglaterra protegía a la nobleza. En fin, comenzaba a estar muy descontento del rey de Polonia, o más bien de su primer ministro, el conde Flemming, quien quería sacudir el yugo de la dependencia, impuesto por los beneficios y por la fuerza.

Las cortes de Inglaterra, de Polonia, de Dinamarca, de Holstein, de Mecklemburgo, de Bran-

deburgo estaban agitadas por intrigas y conjuraciones.

A fines de 1716 y a principios de 1717, Gortz, que, como dicen las Memorias de Bassevitz, estaba cansado de no tener más que el título de consejero de Holstein y de no ser más que un plenipotenciario secreto de Carlos XII, había hecho nacer la mayor parte de estas intrigas, y resolvió aprovecharse de ellas para conmover a Europa. Su plan era aproximar a Carlos XII al zar, no sólo para terminar su guerra, sino para unirlos, reponer a Estanislao en el trono de Polonia y quitar al rey de Inglaterra, Jorge I, Brema y Verden, y aun el trono mismo de Inglaterra, a fin de ponerle en situación de no poder apropiarse los despojos de Carlos.

En la misma época había un ministro de igual carácter, cuyo proyecto era trastornar Inglaterra y Francia; era el cardenal Alberoni, más dueño entonces de España de lo que era Gortz en Suecia; hombre tan audaz y tan emprendedor como él pero mucho más poderoso, porque estaba al frente de un reino más rico y porque no pagaba a sus favorecidos en moneda de cobre.

Gortz, desde las costas del mar Báltico, se unió en seguida a la Corte de Madrid. Alberoni y él estuvieron igualmente en inteligencia con todos los ingleses errantes adictos a la casa Estuardo. Gortz acudió a todos los Estados en que podía encontrar enemigos del rey Jorge: Alemania, Holanda, Flandes, Lorena y al fin París, a fines del

año 1716. El cardenal Alberoni comenzó por enviarle al mismo París un millón de libras de Francia para empezar a prender fuego a la pólvora: ésta era la expresión de Alberoni.

Gortz quería que Carlos cediese mucho a Pedro, para recobrar todo lo demás de sus enemigos, y que pudiese libremente hacer un desembarco en Escocia, mientras que los partidarios de los Estuardos se decidieran eficazmente después de tantas demostraciones inútiles. Para realizar estos proyectos era necesario privar al rey de Inglaterra de su mayor apoyo, y este apoyo era el regente de Francia. Era extraordinario ver a Francia unida con un rey de Inglaterra contra el nieto de Luis XIV, que esta misma Francia había puesto en el trono de España a costa de su tesoro, de su sangre, a pesar de tantos enemigos conjurados. Pero todo se había desviado entonces de su cauce natural, y los intereses del regente no eran los intereses del reino. Alberoni preparó desde entonces una conspiración en Francia contra este regente. Los cimientos de toda esta vasta empresa fueron echados casi inmediatamente de haberse terminado el plan. Gortz fué el primero que estuvo en el secreto, y le correspondía entonces ir, disfrazado, a Italia, para entrevistarse con el pretendiente cerca de Roma, y de allí salir para La Haya, ver en ella al zar y terminar todo junto al rey de Suecia.

El que escribe esta historia está muy enterado de lo que expone, puesto que Gortz le propuso

acompañarle en sus viajes y porque, a pesar de lo joven que era entonces, fué uno de los primeros testigos de gran parte de estas intrigas.

Gortz había vuelto a Holanda a fines de 1716, provisto de las letras de cambio de Alberoni y de plenos poderes de Carlos. Es seguro que el partido del pretendiente debía levantarse mientras que Carlos descendería de Noruega al norte de Escocia. Este príncipe, que no había podido conservar sus Estados en el continente, iba a invadir y a trastornar los de otro; y de la prisión de Demirtash, en Turquía, y de las cenizas de Stralsund, se hubiese podido verle ir a coronar al hijo de Jacobo II, en Londres, como había coronado a Estanislao, en Varsovia.

El zar, que sabía una parte de las empresas de Gortz, esperaba su desarrollo, sin entrar en ninguno de sus planes y sin conocerlos todos; amaba lo grande y lo extraordinario tanto como Carlos XII, Gortz y Alberoni; pero lo amaba como fundador de un Estado, como legislador, como verdadero político; y acaso Alberoni, Gortz y el mismo Carlos eran más bien hombres inquietos que intentaban grandes aventuras, que hombres profundos que toman medidas razonables; puede ser, sin embargo, que por sus malos éxitos se les acuse de temeridad.

Cuando Gortz fué a La Haya, el zar no lo vió; hubiera infundido demasiadas sospechas a los Estados generales, sus amigos, unidos al rey de Inglaterra; sus ministros no vieron a Gortz más

que en secreto, con las mayores precauciones, con orden de escuchar todo y de dar esperanzas, sin contraer ninguna obligación y sin comprometerle. Sin embargo, los perspicaces notaban bien su inacción, ya que él hubiese podido bajar a Escania con su flota y la de Dinamarca, en su frialdad hacia sus aliados, en las quejas que se escapaban de sus cortes y, en fin, en su viaje mismo; que en los asuntos se verificaba un gran cambio que no tardaría en manifestarse.

En el mes de enero de 1717, un paquebote sueco que conducía cartas a Holanda se vió obligado por el temporal a arribar a Noruega, y las cartas fueron cogidas. Se encontraron en las de Gortz y algunos ministros los hilos de la revolución que se tramaba. La Corte de Dinamarca comunicó las cartas a la de Inglaterra. Inmediatamente se hizo detener en Londres al ministro sueco Gyllembourg; se apoderaron de sus papeles, y entre ellos se encontró una parte de su correspondencia con los jacobitas.

Febrero 1717.—El rey Jorge escribe incontinenti a Holanda; exige que, según los tratados, que ligan a Inglaterra y los Estados generales para su seguridad común, el barón de Gortz sea detenido. Este ministro, que en todas partes tenía adictos a su persona, fué advertido de tal orden, y partió incontinenti; estaba ya en Arnhein, en la frontera, cuando los oficiales y los guardias que corrían detrás de él con una celeridad poco común en aquel país, le prendieron, se apoderaron

de sus papeles, tratándolo además duramente; el secretario, Stamke, aquel mismo que había falsificado la firma del duque de Holstein en el asunto de Tonninge, más maltratado todavía. En fin, el conde de Gyllembourg, diplomático de Suecia en Inglaterra, y el barón de Gortz con cartas del ministro plenipotenciario de Carlos XII, fueron interrogados, uno en Londres, el otro en Arnheim, como criminales. Todos los ministros de los soberanos clamaron contra la violación del derecho de gentes.

Este derecho, que es con más frecuencia reclamado que bien conocido, y del que nunca han sido determinados su extensión y límites, ha sido en todo tiempo víctima de atentados. Se han expulsado varios ministros de las cortes en que residían; más de una vez se les ha detenido; pero nunca se había visto hasta ahora interrogar a los ministros extranjeros como súbditos del país. La corte de Londres y los Estados saltaron por encima de todas las reglas, en vista del peligro que amenazaba a la casa de Hannover; pero, al fin, estando ya el peligro al descubierto, dejaba de ser peligro, al menos en la presente ocasión.

Es preciso que el historiador Norberg haya estado muy mal informado, que haya conocido muy mal a los hombres y los asuntos, o que haya sido cegado por la parcialidad, o por lo menos muy atado por su Corte, para tratar de hacer comprender que el rey de Suecia no había entrado mucho antes en el complot.

La afrenta hecha a sus ministros le afirmó en la resolución de intentar todo para destronar al rey de Inglaterra. Entre tanto, fué necesario que una vez en su vida usase el disimulo, que desaprobase a sus ministros cerca del regente de Francia, que le concedía un subsidio, y cerca de los estados generales, a quienes quería halagar; dió menos satisfacciones al rey Jorge. Gortz y Gyllembourg, sus ministros, estuvieron presos cerca de seis meses, y este largo ultraje confirmó en él todos sus intentos de venganza.

Pedro, en medio de tantas alarmas y de tantos recelos, no exponiéndose en nada, esperando todo del tiempo, y habiendo puesto en bastante buen orden sus vastos Estados, para no tener nada que temer ni de dentro ni de fuera, resolvió al fin ir a Francia; no entendía la lengua del país, y por ello perdía el principal fruto de su viaje; pero pensaba que tenía mucho que ver, y quiso saber en qué situación estaba el regente de Francia con Inglaterra, y si ese príncipe estaba seguro.

Pedro el Grande fué recibido en Francia como debía serlo. Se envió desde luego al mariscal de Tessé, con un gran número de señores, un escuadrón de guardias y las carrozas del rey, a su encuentro. Había procedido, según su costumbre, con tal celeridad, que estaba él ya en Gournay cuando los equipajes llegaron a Elbeuf. Se le regaló en el camino con todas las fiestas que tuvo a bien aceptar. Se le recibió primeramente en el Louvre, donde un gran aposento estaba des-

tinado para él, y otros para todo su séquito, para los príncipes Kourakin y Dolgorouki, para el vicecanciller barón Schaffirof, para el embajador Tolstoy, el mismo que había sufrido tantas violaciones del derecho de gentes en Turquía. Toda esta corte debía estar magníficamente alojada y servida; pero como Pedro había venido para ver lo que podía serle útil y no para aguantar vanas ceremonias que molestaban su sencillez y que consumían un tiempo precioso, fué a alojarse aquella misma noche al otro extremo de la ciudad, al palacio u hotel de Lesdiguieres, que pertenecía al mariscal de Villeroi, donde fué tratado y agasajado como en el Louvre (8 mayo 1717). Al día siguiente, el regente de Francia fué a saludarle a este hotel; a los dos días se le llevó el rey todavía niño, conducido por el mariscal Villeroi, su ayo, cuyo padre había sido ayo también de Luis XIV. Se evitó hábilmente al zar la molestia de devolver la visita inmediatamente después de haberla recibido; hubo dos días de intervalo; recibió los saludos del Ayuntamiento, y fué por la tarde a ver al rey; la servidumbre del rey estaba toda formada. Se condujo al joven príncipe hasta la carroza del zar; Pedro, sorprendido e inquieto por la multitud que se apretaba alrededor del rey niño, lo cogió y lo llevó algún tiempo en sus brazos.

Algunos ministros, más maliciosos que sensatos, han escrito que, queriendo el mariscal de Villeroi conceder al rey de Francia la preferencia y la

prioridad, el emperador de Rusia se sirvió de esta estratagema para impedir tal ceremonia con un rasgo de cariño y ternura; esta es una suposición completamente errónea; la cortesía francesa y lo que se debía a Pedro el Grande no permitían que se trocasen en disgustos los honores que se le tributaban. La ceremonia consistía en hacer por un gran monarca y gran hombre lo que él mismo hubiese deseado si hubiese prestado atención a esos pormenores. Los viajes de los emperadores Carlos IV, Segismundo y Carlos V a Francia distaron mucho de haber tenido una celebridad comparable a la de la estancia en ella de Pedro el Grande. Esos emperadores no fueron allí sino por intereses políticos y en un tiempo en que la perfección de las artes no podía hacer de su viaje una época memorable; pero cuando Pedro el Grande fué a comer a casa del duque de Antin, en el palacio de Petitbourg, a tres leguas de París, y al final de la comida vió su retrato, que se acababa de pintar, colocado de pronto en la sala, comprendió que los franceses sabían recibir un huésped tan digno, mejor que ningún pueblo del mundo.

Todavía se sorprendió más cuando al ir a ver acuñar medallas en esta gran galería del Louvre, donde todos los artistas del rey están honorablemente alojados, habiéndose caído una medalla que se acuñaba, y apresurándose el zar a recogerla, se vió grabado en ella, con una Fama en el reverso, poniendo un pie sobre el globo, y estas

palabras de Virgilio, tan apropiadas a Pedro el Grande: *Vires acquirit eundo*; alusión igualmente fina y noble e igualmente concerniente a sus viajes y a su gloria; los ofrecieron de estas medallas de oro a él y a todos los que le acompañaban. ¿Iba a casa de los artistas? Ponían a sus pies todas las obras maestras y le suplicaban se dignase recibirlas. ¿Iba a ver los lizos altos de los Gobelinos, los tapices de la Jabonería, los talleres de los escultores, de los pintores, de los orfebres del rey, de los fabricantes de instrumentos de matemáticas? Todo lo que parecía merecer su aprobación le era ofrecido de parte del rey.

Pedro era mecánico, artista, geómetra. Fué a la Academia de Ciencias, que se engalanó para recibirle con todo lo que tenía de más extraordinario; pero no hubo nada tan extraordinario como él mismo: él corrigió con su propia mano varios errores geográficos en las cartas que había de sus Estados, y sobre todo en las del mar Caspio. En fin, se dignó ser uno de los miembros de esta Academia, y mantuvo después correspondencia, seguida de experiencias y de descubrimientos, con aquellos de quienes accedía a ser un simple colega. Es preciso remontarse a los Pitágoras y a los Anacarsis para encontrar semejantes viajeros, y ellos no habían dejado un imperio para instruirse.

No se puede dejar de poner aquí ante los ojos del lector el entusiasmo que le sobrecogió al contemplar la tumba del cardenal Richelieu. Poco

impresionado por la belleza de esta obra maestra de escultura, lo fué únicamente por la imagen de un ministro que se había hecho célebre en Europa trastornándola toda, y que había devuelto a Francia su gloria, perdida después de la muerte de Enrique IV. Se sabe que abrazó esta estatua, y que exclamó: «¡Gran hombre! Yo te hubiera cedido la mitad de mis Estados para aprender de ti a gobernar la otra.»

En fin, antes de partir quiso ver a la célebre madame de Maintenon, que él sabía que era efectivamente viuda de Luis XIV y que estaba próxima a su fin. Esta especie de analogía entre el casamiento de Luis XIV y el suyo excitaba vivamente su curiosidad; pero había entre el rey de Francia y él esta diferencia: que él se había casado públicamente con una heroina, y Luis XIV no había tenido en secreto sino una mujer amable. La zarina no le había acompañado en este viaje; Pedro había temido demasiado las molestias del ceremonial y la curiosidad de una corte poco hecha para apreciar el mérito de una mujer que desde las orillas del Pruth a las de Finlandia había afrontado la muerte al lado de su esposo por mar y por tierra.

CAPITULO IX

Regreso del zar a sus Estados.—Su política, sus ocupaciones.

La conducta observada por la Sorbona con él cuando fué a ver el mausoleo del cardenal Richelieu merece ser tratada aparte.

Algunos doctores de la Sorbona quisieron tener la gloria de reunir la Iglesia griega con la Iglesia latina. Los que conocen la historia antigua, saben muy bien que el cristianismo ha venido al Occidente por intermedio de los griegos del Asia y que en Oriente es donde ha nacido; que los primeros Padres, los primeros concilios, las primeras liturgias, los primeros ritos, todo es de Oriente; que no hay ni un solo nombre de dignidad o de empleo que no sea griego, que no declare todavía hoy la fuente de donde nos ha venido todo. Habiéndose dividido el imperio romano, era imposible que no llegase a haber en él, tarde o temprano, dos religiones, como dos imperios, y que no se produjese entre los cristianos de Oriente y de Occidente el mismo cisma que entre los osmanlíes y los persas.

Este cisma es el que algunos doctores de la Universidad de París creyeron apagar de repente

entregando una memoria a Pedro el Grande. El Papa León IX y sus sucesores no lo habían conseguido con legados, concilios, y hasta con dinero. Esos doctores hubieran debido saber que Pedro el Grande, que dirigía su Iglesia, no era hombre capaz de reconocer al Papa. En vano hablaron en su memoria de las libertades de la Iglesia galicana, de la que el zar apenas se cuidaba; en vano dijeron que los papas deben estar sometidos a los concilios y que la opinión de un Papa no es un dogma de fe: no consiguieron más que disgustar a la corte de Roma con su escrito, sin agradar al emperador de Rusia ni a la Iglesia rusa.

Había en ese plan un conjunto de asuntos políticos que no entendían, y puntos de controversia que decían entender, y que cada partido explica como quiere. Se trataba del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, según los latinos, y que procede hoy del Padre por intermedio del Hijo, según los griegos, después de no haber procedido durante mucho tiempo más que del Padre; citaban a San Epifanio, quien dijo que «el Espíritu Santo no es hermano del Hijo ni nieto del Padre».

Pero el zar, al partir de París, tenía otros asuntos que no consistían en verificar pasajes de San Epifanio. Recibió con bondad las memorias de los doctores. Estos escribieron a algunos obispos rusos, que enviaron una respuesta cortés; pero la mayoría se indignó con la proposición.

Para disipar los temores de este proyecto de

unión fué para lo que instituyó algún tiempo después la fiesta cómica del conclave, cuando hubo expulsado a los jesuítas de sus Estados, en 1718.

Había en su corte un viejo loco, llamado Sotof, que le había enseñado a escribir y que se imaginaba haber merecido por ese servicio las dignidades más importantes. Pedro, que endulzaba de vez en cuando los sinsabores del gobierno con bromas adecuadas a un pueblo no enteramente reformado todavía por él, prometió dar a su maestro de escritura una de las primeras dignidades del mundo: le hizo knés papa, con dos mil rublos de sueldo, y le destinó una casa en Petersburgo, en el barrio de los tártaros; unos bufones lo instalaron con gran ceremonia; fué arengado por cuatro tartamudos; creó cardenales, y marchó en procesión al frente de ellos. Todo este sagrado colegio estaba borracho de aguardiente. Después de la muerte de este Sotof, un empleado llamado Buturlin fué nombrado papa. Moscú y Petersburgo han visto renovar por tres veces esta ceremonia, cuya ridiculez parecía no tener consecuencias, pero que, en realidad, confirmaba a las gentes en su aversión por una Iglesia que aspiraba a un poder supremo y cuyo jefe había anatematizado tantos reyes. El zar, en broma, vengaba a veinte emperadores de Alemania, diez reyes de Francia y una multitud de soberanos. Ese fué todo el fruto que la Sorbona recogió de la idea poco política de reunir las Iglesias griega y latina.

El viaje del zar a Francia fué más útil por

su relación con este reino, comerciante y poblado de industriales, que por la pretendida unión de dos Iglesias rivales, de las cuales una mantendrá siempre su antigua independencia, y la otra su nueva superioridad.

Pedro llevó consigo varios artesanos franceses, así como había llevado otros de Inglaterra; pues todas las naciones por donde viajaba tuvieron a gran honor secundarle en su proyecto de llevar todas las artes a una patria nueva y concurrir a esta especie de creación.

Trazó entonces un tratado de comercio con Francia, y lo entregó a sus ministros en Holanda en cuanto estuvo de regreso. No pudo ser firmado por el embajador de Francia, Chateauneuf, hasta el 15 de agosto de 1717, en La Haya. Este tratado no se reducía solamente al comercio; atendía también a la paz del Norte. El rey de Francia, el elector de Brandeburgo, aceptaron el título de mediadores que se les asignó; era bastante para hacer ver al rey de Inglaterra que no estaba contento de él y para colmar las esperanzas de Gortz, quien desde entonces puso todo en obra para reunir a Pedro y Carlos, para suscitar a Jorge nuevos enemigos y para dar la mano al cardenal Alberoni de un extremo al otro de Europa. El barón de Gortz vió entonces públicamente en La Haya a los ministros del zar, y les declaró que tenía plenos poderes para concluir la paz con Suecia.

El zar dejaba a Gortz preparar todas sus baterías sin mezclarse en ello, presto a hacer la paz

con el rey de Suecia, pero también a continuar la guerra, siempre aliado con Dinamarca, Polonia, Prusia y aun, en apariencia, con el elector de Hannóver.

Parece evidente que no tenía formado más proyecto que el de aprovechar las ocasiones. Su principal objeto era perfeccionar todas sus nuevas fundaciones. Sabía que las negociaciones, los intereses de los príncipes, sus alianzas, sus amistades, sus desconfianzas, sus enemistades, experimentan casi todos los años vicisitudes, y con frecuencia no queda rastro alguno de tantos esfuerzos políticos. Una sola manufactura bien establecida hace muchas veces más bien a un Estado que veinte tratados.

Una vez reunido Pedro con su mujer, que le esperaba en Holanda, continuó sus viajes con ella; atravesaron juntos Westfalia y llegaron a Berlín sin ningún aparato. El nuevo rey de Prusia no era menos enemigo de las vanidades del ceremonial y de la magnificencia que el monarca de Rusia. Era un espectáculo instructivo para la etiqueta de Viena y de España, para el *punctilio* de Italia y para la afición al lujo que reina en Francia, el de un rey que no se servía nunca más que de un sillón de madera, que no vestía sino de simple soldado y que se había prohibido todas las delicadezas de la mesa y todas las comodidades de la vida. El zar y la zarina llevaban una vida tan sencilla y tan dura; y si Carlos XII se hubiese encontrado entre ellos se hubiesen visto

juntas cuatro testas coronadas acompañadas de menos fausto que un obispo alemán o que un cardenal de Roma. Jamás el lujo y la molicie han sido combatidos con tan nobles ejemplos.

Es preciso confesar que uno de nuestros ciudadanos se atraería toda nuestra consideración y sería mirado como un hombre extraordinario si hubiese hecho una vez en su vida, por curiosidad, la quinta parte de los viajes que hizo Pedro por el bien de sus Estados. Desde Berlín va a Danzik con su mujer; protege en Mittau a la duquesa de Curlandia, su sobrina, que había enviudado; visita todas sus conquistas; da nuevos reglamentos en Petersburgo; va a Moscú; allí hace reconstruir algunas casas particulares convertidas en ruinas; de allí se traslada a Czarisin, sobre el Volga, para detener las incursiones de los tártaros de Kouban; construye trincheras del Volga al Tanais y hace erigir fuertes de trecho en trecho, de un río al otro. Durante ese mismo tiempo hace imprimir el código militar que ha compuesto. Establece una sala de justicia para examinar la conducta de sus ministros y para poner orden en la hacienda; perdona a algunos culpables; castiga a otros; el príncipe Menzikoff fué también uno de los que necesitaron su clemencia; pero un proceso más severo que se creyó obligado a emprender contra su propio hijo llenó de amargura una vida tan gloriosa.

CAPITULO X

Condena del príncipe Alejo Petrowitz.

Pedro el Grande había casado en 1689, a la edad de diez y siete años, con Eudoxia-Teodora, o Teodorouna Lapoukin, educada en todos los prejuicios de su país e incapaz de elevarse sobre ellos como su esposo. Las mayores contrariedades que experimentó cuando quiso crear un imperio y formar hombres procedieron de su mujer; estaba dominada por la superstición, con tanta frecuencia unida a su sexo. Todas las novedades útiles le parecían sacrilegios, y todos los extranjeros de que el zar se servía para ejecutar sus grandes proyectos le parecían corruptores.

Sus lamentaciones públicas alentaban a los facciosos y partidarios de las antiguas costumbres: su conducta, por otra parte, no reparaba faltas tan graves. En fin: el zar se vió obligado a repudiarla en 1696, y a encerrarla en un convento en Susdal, donde se le hizo tomar el velo bajo el nombre de Elena.

El hijo que le había dado en 1690 nació, desgraciadamente, con el carácter de su madre, y ese carácter se fortificó por la primera educación recibida. Mis Memorias dicen que ésta fué con-

fiada a supersticiosos, que le dañaron el espíritu para siempre. Inútilmente se creyó corregir esas primeras impresiones nombrándole preceptores extranjeros, y hasta esta misma cualidad de extranjeros le sublevó. Y no es que hubiese nacido sin lucidez de espíritu; hablaba y escribía bien el alemán; dibujaba; aprendió un poco de matemáticas; pero estas mismas Memorias que se me han confiado aseguran que la lectura de libros eclesiásticos fué lo que le perdió. El joven Alejo creyó ver en estos libros la reprobación de todo lo que hacía su padre. Había varios sacerdotes al frente de los descontentos y él se dejó gobernar por estos sacerdotes.

Estos le persuadían de que toda la nación veía con horror las empresas de Pedro; que las frecuentes enfermedades del zar no le prometían una larga vida; que su hijo no podía esperar agradar a la nación sino demostrando su aversión por todo lo nuevo. Estas murmuraciones y estos consejos no llegaban a formar una facción abierta, una conspiración; pero todo parecía tender a ello y los ánimos estaban caldeados.

El casamiento de Pedro con Catalina en 1707, y los hijos que tuvo de ella, acabaron de agriar el carácter del joven príncipe. Pedro intentó todos los medios para atraerle: hasta le puso al frente de la regencia durante un año; le hizo viajar; le casó en 1711, al final de la batalla del Pruth, con la princesa de Volfenbuttel, como ya hemos referido. Este matrimonio fué muy desgraciado.

Alejo, a la edad de veintidós años, se entregó a todos los desórdenes de la juventud y a todas las groserías de las antiguas costumbres, que le eran tan queridas; estos desórdenes le embrutecieron. Su mujer, despreciada, maltratada, careciendo de lo necesario, privada de todo consuelo, languideció con la pena, y murió al fin de dolor en 1715, el 1.º de noviembre.

Dejaba al príncipe Alejo un hijo que acababa de dar a luz, y este hijo debía ser un día el heredero del imperio, según el orden natural. Pedro presentía con dolor que, después de él, todos sus trabajos serían destruídos por su propia sangre. Escribió a su hijo después de la muerte de la princesa una carta igualmente patética y amenazadora; acababa con estas palabras: «Todavía esperaré un poco tiempo, para ver si queréis corregiros; si no, sabed que os privaré de la sucesión, como se cercena un miembro inútil. No imaginéis que sólo deseo intimidaros; no os descanséis en el título de hijo mío único; pues si no perdono ni a mi propia vida por mi patria y por la salud de mis pueblos, ¿cómo podré perdonaros? Preferiría transmitirlos primero a un extranjero que lo mereciese, que a mi propio hijo que se hizo indigno de ello.»

Esta carta es propia de un padre, pero más todavía de un legislador; hace ver, por otra parte, que el orden en la sucesión no estaba invariablemente establecido en Rusia, como en otros reinos, mediante leyes que privan a los padres del dere-

cho de desheredar a sus hijos; y el zar creía sobre todo tener la prerrogativa de disponer de un imperio que él había fundado.

En aquel mismo tiempo, la emperatriz Catalina dió a luz un príncipe que murió después, en 1719. Sea porque esta noticia abatió el ánimo de Alejo, sea por prudencia, sea por malos consejos, él escribió a su padre que renunciaba a la corona y a toda esperanza de reinar: «Tomo a Dios por testigo—dice—y juro por mi alma que no aspiraré jamás a la sucesión. Pongo mis hijos en vuestras manos y no pido más que mi manutención durante mi vida.»

Su padre le escribió por segunda vez: «Observo—dice—que no habláis en vuestra carta más que de la sucesión, como si yo tuviese necesidad de vuestro consentimiento. Os he dado a conocer el dolor que vuestra conducta me ha producido durante tantos años, y no me habláis nada de ello. Las exhortaciones paternales no os impresionan. Me he decidido a escribiros por última vez. Si despreciáis mis consejos durante mi vida, ¿qué caso haréis de ellos después de mi muerte? Aun cuando en este momento tuvieseis el propósito de ser fiel a vuestras promesas, los barbudos podrán haceros cambiar a su antojo y os obligarán a violarlas... Esas gentes sólo en vos se apoyan. No tenéis ninguna gratitud para el que os ha dado la vida. ¿Le ayudasteis en sus trabajos desde que habéis llegado a la edad madura? ¿No vituperáis, no detestáis todo cuanto puedo hacer por el bien

de mis pueblos? Tengo motivos para creer que si me sobrevivieseis destruiríais mi obra. Corregíos, haceos digno de la sucesión, o haceos monje. Responded, sea por escrito, sea de viva voz; si no, os trataré como a un malhechor.»

La carta era dura; fácil le era al príncipe contestar que cambiaría de conducta; pero se contentó con responder en cuatro líneas a su padre que quería hacerse monje.

Esta solución no parecía natural, y resulta extraño que el zar quisiese viajar dejando en sus Estados un hijo tan descontento y tan obstinado; pero también este mismo viaje prueba que el zar no veía ninguna conspiración que temer por parte de su hijo.

Fué a verle antes de partir para Alemania y Francia; el príncipe, enfermo, o fingiendo estarlo, le recibió en la cama y le confirmó con los más grandes juramentos su deseo de retirarse a un claustro. El zar le dió seis meses para consultarse y partió con su esposa.

Apenas llegó a Copenhague supo—lo que ya podía presumir—que Alejo sólo trataba a descontentos que alababan su disgusto. Le escribió que tenía que escoger entre el convento y el trono, y que si quería sucederle un día era preciso que viniese a encontrarle a Copenhague.

Los confidentes del príncipe le persuadieron de que sería peligroso para él encontrarse, alejado de todo consejo, entre un padre irritado y una madrastra. Entonces fingió ir a reunirse con su

padre en Copenhague; pero tomó el camino de Viena, y fué a ponerse en manos del emperador Carlos VI, su cuñado, con intención de residir allí hasta la muerte del zar.

Es aproximadamente la misma aventura que la de Luis XI cuando, siendo todavía delfín, dejó la corte del rey Carlos VII, su padre, y se retiró a casa del duque de Borgoña. El delfín era bastante más culpable que el zarevitz, puesto que se había casado contra la voluntad de su padre, había reclutado tropas, se retiraba a casa de un príncipe enemigo natural de Carlos VII, y no volvió nunca a la corte, por más instancias que su padre pudo hacerle.

Alejo, por lo contrario, no se había casado sino por orden del zar, no se había sublevado, no había reclutado tropas, no se refugiaba en la corte de un príncipe enemigo, y volvió a echarse a los pies de su padre a la primera carta que recibió de él; pues en cuanto Pedro supo que su hijo había ido a Viena, que se había retirado al Tirol y en seguida a Nápoles, que pertenecía entonces al emperador Carlos VII, despachó al capitán de guardias Romanzoff y al consejero privado Tolstoy, portadores de una carta escrita de su propia mano, fechada en Spa el 21 de julio, nuevo cómputo, de 1717. Encontraron al príncipe en Nápoles, en el castillo de San Telmo, y le entregaron la carta. Estaba concebida en estos términos:

«...Os escribo por última vez para deciros que tenéis que ejecutar mi voluntad, que Tolstoy y

Romanzoff os anunciarán de mi parte. Si me obedecéis, os aseguro, y lo prometo ante Dios, que no os castigaré, y que si volvéis os amaré más que nunca; pero que si no lo hacéis os daré como padre, en virtud del poder que he recibido de Dios, mi maldición eterna; y como soberano vuestro, os aseguro que encontraré la manera de castigaros; en lo cual espero que Dios me ayudará y que tomará mi justa causa en sus manos.

»Por lo demás, recordad que no os he violentado en nada. ¿Tenía necesidad de dejaros la libre elección del partido que quisiereis tomar? Si hubiese querido forzaros, ¿no tenía en mi mano el poder? No tenía más que mandar y hubiese sido obedecido.»

El virrey de Nápoles convenció fácilmente a Alejo para que regresase junto a su padre. Esta era una prueba incontestable de que el emperador de Alemania no quería tomar con este joven ninguna determinación que pudiese disgustar al zar. Alejo había emprendido el viaje con su amante Afrosina y regresó con ella.

Se le podía considerar como un joven malaconsejado, que había ido a Viena y a Nápoles, en lugar de ir a Copenhague. Si hubiese cometido únicamente esta falta, común a tantos jóvenes, sería bien perdonable: su padre tomaba a Dios por testigo de que no sólo le perdonaría, sino de que le querría más que nunca. Alejo partió con esta seguridad; pero por las instrucciones de los dos enviados que lo condujeron, y por la carta

misma del zar, parece que el padre exigió que el hijo declarase quiénes le habían aconsejado y que cumpliese su juramento de renunciar a la sucesión.

Parecía difícil conciliar este desheredamiento con el otro juramento que el zar había hecho en su carta, de amar a su hijo más que nunca. Acaso el padre, luchando entre el amor paternal y la razón del soberano, se limitaba a amar a su hijo retirado en un claustro; acaso esperaba todavía atraerle a su deber y hacerle digno de esta misma sucesión haciéndole sentir la pérdida de una corona. En circunstancias tan raras, tan difíciles, tan dolorosas, es fácil creer que ni el corazón del padre ni el del hijo, igualmente agitados, estaban bien de acuerdo consigo mismos.

El príncipe llega el 13 de febrero de 1718, nuevo cómputo, a Moscú, donde el zar estaba entonces. El mismo día se echa a los pies de su padre; tiene una conversación muy larga con él; se extiende inmediatamente por la ciudad el rumor de que el padre y el hijo se han reconciliado, que todo se ha olvidado; pero al día siguiente se hace formar a los regimientos de guardias al amanecer; se hace tocar la campana grande de Moscú. Los boyardos, los consejeros privados, son mandados al castillo; los obispos, archimandritas y dos religiosos de San Basilio, profesores en Teología, se reunen en la iglesia catedral. Alejo es conducido sin espada y como prisionero al castillo ante su padre; se prosterna en su presencia y le entrega llorando un escrito, en el que confiesa sus faltas,

se declara indigno de sucederle, y por toda gracia le pide la vida.

El zar, después de haberle levantado, le condujo a un gabinete, donde le hizo varias preguntas. Le declaró que si ocultaba alguna cosa relativa a su evasión le iba en ello su cabeza. En seguida se condujo al príncipe a la sala donde el consejo estaba reunido; allí se leyó públicamente la declaración del zar, ya redactada.

El padre, en este escrito, reprocha a su hijo todo lo que ya hemos relatado, su poca aplicación en instruirse, sus relaciones con los partidarios de las antiguas costumbres, su mala conducta con su mujer. «El ha violado—dice—la fe conyugal uniéndose a una muchacha de la más baja condición en vida de su esposa.» Es verdad que Pedro había repudiado a su mujer en favor de una cautiva; pero esta cautiva era de un mérito superior y él estaba con razón descontento de su mujer, que era su súbdita. Alejo, por el contrario, había desdeñado a su mujer por una joven desconocida, que no tenia más mérito que su belleza. Hasta ahí no se ven más que faltas de joven, que un padre debe reprender y puede perdonar.

En seguida le reprocha haber ido a Viena a ponerse bajo la protección del emperador. Dice que Alejo *ha calumniado a su padre* haciendo creer al emperador Carlos VI que se le perseguía, que se le forzaba a renunciar a su herencia; que en fin, ha rogado al emperador que le protegiese con las armas.

No se ve, desde luego, cómo el emperador hubiese podido hacer la guerra al zar por semejante motivo, ni cómo hubiese podido interponer otra cosa que buenos oficios entre el padre irritado y el hijo desobediente. Así, Carlos VI se había contentado con proporcionar un alojamiento al príncipe, y se lo había vuelto a enviar cuando el zar, instruído de su retiro, lo había demandado.

Pedro añade en este escrito terrible que Alejo había persuadido al emperador de que *no estaba segura su vida* si regresaba a Rusia. Sería justificar en cierto modo las quejas de Alejo hacerle condenar a muerte después de su regreso, y sobre todo después de haber prometido perdonarle; pero ya veremos por qué causa hizo el zar celebrar en seguida este juicio memorable. En fin: se veía en esta gran asamblea a un soberano absoluto contender contra su hijo.

«He aquí—dice—de qué modo ha regresado nuestro hijo; y aunque haya merecido la muerte por su evasión y por sus calumnias, sin embargo, nuestra ternura paternal le perdona sus crímenes; pero considerando su indignidad y su conducta desordenada, no podemos, en conciencia, concederle la sucesión al trono, previendo claramente que después de nosotros, su conducta depravada destruiría la gloria de la nación y haría perder tantos Estados reconquistados por nuestras armas. Compadeceríamos sobre todo a nuestros súbditos si los arrojásemos, por semejante sucesor, en un estado más deplorable que el que hayan soportado nunca.

»Así, por el poder paternal, en virtud del cual, según los derechos de nuestro imperio, cualquiera de nuestros súbditos puede desheredar a su hijo como le plazca, y en virtud de la cualidad de príncipe soberano, y en consideración al bienestar de nuestros Estados, privamos a nuestro ya nombrado hijo Alejo de la sucesión a nuestro trono de Rusia, a causa de sus crímenes y de su indignidad, aun cuando no subsistiese ni una sola persona de nuestra familia después de nosotros.

»Y constituimos y declaramos sucesor nuestro a dicho trono a nuestro segundo hijo, Pedro (1), aunque todavía joven, por no tener sucesor de más edad.

»Damos a nuestro susodicho hijo Alejo nuestra maldición paterna si alguna vez, en cualquier tiempo que sea, aspira a dicha sucesión o la pretende.

»Deseamos también que nuestros fieles súbditos del estado eclesiástico y secular y de cualquier otro estado, y que la nación entera, según esta constitución y según nuestra voluntad, reconozcan y consideren a nuestro dicho hijo Pedro, designado por nosotros para la sucesión, como legítimo sucesor, y que, en conformidad con esta presente constitución, la confirmen con juramento ante el santo altar, sobre los santos Evangelios, besando la cruz.

»Y todos los que se opusieran alguna vez, en

(1) Esta era aquel mismo hijo de la emperatriz Catalina que murió en 1719, el 15 de abril.

cualquier tiempo que sea, a nuestra voluntad, y que desde hoy osasen considerar a nuestro hijo Alejo como sucesor, o ayudarle para ello, les declaramos traidores a nosotros y a la patria; y hemos ordenado que la presente sea publicada en todas partes, a fin de que nadie alegue motivo de ignorancia. Dictada en Moscú el 14 de febrero de 1718, nuevo cómputo. Firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello.»

Parecía que estos actos estuviesen preparados o que fuesen dirigidos con extrema celeridad, puesto que el príncipe Alejo había regresado el 13, y su desheredamiento en favor del hijo de Catalina es del 14.

El príncipe, por su parte, firmó que renunciaba a la sucesión: «Reconozco ser justa—dice—esta exclusión; la he merecido por mi indignidad, y juro a Dios omnipotente y trino someterme en todo a la voluntad paterna, etc.»

Firmadas las actas, el zar marchó a la catedral; se leyeron allí por segunda vez, y todos los eclesiásticos pusieron su aprobación y sus firmas al pie de otra copia. Jamás príncipe alguno fué desheredado de una manera más segura. Hay muchos Estados donde tal acto no tendría ningún valor; pero en Rusia, como entre los antiguos romanos, todo padre tenía el derecho de privar a su hijo de su sucesión, y este derecho era más fuerte aún en un soberano que en un súbdito, sobre todo en un soberano como Pedro.

Sin embargo, era de temer que un día aquellos

mismos que habían alentado al príncipe contra su padre y aconsejado su evasión, tratasen de anular una abdicación impuesta por la fuerza y devolver al hijo mayor la corona transferida al segundo, de posterior matrimonio. Se preveía en este caso una guerra civil y la destrucción inevitable de todo lo grande y útil realizado por Pedro. Era preciso decidir entre los intereses de cerca de diez y ocho millones de hombres, que contenía entonces Rusia, y un solo hombre que no era capaz de gobernarlos. Era, pues, importante conocer a los malintencionados; y el zar amenazó de muerte una vez más a su hijo si le ocultaba alguna cosa. En consecuencia, el príncipe fué entonces interrogado jurídicamente por su padre, y en seguida por comisarios.

Uno de los cargos que sirvieron para su condena fué una carta escrita por un llamado Beyer, desde Petersburgo, al emperador, después de la evasión del príncipe; esta carta advertía que había una conspiración en el ejército ruso reunido en el Mecklemburgo: que varios oficiales hablaban de enviar a la nueva zarina Catalina y a su hijo a la prisión donde estaba la zarina repudiada, y poner a Alejo en el trono cuando se le hubiese encontrado. Había, en efecto, entonces una sedición en este ejército del zar, pero fué bien pronto reprimida. Estos propósitos vagos no tuvieron consecuencia alguna. Alejo no podia haberlos alentado: un extranjero hablaba de ellas como de un rumor; la carta no estaba dirigido

al príncipe Alejo y éste no tenía más que una copia, que se le había enviado desde Viena.

Una acusación más grave fué una minuta de una carta escrita por su propia mano desde Viena a los senadores y a los arzobispos de Rusia; sus términos eran duros: «Los malos tratos que continuamente he padecido, sin haberlos merecido, me han obligado a huir; poco ha faltado para que me hubiesen metido en un convento. Los que han encerrado a mi madre han querido tratarme de igual modo. Estoy bajo la protección de un gran príncipe; os ruego que no me abandonéis ahora. Esta palabra *ahora*, que podía ser considerada como sediciosa, estaba tachada, y en seguida vuelta a poner por su propia mano, y después, tachada otra vez; lo que indicaba un joven turbado entregándose a su enojo y arrepintiéndose en el mismo momento. No se encontró más que la minuta de estas cartas, que jamás llegaron a su destino: la corte de Viena las retuvo; prueba bastante clara de que esta corte no quería desavenirse con la de Rusia, y sostener a mano armada al hijo contra el padre.

Se careó al príncipe con varios testigos; uno de ellos, llamado Afanassief, sostuvo que le había oído decir en otro tiempo: «Yo diré algo a los obispos, quienes lo repetirán a los curas, los curas a los feligreses, y me harán reinar aun a pesar mío.»

Su propia amante, Afrosina, depuso contra él. Todas las acusaciones eran poco precisas: ningún

proyecto detallado, ninguna intriga proseguida, ninguna conspiración, ninguna asociación, menos aun algún preparativo. Se trataba de un hijo de familia descontento y depravado, que se quejaba de su padre, que le huía y que esperaba su muerte; pero este hijo de familia era el heredero de la más vasta monarquía de nuestro hemisferio; y en su situación y en su lugar, ninguna falta era pequeña.

Acusado por su amante, también lo fué en el asunto de la antigua zarina, su madre, y de María, su hermana. Se le acusó de haber consultado a su madre sobre su evasión y de haber hablado de ello a la princesa María. Un obispo de Rostou, confidente de los tres, fué detenido y declaró que las dos princesas, prisioneras en un convento, habían esperado un cambio que las pusiese en libertad y con sus consejos habían inducido al príncipe a la huída. Cuanto más naturales fuesen sus enojos, más peligrosos eran. Se verá al fin de este capítulo quién era este obispo y cuál había sido su conducta.

Alejo negó, desde luego, varios hechos de esta naturaleza, y por eso mismo es expuso a la muerte, con que su padre le había amenazado en el caso de que no hiciese una confesión general y sincera.

En fin, confesó algunas conversaciones poco respetuosas que se le imputaban contra su padre, excusándose con la cólera y la embriaguez.

El zar redactó él mismo nuevos artículos para el interrogatorio. El cuarto estaba concebido así:

«Cuando supisteis por la carta de Beyer que había una sublevación en el ejército de Mecklemburgo, habéis sentido alegría por ello. Yo creo que teníais algún plan y que seríais aclamado por los rebeldes, aun estando yo vivo.»

Esto era interrogar al príncipe sobre el fondo de sus secretos sentimientos. Estos se pueden confesar a un padre, cuyos consejos los corrigen, y ocultarlos a un juez, que no sentencia sino sobre los hechos averiguados. Los sentimientos ocultos del corazón no son objeto de un proceso criminal. Alejo podía negarlos, disfrazarlos fácilmente; no estaba obligado a abrir su alma; sin embargo, respondió por escrito: «Si los rebeldes me hubiesen aclamado en vida vuestra, probablemente hubiese acudido a ellos, siempre que hubiesen sido bastante fuertes.»

Es inconcebible que haya dado esta respuesta espontáneamente, y tan extraordinario sería, al menos según las costumbres de Europa, que se le hubiese condenado por la confesión de una idea que hubiese podido tener algún día, en un caso que no había llegado.

A esta extraña confesión de sus más secretos pensamientos, que no se habían escapado del fondo de su alma, se unieron otras pruebas que en más de un país no son admitidas en el tribunal de la justicia humana.

El príncipe, abrumado, sin dominio sobre sí, rebuscando en sí mismo, con la ingenuidad del temor, todo lo que podía servir para perderle, declaró

al fin que en la confesión se había acusado ante Dios, al arzobispo Jacques, de haber deseado la muerte de su padre, y que el confesor Jacques le había respondido: *Dios os lo perdonará; nosotros se la deseamos lo mismo.*

Todas las pruebas que pueden proceder de la confesión son inadmisibles por los cánones de nuestra Iglesia; son secretos entre Dios y el penitente. La Iglesia griega tampoco cree, como la latina, que esta correspondencia íntima y sagrada entre un pecador y la Divinidad sea del dominio de la justicia humana; pero se trataba del Estado y de un soberano. El sacerdote Jacques fué complicado en el asunto, y confesó lo que el príncipe había revelado. Era una cosa rara en este proceso ver al confesor acusado por su penitente, y el penitente por su amante. Se puede añadir todavía a la singularidad de esta aventura que habiendo sido implicado en las acusaciones el arzobispo de Rezan, quien anteriormente, en los primeros chispazos de enojo del zar contra su hijo, había pronunciado un sermón demasiado favorable al joven zarevitz, este príncipe confesó en sus interrogatorios que él contaba con este prelado; y este mismo arzobispo de Rezan estuvo al frente de los jueces eclesiásticos consultados por el zar sobre este proceso criminal, como vamos a ver muy pronto.

Hay una observación esencial que hacer en este extraño proceso, muy mal estudiado en la grosera historia de Pedro I por el supuesto boyardo Nestesuranoy, y es la observación siguiente:

En las respuestas que dió Alejo en el primer interrogatorio de su padre confiesa que cuando fué a Viena, donde no vió al emperador, se dirigió al conde Schonborn, chambelán; que este chambelán le dijo: «El emperador no os abandonará, y cuando llegue el momento, después de la muerte de vuestro padre, os ayudará a mano armada a subir al trono.» Yo le respondí—añade el acusado—: «No pido eso; que el emperador me conceda su protección; no deseo más.» Esta declaración es sencilla, natural, tiene un gran carácter de verdad; pues hubiese sido el colmo de la locura pedir tropas al emperador para ir a intentar el destronamiento de su padre; y nadie hubiese osado hacer ni al príncipe Eugenio, ni al Consejo, ni al emperador, una proposición tan absurda. Esta declaración es del mes de febrero; y cuatro meses después, el primero de julio, durante este proceso y hacia el fin, se hace decir al zarevitz en sus últimas respuestas por escrito:

«No queriendo imitar a mi padre en nada, buscaba el llegar a la sucesión de cualquier manera que fuese, *exceptuando la buena manera*. Deseaba obtenerla por el auxilio extranjero; y si lo hubiese conseguido y el emperador hubiese ejecutado *lo que me había prometido*, procurarme la corona de Rusia aun a mano armada, yo no hubiera escatimado nada para ponerme en posesión de la sucesión. Por ejemplo: si el emperador hubiese pedido tropas de mi país para su servicio, contra cualquiera de sus enemigos, o grandes sumas de

dinero, hubiera hecho todo lo que él hubiese querido, y hubiese concedido grandes regalos a sus ministros y a sus generales. Hubiera sostenido a mis expensas las tropas auxiliares que me hubiese concedido para ponerme en posesión de la corona de Rusia, y, en una palabra, nada hubiera regateado para cumplir en esto mi voluntad.»

Esta última declaración del príncipe parece muy forzada; parece como si hiciese esfuerzos por hacerse creer culpable; lo que dice es hasta contrario a la verdad en un punto capital. Dice que el emperador le había prometido *proporcionarle la corona a mano armada*; esto era falso. El conde Schonborn le había hecho esperar que un día, después de la muerte del zar, el emperador le ayudaría a sostener el derecho de su nacimiento; pero el emperador no le había prometido nada. En fin: no se trataba de rebelarse contra su padre, sino de sucederle después de su muerte.

Dice en ese último interrogatorio lo que cree que él hubiese hecho si hubiese tenido que disputar su herencia; herencia a la cual no había jurídicamente renunciado antes de su viaje a Viena y a Nápoles. He aquí, pues, que declara una segunda vez, no lo que ha hecho y puede ser sometido al rigor de las leyes, sino lo que imagina que hubiese podido hacer algún día, y que, por consiguiente, no parece sometido a ningún tribunal: he aquí que se acusa dos veces de los pensamientos secretos que ha podido concebir para lo futuro. No se había visto anteriormente, en el

mundo entero, un solo hombre juzgado y condenado por las ideas absurdas que se le hayan venido a la cabeza, y que no ha comunicado a nadie. No hay ningún tribunal en Europa donde se escuche a un hombre que se acusa de un pensamiento criminal, y hasta se pretende que Dios no los castiga sino cuando van acompañados de una voluntad determinada.

Se puede responder a estas consideraciones tan naturales que Alejo había dado a su padre el derecho de castigarle por su reticencia sobre varios cómplices de su evasión; su perdón iba unido a una confesión general, y no la hizo sino cuando ya no era tiempo. En fin: después de tal escándalo, no parecía posible en la naturaleza humana que Alejo perdonase un día al hermano en favor del cual él quedaba desheredado; valía más, se decía, castigar a un culpable que exponer a todo el imperio. El rigor de la justicia se acordaba con la razón de Estado.

No hay que juzgar las costumbres y las leyes de una nación por las de las otras. El zar tenía el derecho fatal, pero real, de castigar con la muerte a su hijo sólo por su evasión; él se explica así en su declaración a los jueces y a los obispos:

«Aunque según todas las leyes divinas y humanas, y sobre todo según las de Rusia, que excluyen para los particulares toda jurisdicción entre un padre y un hijo, tenemos un poder bastante amplio y absoluto para juzgar a nuestro hijo por sus crímenes, según nuestra voluntad, sin pedir consejo

alguno; sin embargo, como nadie es tan clarividente en sus asuntos como en los de otros, y como los médicos, aun los más expertos, no se arriesgan a tratarse a sí mismos, y llaman a otros en sus enfermedades; temiendo cargar mi conciencia con algún pecado, os expongo mi situación y os pido remedio; pues temo la muerte eterna, si, no conociendo acaso la cualidad de mi mal, quisiera curarme de él solo, teniendo en cuenta principalmente que he jurado por Dios y he prometido por escrito el perdón de mi hijo, y lo he confirmado en seguida de palabra, en el caso de que me dijese la verdad.

»Aunque mi hijo haya violado su promesa, sin embargo, para no eximirme en nada de mis obligaciones, os ruego penséis en este asunto y lo examinéis con la mayor atención, para ver lo que él ha merecido. No me aduléis, no temáis que si no merece más que un ligero castigo, y lo juzgáis así, eso me sea desagradable, pues os juro por el gran Dios y por su juicio que no tenéis absolutamente nada que temer.

»No tengáis inquietud porque debáis juzgar al hijo de vuestro soberano, sino que, sin tener en cuenta la persona, haced justicia, y no perdáis vuestra alma y la mía. En fin: que nuestra conciencia no nos reproche nada el día terrible del juicio, y que nuestra patria no sea perjudicada.»

El zar hizo al clero una declaración casi análoga; así, todo ocurrió con la mayor autenticidad, y

Pedro dió a toda su conducta una publicidad que mostraba la persuasión íntima de su justicia.

Ese proceso criminal del heredero de un imperio tan grande duró desde fines de febrero hasta el 5 de julio, nuevo cómputo. El príncipe fué interrogado varias veces; hizo las confesiones que se le exigían: nosotros hemos referido las que son esenciales.

El primero de julio, el clero dió su dictamen por escrito. El zar, en efecto, no le pedía más que su parecer y no una sentencia. El comienzo merece la atención de Europa:

«Esta cuestión—dicen los obispos y los archimandritas—no es completamente del dominio de la jurisdicción eclesiástica, y el poder absoluto establecido en el imperio de Rusia no está sometido al juicio de los súbditos, sino que el soberano tiene en él la autoridad para obrar según su buen parecer, sin que ningún inferior intervenga en ello.»

Después de este preámbulo se cita el Levítico, donde se dice que el que haya maldecido a su padre o a su madre será castigado con la muerte, y el evangelio de San Mateo, que refiere esta ley severa del Levítico. Acaba, después de otras varias citas, con estas palabras muy notables:

«Si Su Majestad quiere castigar al que ha delinquido según sus acciones y con arreglo a la medida de sus crímenes, ante sí tiene los ejemplos del Antiguo Testamento; si quiere hacer misericordia, tiene el ejemplo del mismo Jesucristo, que re-

cibe al hijo descarriado que regresa arrepentido; que deja libre a la mujer sorprendida en adulterio, la cual ha merecido la lapidación según la ley; que prefiere la misericordia al sacrificio; tiene el ejemplo de David, que quiso perdonar a Absalón, su hijo y perseguidor, pues dijo a sus capitanes que querían ir a combatirle: *Perdonad a mi hijo Absalón*; el padre quiso perdonarle él mismo; pero la justicia divina no le perdonó.

»El corazón del zar está en las manos de Dios; que él escoja el partido al que la mano de Dios le dirija.»

Este dictamen fué firmado por ocho obispos, cuatro archimandritas y dos profesores; y como ya hemos dicho, el metropolitano de Rezan, con quien el príncipe había estado en inteligencia, firmó el primero.

Esta opinión del clero fué presentada incontinenti al zar. Claramente se ve que el clero quería inducirle a la clemencia, y nada acaso más hermoso que esta oposición entre la dulzura de Jesucristo y el rigor de la ley judaica, puesta ante los ojos de un padre que seguía proceso a su hijo.

El mismo día se interrogó nuevamente a Alejo por última vez y consignó por escrito su última declaración; es en esta confesión donde se acusa de haber sido un beato en su juventud; de haberse relacionado frecuentemente con sacerdotes y frailes; de haber bebido con ellos; de haber recibido de ellos las impresiones que causaron su

horror hacia los deberes de su Estado y aun hacia la persona de su padre.

Si hizo esta confesión espontáneamente, ello mismo prueba que ignoraba el consejo de clemencia que acababa de dar el mismo clero a quien acusaba; y eso prueba más aún cuánto habia cambiado el zar las costumbres de los sacerdotes de su país, quienes, de la grosería y de la ignorancia, habían llegado en tan poco tiempo a poder redactar un escrito de los que los más ilustres Padres de la Iglesia no hubieran desaprobado ni la sabiduría ni la elocuencia.

En estas últimas confesiones es donde Alejo declara lo que ya se ha referido: que quería llegar a la sucesión *de cualquier manera que fuese, excepto la buena.*

Parecía por esta última confesión como si temiese no estar bastante duramente acusado, presentado suficientemente como criminal en sus primeras, y que, dándose a sí mismo los calificativos de *mal carácter*, de *espíritu perverso*, imaginando lo que él hubiese hecho si hubiese sido el soberano, buscaba con penoso cuidado el justificar la sentencia de muerte que se iba a pronunciar contra él. En efecto, esta sentencia fué dictada el 5 de julio. Se encontrará en toda su extensión al final de esta historia. Nos contentaremos con observar aquí que comienza, como el dictamen del clero, por declarar que tal juicio no ha correspondido jamás a los súbditos, sino únicamente al soberano, cuyo poder no depende más

que de Dios solo. En seguida, después de haber expuesto todos los cargos contra el príncipe, los jueces se expresan así: «¿Qué pensar de su proyecto de rebelión, tal como no hubo nunca otro semejante en el mundo, unido al de un horrible parricidio doble: contra su soberano, como padre de la patria, y padre por naturaleza?»

Acaso estas palabras fueron mal traducidas del proceso criminal impreso por orden del zar, pues seguramente hay rebeliones más grandes en el mundo, y no se ve por sus actos que jamás el zarevitz haya concebido el proyecto de matar a su padre. Acaso se entendiese por esta palabra *parricidio* la declaración que el príncipe acababa de hacer de haber confesado un día su deseo de la muerte de su padre y soberano; pero la comunicación secreta, en la confesión, de un secreto pensamiento no es un doble parricidio.

Sea lo que quiera, él fué condenado a muerte unánimemente, sin que la sentencia declarase el género de suplicio. De ciento cuarenta y cuatro jueces, no hubo ni uno solo que imaginase siquiera una pena menor que la muerte. Un escrito inglés, que hizo mucho ruido en aquel tiempo, consigna que si tal proceso hubiese sido juzgado en el Parlamento de Inglaterra no se hubiese encontrado, entre ciento cuarenta y cuatro jueces, uno solo que hubiese impuesto la más ligera pena.

Nada hace conocer mejor la diferencia de tiempos y lugares. Manlius mismo hubiese podido ser condenado a muerte por las leyes de Inglaterra

por haber hecho perecer a su hijo, y fué respetado por los severos romanos. Las leyes no castigan en Inglaterra la evasión de un príncipe de Gales, quien, como par del reino, es dueño de ir adonde quiera. Las leyes de Rusia no permiten al hijo del soberano salir del reino contra la voluntad de su padre. Un pensamiento criminal, sin ningún efecto, no puede ser castigado ni en Inglaterra ni en Francia, y puede serlo en Rusia. Una gran desobediencia, formal y reiterada, no es entre nosotros sino una mala conducta que es preciso reprimir, pero era un crimen capital en el heredero de un vasto imperio, de quien esta misma desobediencia hubiese producido la ruina. En fin, el zarevitz era culpable, contra toda la nación, de querer volver a sumergirla en las tinieblas de que su padre la había sacado.

Era tal el poder reconocido del zar, que podía haber hecho morir a su hijo, culpable de desobediencia, sin consultar a nadie; sin embargo, él se sometió al juicio de todos los que representaban a la nación; así, fué la nación misma la que condenó al príncipe; y Pedro tenía tanta confianza en la equidad de su conducta, que, haciendo imprimir y traducir el proceso, se sometió él mismo al juicio de todos los pueblos de la tierra.

La ley de la historia no nos ha permitido ni disfrazar ni atenuar nada en el relato de esta trágica aventura. No se sabe en Europa quién se debía lamentar más: si un príncipe joven acusado por su padre y condenado a muerte por los que

debían ser un día sus súbditos, o un padre que se creía obligado a sacrificar a su propio hijo por la salud de su imperio.

Se publicó en varios libros que el zar había hecho venir de España el proceso de Don Carlos, condenado a muerte por Felipe II; pero es falso que se haya seguido nunca proceso a Don Carlos; la conducta de Pedro I fué enteramente diferente de la de Felipe. El español no dió nunca a conocer ni por qué razón había hecho detener a su hijo, ni cómo este príncipe había muerto. Escribió sobre este asunto al Papa y a la emperatriz cartas absolutamente contradictorias. El príncipe de Orange, Guillermo, acusó públicamente a Felipe de haber sacrificado a su hijo y su mujer a sus celos, y de haber sido, más que un juez severo, un marido celoso y cruel, un padre desnaturalizado y parricida. Felipe se dejó acusar y guardó silencio. Pedro, al contrario, no hizo sino una gran luz, publicó en voz alta que prefería su nación a su propio hijo, se sometió al juicio del clero y de los nobles y convirtió al mundo entero en juez de unos y otros y de sí mismo.

Lo que hubo todavía de extraordinario en esta fatalidad fué que la zarina Catalina, odiada del zarevitz y amenazada abiertamente de la suerte más triste si alguna vez llegaba el príncipe a reinar, no contribuyó, sin embargo, en nada a su desgracia, y no fué ni acusada, ni aun sospechosa para algún ministro extranjero residente en esta corte, de haber dado el más pequeño paso

contra un hijastro de quien tenía que temerlo todo. Es verdad que no se dice que haya pedido gracia para él; pero todas las memorias de aquel tiempo, sobre todo las del conde Bassevitz, aseguran unánimemente que ella lamentó su infortunio.

Yo tengo ante mí las memorias de un ministro público, donde encuentro estas propias palabras: «Yo estaba presente cuando el zar dijo al duque de Holstein que Catalina le había rogado que impidiese se notificase al zarevitz su condena. *Contentaos*—me dijo—*con hacerle vestir el hábito de fraile, porque este oprobio de una condena de muerte notificada recaerá sobre nuestro nieto.*

El zar no se rindió a los ruegos de su mujer; creyó que era importante que la sentencia fuese notificada públicamente al príncipe, a fin de que después de este acto solemne no pudiese nunca colocarse en contra de una sentencia en la cual él mismo había convenido, y que, dándole por muerto civilmente, lo ponía para siempre en condiciones de no poder reclamar la corona.

Sin embargo, si después de la muerte de Pedro un poderoso partido se hubiese levantado en favor de Alejo, ¿esta muerte civil le hubiera impedido reinar?

La sentencia fué notificada al príncipe. Las mismas Memorias me informan de que éste cayó con una convulsión al oír estas palabras: «Las leyes divinas y eclesiásticas, civiles y militares, condenan a muerte sin misericordia a aquellos cuyos atentados contra su padre y soberano son

manifiestos.» Sus convulsiones se convirtieron, dicen, en apoplejía; costó trabajo hacerle volver en sí. Recobró un poco su conocimiento, y en este intervalo entre la vida y la muerte rogó a su padre que fuese a verle. El zar fué; brotaron las lágrimas de los ojos del padre y del hijo infortunado; el condenado pidió perdón; el padre perdonó públicamente. Se administró solemnemente la extremaunción al enfermo agonizante. Murió en presencia de toda la corte al día siguiente de esta sentencia funesta. Su cuerpo fué llevado desde luego a la catedral y depositado en un ataúd abierto Allí permaneció cuatro días expuesto a todas las miradas, y al fin fué enterrado en la iglesia de la ciudadela, al lado de su esposa. El zar y la zarina asistieron a la ceremonia.

Indispensablemente se ve uno obligado aquí a imitar, si así puede decirse, la conducta del zar; esto es: someter al juicio del público todos los sucesos que acaban de referirse con la fidelidad más escrupulosa, y no solamente estos hechos, sino los rumores que circularon y lo que se imprimió sobre este triste asunto por los autores más acreditados. Lamberti, el más imparcial de todos, el más exacto, que se ha limitado a reproducir los documentos originales y auténticos referentes a los asuntos de Europa, parece alejarse aquí de esta imparcialidad y discernimiento que constituyen su carácter; en estos términos se expresa: «La zarina, temiendo siempre por su hijo, no descansó hasta que hubo convencido al zar de seguir

un proceso a su hijo mayor y hacerle condenar a muerte; lo que es extraño es que el zar, después de haberle aplicado él mismo el knut, lo cual es dudoso, le haya cortado él mismo también la cabeza. El cuerpo del zarevitz fué expuesto al público con la cabeza de tal modo adaptada al cuerpo, que no se podía distinguir que hubiese sido separada de él. Ocurrió algún tiempo después el fallecimiento del hijo de la zarina, con gran pena de ésta y del zar. Este último, que había degollado con su propia mano a su hijo mayor, reflexionando que no tenía ya sucesor alguno, adquirió muy mal humor. Se informó en aquel tiempo de que la zarina sostenía intrigas secretas e ilegítimas con el príncipe Menzikoff. Esto, unido a la reflexión de que la zarina era la causa de que él mismo hubiese sacrificado a su hijo mayor, le hizo pensar en rapar a la zarina y encerrarla en un convento, como había hecho con su primera mujer, que aun estaba allí. El zar estaba acostumbrado a consignar sus diarios pensamientos en los libros de memorias, y en ellos había escrito el proyecto dicho respecto a la zarina. Esta tenía ganados a los pajes que actuaban en la cámara del zar. Uno de éstos, que estaba acostumbrado a esconder estos libros para enseñárselos a la zarina, cogió aquellos que contenían el proyecto del zar. En cuanto esta princesa lo hubo hojeado, se lo comunicó a Menzikoff, y un día o dos después el zar cayó con una enfermedad desconocida y violenta que le hizo morir. Esta enfermedad fué atribuída al veneno,

pues se vió manifiestamente que era tan violenta y súbita, que no podía proceder sino de semejante causa, que se dice ser bastante usada en Moscovia.»

Estas acusaciones, consignadas en las Memorias de Lamberti, se extendieron por toda Europa. Todavía queda un gran número de impresos y manuscritos que podrían hacer pasar esas opiniones a la más remota posteridad.

Yo creo de mi deber decir lo que ha llegado a mi conocimiento. Primeramente, certifico que el que contó a Lamberti la extraña anécdota que se refiere había, es verdad, nacido en Rusia, pero no de una familia del país; que no residía en este imperio en la época de la catástrofe del zarevitz: estaba ausente de él desde muchos años antes. Yo le he conocido en otro tiempo; había él visto a Lamberti en la pequeña ciudad de Nyon, donde este escritor vivía retirado, y donde yo he estado con frecuencia. Esa misma persona me ha confesado que no había hablado a Lamberti más que *de los rumores que circulaban entonces.*

Véase por este ejemplo cuánto más fácil era antiguamente a un solo hombre deshonrar a otro ante las naciones, cuando, antes de la imprenta, las historias manuscritas, conservadas en pocas manos, no estaban ni expuestas a plena luz, ni contradichas por los contemporáneos, ni al alcance de la crítica universal, como lo están hoy. Bastaba un renglón en Tácito o en Suetonio, y aun en los autores de leyendas, para hacer a un príncipe

odioso al mundo y para perpetuar su oprobio de siglo en siglo.

¿Cómo hubiera podido ocurrir que el zar hubiese cortado con su propia mano la cabeza de su hijo, a quien se dió la extremaunción en presencia de toda la corte? ¿Y estaba sin cabeza cuando se derramó el aceite sobre su cabeza misma? ¿En qué momento se pudo pegar esta cabeza a su cuerpo? Al príncipe no se le dejó solo un momento desde la lectura de su sentencia hasta su muerte.

Esta anécdota de que su padre se sirvió del acero destruye la de que se haya servido del veneno. Es cierto que resulta muy raro que un joven expire de una conmoción súbita, causada por la lectura de una sentencia de muerte, y, sobre todo, de una sentencia con la cual ya contaba; pero, en fin, los médicos declaran que la cosa es posible.

Si el zar hubiese envenenado a su hijo, como tantos escritores han propalado, hubiese perdido con ello todo lo que hubiera hecho durante la tramitación de este proceso fatal para convencer a Europa del derecho que tenía para castigarle; todos los motivos de la condena vendrían a ser sospechosos y el zar se condenaba a sí mismo. Si hubiese querido la muerte de Alejo, hubiese hecho ejecutar la sentencia; ¿no era su soberano absoluto? Un hombre prudente, un monarca sobre quien el mundo tiene puestos los ojos, ¿se decide a hacer envenenar cobardemente a quien puede hacer morir por la espada de la justicia? ¿Hay quien desee envilecerse ante la posteridad con el

título de envenenador y parricida, cuando se puede tan fácilmente no adquirir más que el de juez severo?

Parece que resulta de todo lo que he referido que Pedro fué más bien rey que padre, que sacrificó a su propio hijo ante los intereses de fundador y de legislador, y a los de su nación, que volvería a caer en el estado de que se la había sacado sin esta severidad desgraciada. Es evidente que no inmoló a su hijo a una madrastra y al hijo varón que de ella tenía, pues ya le había amenazado frecuentemente con desheredarlo antes de que Catalina le hubiese dado este hijo, cuya infancia enfermiza estaba amenazada de una muerte próxima, y que murió, en efecto, poco después. Si Pedro hubiese dado un tan gran escándalo únicamente por complacer a su mujer, hubiese sido débil, insensato y cobarde; y ciertamente que no lo era. Preveía lo que acontecería a sus fundaciones y a su nación si se continuase después de él su mismo plan. Todas sus empresas han sido perfeccionadas según sus predicciones; su nación ha llegado a ser célebre y respetada en Europa, de la que estaba anteriormente separada; y si Alejo hubiese reinado, todo hubiera sido destruído, En fin: cuando se considera esta catástrofe, los corazones sensibles se estremecen, y los severos aprueban.

Este grande y temible acontecimiento está todavía tan fresco en la memoria de los hombres, se habla de él tan a menudo con asombro, que es

absolutamente necesario examinar lo que han dicho de él los autores contemporáneos. Uno de estos escritores famélicos quo toman atrevidamente el título de historiadores habla así en su libro dedicado al conde Bruhl, primer ministro del rey de Polonia, cuyo nombre puede dar autoridad a lo que consigna: «Toda Rusia está convencida de que el zarevitz no murió sino del veneno preparado por la mano de una madrastra.» Esta acusación está destruída por la confesión que hizo el zar al duque de Holstein de que la zarina Catalina le había aconsejado que encerrase en un claustro a su hijo condenado.

Respecto del veneno dado después por esta misma emperatriz a Pedro, su esposo, el conde se refuta a sí mismo con el solo relato de la aventura del paje y de los libros de memorias. ¿Necesita un hombre escribir en sus cuadernos: «Es necesario que me acuerde de encerrar a mi mujer?» ¿Son ésos detalles que se pueden olvidar y de los quo es preciso llevar un registro? Si Catalina hubiera envenenado a su hijastro y a su marido, hubiese hecho otros crímenes; no solamente no se le ha reprochado jamás ninguna crueldad, sino que nunca se distinguió más que por su dulzura y por su indulgencia.

Ahora es necesario hacer ver cuál fué la causa primera de la conducta de Alejo, de su evasión, de su muerte y de la de los cómplices que perecieron a mano del verdugo. Fué el abuso de la religión, fueron los sacerdotes y los frailes; y este origen

de tantas desgracias está bastante indicado en algunas confesiones de Alejo, que ya hemos referido, y, sobre todo, en esta frase del zar Pedro, de una carta a su hijo: «Esos barbudos podrán haceros cambiar a su antojo.»

He aquí, casi palabra por palabra, cómo las Memorias de un embajador de Petersburgo explican esta frase: «Muchos eclesiásticos—dice—enamorados de su antigua barbarie y más aun de su autoridad, que perdía a medida que la nación se ilustraba, esperaban con ansia el reinado de Alejo, quien les prometía sumirles de nuevo en esa barbarie tan querida. Entre ellos figuraba Dositeo, obispo de Rostov. Este simuló una revelación de San Demetrio. Este santo se le había aparecido y le había asegurado en nombre de Dios que Pedro no tenía tres meses de vida; que Eudoxia, encerrada en el convento de Susdal, y religiosa con el nombre de Elena, así como la princesa María, hermana del zar, debían subir al trono y reinar conjuntamente con su hijo Alejo. Eudoxia y María tuvieron la debilidad de creer esta impostura; estaban tan convencidas de ella, que Elena dejó en su convento el hábito de religiosa, recobró el nombre de Eudoxia, se hizo tratar de Majestad e hizo suprimir de las rogativas el nombre de su rival Catalina; no apareció ya sino revestida con los antiguos trajes de ceremonia que llevaban las zarinas. El tesorero del convento se declaró contrario a esta empresa. Eudoxia respondió altivamente: *Pedro ha castigado a los Strelitz que*

habían ultrajado a su madre; mi hijo Alejo castigará a todo el que haya insultado a la suya. Hizo encerrar al tesorero en su celda. Un oficial, llamado Etienne Glevo, fué introducido en el convento. Eudoxia hizo de él el instrumento de sus planes y le ligó a ella con sus favores. Glebo extendió por la pequeña ciudad de Susdal y sus alrededores la predicción de Dositeo. Entre tanto, transcurren los tres meses. Eudoxia reprocha al obispo por estar el zar todavía con vida. —*Los pecados de mi padre son la causa de ello—dice Dositeo—; está en el purgatorio, y así me lo ha advertido—*. Inmediatamente, Eudoxia hace decir *mil misas de difuntos*; Dositeo le asegura que ellas son eficaces; vuelve al cabo de un mes a decirle que su padre tiene ya la cabeza fuera del purgatorio; un mes después el difunto no tenía en él más que hasta la cintura. En fin: llegó a no tener en el purgatorio más que los pies, y cuando los pies hubiesen salido, que es lo más difícil, el zar Pedro moriría infaliblemente.

»La princesa María, convencida por Dositeo, se entregó a él a condición de que el padre del profeta saliese inmediatamente del purgatorio y que la predicción se cumpliese, y Glebo continuó sus relaciones con la antigua zarina.

»Por la fe en estas predicciones fué principalmente por lo que el zarevitz se evadió y se fué a esperar la muerte de su padre a países extranjeros. Todo esto se descubrió bien pronto. Dositeo y Glebo fueron detenidos; las cartas de la prin-

cesa María a Dositeo y de Elena a Glebo fueron leídas en pleno Senado. La princesa María fué encerrada en Shlusselbourg; la antigua zarina, trasladada a otro convento, donde quedó prisionera. Dositeo y Glebo, todos los cómplices de esta vana y supersticiosa intriga, fueron complicados en la cuestión, así como los confidentes de la evasión de Alejo. Su confesor, su ayo, su jefe de palacio, murieron todos en el suplicio.»

Se ve, pues, a qué precio, elevado y funesto, compró Pedro el Grande la felicidad que procuró a sus pueblos; cuántos obstáculos públicos y secretos tuvo que vencer en medio de una guerra larga y difícil, con enemigos fuera, rebeldes en el interior, la mitad de su familia enemistada contra él, la mayor parte de los sacerdotes obstinadamente declarados contra sus empresas, casi toda la nación irritada largo tiempo contra su propia felicidad, que no sentía todavía; prejuicios que destruir en las cabezas, descontento que calmar en los corazones. Era necesario qne una nueva generación, formada con sus cuidados, abrazase al fin las ideas de felicidad y de gloria que no habían podido soportar sus padres.

CAPITULO XI

Trabajos y fundaciones del año 1718 y siguientes.

Durante esta horrible catástrofe parecía que Pedro no era más que el padre de su patria y que consideraba su nación como su familia. Los suplicios con que se había visto obligado a castigar a la parte de la nación que quería impedir a la otra ser feliz eran sacrificios hechos al público por una dolorosa necesidad.

Fué en este año de 1718, época de la desheredación y de la muerte de su hijo mayor, cuando procuró los mayores beneficios a sus súbditos: por la policía general, en otro tiempo desconocida; por las manufacturas y las fábricas de todo género, fundadas o perfeccionadas; por las nuevas ramas de comercio, que comenzaba a florecer, y por los canales, que unen los ríos, los mares y los pueblos que la naturaleza ha separado. No son de aquellos acontecimientos sorprendentes que encantan al común de los lectores, de esas intrigas de corte que divierten a la malignidad, de esas grandes revoluciones que interesan la curiosidad ordinaria de los hombres; pero son los verdaderos resortes de la felicidad pública, que las miradas filosóficas se complacen en considerar.

Hubo entonces un teniente general de la policía de todo el imperio, establecido en Petersburgo, al frente de un tribunal que velaba por el mantenimiento del orden de un extremo al otro de Rusia. El lujo en los trajes, y los juegos de azar, más peligrosos que el lujo, fueron severamente prohibidos. Se establecieron escuelas de Aritmética, ya ordenadas en 1716, en todas las ciudades del imperio. Las casas para huérfanos y para expósitos ya comenzadas fueron terminadas, dotadas y ocupadas.

Añadiremos a esto todos los establecimientos útiles anteriormente proyectados, y concluídos algunos años después. Todas las grandes ciudades fueron libertadas de la multitud odiosa de esos mendigos que no quieren tener otro oficio que el de importunar a los pudientes y arrastrar, a expensas de los demás hombres, una vida miserable y vergonzosa; abuso soportado en demasía en otros Estados.

Los ricos fueron obligados a edificar en Petersburgo casas regulares, según su fortuna. Fué una excelente medida hacer venir sin gastos todos los materiales a Petersburgo por todas las barcas y carros que volvían vacíos de las provincias vecinas.

Los pesos y medidas fueron fijados y uniformados, así como las leyes. Esta uniformidad, tan deseada, aunque bien inútilmente, en Estados de antiguo civilizados, fué establecida en Rusia sin dificultad y sin protesta; y nosotros pensamos

que este establecimiento provechoso sería entre nosotros impracticable. Se regularon los precios de los artículos de primera necesidad; los faroles, que Luis XIV fué el primero en establecer en París, y que todavía no son conocidos en Roma, alumbraron durante la noche la ciudad de Petersburgo; las bombas de incendios, las vallas en las calles, sólidamente pavimentadas; todo lo que se refiere a la seguridad, a la limpieza y al buen orden; las facilidades para el comercio interior, los privilegios concedidos a extranjeros, y los reglamentos que impedían el abuso de esos privilegios: todo hizo tomar a Petersburgo y a Moscú un aspecto nuevo.

Se perfeccionaron más que nunca las fábricas de armas; sobre todo, la que el zar había fundado a unas diez millas de Petersburgo; él era su primer intendente; mil obreros trabajaban en ella frecuentemente bajo su inspección. Iba a dar sus órdenes él mismo a todos los negociantes en molinos de granos, pólvora y sierras; a los directores de fábricas de cordelería y de velas, de ladrillos, de pizarras, de manufacturas de telas. Muchos obreros de todas clases vinieron de Francia: ése fué el fruto de su viaje.

Estableció un tribunal de comercio, cuyos miembros eran la mitad nacionales y la otra mitad extranjeros, a fin de que el favor fuese igual para todos los fabricantes y para todos los artistas. Un francés fundó una manufactura de espejos muy hermosos en Petersburgo con el auxilio del

príncipe Menzikoff; otro hizo trabajar en tapicerías de lizos altos, tomando de modelo las de los Gobelinos, y esta manufactura está todavía hoy muy favorecida; un tercero consiguió hilanderías de oro y plata, y el zar ordenó que no se emplease al año en esta manufactura más de cuatro mil marcos, ya de plata, ya de oro, a fin de no disminuir la pasta monetaria en sus Estados.

Dió treinta mil rublos, es decir, ciento cincuenta mil libras de Francia, con todos los materiales y todos los instrumentos necesarios, a los que establecieron manufacturas de paños y otras telas de lana. Esta útil generosidad le puso en condiciones de vestir a sus tropas con paño fabricado en su país; anteriormente se traían esos paños de Berlín y otros países extranjeros.

Se hicieron en Moscú tan hermosas telas como en Holanda, y a su muerte había ya en Moscú y en Iaroslav catorce fábricas de telas de lino y de cañamo.

Nadie había imaginado ciertamente cuando la seda se vendía en Europa a peso de oro que un día, más allá del lago Ladoga, en un clima helado, y en pantanos desconocidos, se elevaría una ciudad opulenta y magnífica, en la cual la seda de Persia se trabajaría tan bien como en Ispahan. Pedro lo emprendió y lo logró. Las minas de hierro fueron explotadas mejor que nunca; se descubrieron algunas minas de oro y de plata, y se creó un consejo de minas para comprobar si las explota-

ciones daban utilidades mayores que los gastos que exigían.

Para hacer florecer tantas manufacturas, tantas artes diferentes, tantas empresas, no era suficiente firmar patentes y nombrar inspectores; era preciso en estos comienzos que él viese todo con sus propios ojos y hasta que trabajase con sus manos, como se le había visto en otros tiempos construir navíos, aparejarlos y conducirlos. Cuando se trataba de abrir canales en tierras fangosas y casi impracticables, se le veía alguna vez ponerse a la cabeza de los trabajadores, cavar la tierra y transportarla él mismo.

Hizo en este año de 1718 el proyecto del canal y de las esclusas del Ladoga. Se trataba de hacer comunicar el Neva con otro río navegable, para conducir fácilmente las mercancías a Petersburgo sin hacer un gran rodeo por el lago Ladoga, demasiado expuesto a las tempestades y a menudo impracticable para las barcas; él mismo niveló el terreno; aun se conservan los instrumentos de que se sirvió para roturar la tierra y transportarla. Este ejemplo fué seguido por toda su corte y activó una obra que se consideraba como imposible. Fué terminada después de su muerte, pues ninguna de sus empresas reconocida como posible ha sido abandonada.

El gran canal de Cronstadt, que se puede poner fácilmente en seco, y en el que se carenan y reparan los buques de guerra, fué también comenzado en la misma época del proceso contra su hijo.

Este mismo año fundó la nueva ciudad de Ladoga. Muy poco después trazó el canal que une el mar Caspio al golfo de Finlandia y al Océano; primeramente, las aguas de los dos ríos que puso en comunicación reciben las barcas que han remontado el Volga; de estos ríos se pasa por otro canal al lago Ilmen; se entra en seguida en el canal de Ladoga, de donde las mercancías pueden ser transportadas por el ancho mar a todas las partes del mundo.

Ocupado en estos trabajos, que se ejecutaban bajo sus miradas, dirigía su atención hasta Kamtchatka, en la extremidad del Oriente, e hizo construir fuertes en ese país, por tanto tiempo desconocido del resto del mundo. Entre tanto, ingenieros de su Academia de Marina, fundada en 1715, recorrían ya todo el imperio para levantar cartas exactas y para poner a la vista de todos los hombres esta vasta extensión de países que él había civilizado y enriquecido.

CAPITULO XII

Del comercio.

El comercio exterior estaba decaído casi enteramente antes de él; él le hizo renacer. Es bien sabido que el comercio ha cambiado varias veces su curso en el mundo. La Rusia meridional era, antes de Tamerlán, el depósito de Grecia y aun de las Indias; los genoveses eran los principales comerciantes. El Tanais y el Borístenes estaban cargados de productos del Asia. Pero cuando Tamerlán hubo conquistado, a fines del siglo XIV, el Quersoneso Táurico, llamado después la Crimea, cuando los turcos fueron dueños de Azof, quedó aniquilada esta gran rama del comercio del mundo. Pedro había querido hacerla revivir haciéndose dueño de Azof. La desgraciada campaña de Pruth le hizo perder esta ciudad, y con ella todos los proyectos de comercio por el mar Negro; quedaba por abrir al camino de un negocio no menos extenso por el mar Caspio. Ya en el siglo XVI y a principios del XVII, los ingleses, que habían hecho nacer el comercio de Arcángel, lo habían intentado por el mar Caspio; pero todas estas pruebas fueron inútiles.

Ya hemos dicho que el padre de Pedro el Grande

había hecho construir un navío por un holandés, para ir a comerciar desde Astracán a las costas de Persia. El navío fué quemado por el rebelde Stenko-Rasin. Entonces se desvanecieron todas las esperanzas de comerciar directamente con los persas. Los armenios, que son los comerciantes de esta parte del Asia, fueron recibidos por Pedro el Grande en Astracán; se vió obligado a entregarse en sus manos y dejarles todo el beneficio del comercio; esto es lo que ocurre en la India con los banianos, y entre los turcos y en muchos Estados cristianos, con los judíos; pues los que no tienen más que un recurso se hacen siempre muy sabios en el arte que les es necesario; los demás pueblos se convierten voluntariamente en tributarios de una habilidad de que carecen.

Pedro había ya remediado este inconveniente haciendo un tratado con el emperador de Persia, por el cual toda la seda que no fuese destinada a las manufacturas persas se remitiese a los armenios de Astracán, para ser transportada por ellos a Rusia.

Las sublevaciones de Persia destruyeron bien pronto este comercio. Ya veremos cómo el shah o emperador persa, Hussein, perseguido por los rebeldes, imploró el auxilio de Pedro, y cómo Pedro, después de haber sostenido guerras tan difíciles contra los turcos y contra los suecos, fué a conquistar tres provincias de Persia; pero ahora no tratamos aquí más que del comercio.

La más ventajosa parecía deber ser la empresa

de comerciar con la China. Dos inmensos Estados limítrofes, y cada uno de los cuales posee recíprocamente lo que le falta al otro, parecen estar ambos en una extraordinaria necesidad de establecer una correspondencia útil, sobre todo después de la paz jurada solemnemente entre el imperio ruso y el imperio chino en el año 1689, según nuestra manera de contar.

Las primeras bases de este comercio habían sido establecidas desde el año 1653. Se formaron en Tobolsk compañías de siberianos y de familias de Bukaria establecidas en Siberia. Estas caravanas pasaron por las llanuras de los calmucos, atravesaron en seguida los desiertos hasta la Tartaria china y consiguieron beneficios considerables; pero los desórdenes sobrevenidos en el país de los calmucos y las querellas de los rusos y los chinos por cuestión de fronteras arruinaron estas empresas.

Después de la paz de 1689, era natural que las dos naciones conviniesen en un lugar neutral adonde las mercancías fuesen transportadas. Los siberianos, así como todos los demás pueblos, tenían más necesidad de los chinos que los chinos de ellos; así, se pidió permiso al emperador de la China para enviar caravanas a Pekín, y se consiguió fácilmente a comienzos del siglo en que vivimos.

Es digno de notarse que el emperador Cam-hi haya permitido que hubiese en un arrabal de Pekín una iglesia rusa servida por algunos sacer-

dotes de Siberia, a expensas del mismo trono imperial. Cam-hi había tenido la indulgencia de edificar esta iglesia en favor de varias familias de la Siberia oriental, algunas de las cuales habían sido hechas prisioneras antes de la paz de 1680, y las otras eran tránsfugas. Ninguna de ellas, después de la paz de Nipchou, había querido regresar a su patria: el clima de Pekín, la dulzura de las costumbres chinas, la facilidad para procurarse una vida cómoda por poco trabajo, las había fijado a todas en la China. Su pequeña iglesia griega no era peligrosa a la paz del imperio, como lo han sido los establecimientos de los jesuítas. El emperados Cam-hi favorecía, por otra parte, la libertad de conciencia; esta tolerancia fué establecida en todo tiempo en toda Asia, así como lo fué antiguamente en la tierra entera hasta los tiempos del emperador romano Teodosio I. Estas familias rusas, mezcladas después a las chinas, han abandonado su cristianismo, pero su iglesia subsiste todavía.

Se decretó que las caravanas de Siberia gozasen siempre de esta iglesia cuando viniesen a traer pieles y otros objetos de comercio a Pekín; el viaje, la estancia y el regreso se hacían en tres años. El príncipe Gagarin, gobernador de la Siberia, estuvo veinte años al frente de este comercio. Las caravanas eran algunas veces muy numerosas, y era difícil contener al populacho, que componía su mayor número.

Se pasaba por las tierras de un sacerdote lama,

especie de soberano que reside sobre el río Orkon, y que se llama el koutoukas: es un vicario del gran lama, que se ha hecho independiente cambiando algo la religión del país, en el cual la antigua creencia india de la metempsicosis es la dominante. No se puede comparar mejor a este sacerdote que con los obispos luteranos de Lubec y de Osnabruck, que han sacudido el yugo del obispo de Roma. Este prelado tártaro fué insultado por las caravanas; los chinos lo fueron también; se vió perturbado entonces el comercio por esta mala conducta, y los chinos amenazaron con cerrar la entrada de su imperio a las caravanas si no se atajaban estos desórdenes. El comercio con la China era entonces muy útil a los rusos; éstos importaban oro y plata y piedras preciosas. El mayor rubí que se conoce en el mundo fué traído de la China al príncipe Gagarin, pasó después a manos de Menzikoff y actualmente es uno de los ornamentos de la corona imperial.

Las vejaciones del príncipe Gagarin perjudicaron mucho al comercio que le había enriquecido, y al fin le perdieron a él mismo; fué acusado ante el tribunal de justicia establecido por el zar, y se le cortó la cabeza un año después de que el zarevitz fué condenado y de que la mayor parte de los que tenían relaciones con este príncipe fueron ejecutados.

En aquel tiempo, el emperador Cam-hi, sintiéndose débil, y teniendo la experiencia de que los matemáticos de Europa eran más sabios que

los matemáticos de la China, creyó que los médicos de Europa valían también más que los suyos, y rogó al zar, por medio de los embajadores que regresaban de Pekín a Petersburgo, que le enviase un médico. Se encontró un cirujano inglés en Petersburgo que se ofreció a desempeñar esta misión; partió con un nuevo embajador y con Lauret Lange, que ha dejado una descripción de este viaje. Esta embajada fué recibida y costeada con magnificencia. El cirujano inglés encontró al emperador completamente sano y pasó por un médico muy hábil. La caravana que siguió a esta embajada ganó mucho; pero nuevos excesos cometidos por esta caravana misma indispusieron de tal modo a los chinos, que se expulsó a Lange, entonces residente del zar cerca del emperador de la China, y con él a todos los comerciantes de Rusia.

El emperador Cam-hi murió; su hijo Yontchin, tan sabio y con más firmeza que su padre, el mismo que expulsó a los jesuítas de su imperio, como el zar los había expulsado del suyo en 1718, concluyó con Pedro un tratado, por el cual las caravanas rusas no comerciarían más que en las fronteras de los dos imperios. Unicamente los comerciantes enviados en nombre del soberano o de la soberana de Rusia tienen permiso para entrar en Pekín; allí son alojados en una vasta casa que el emperador Cam-hi había destinado antiguamente a los enviados de la Corea. Hace ya tiempo que no salen ni caravanas ni comerciantes de la Corona para la ciudad de Pekín; este comer-

cio está languideciendo, aunque a punto de revivir.

Entonces se veían más de doscientos navíos extranjeros arribar cada año a la nueva ciudad imperial. Este comercio ha ido creciendo de día en día, y ha valido más de una vez cinco millones (moneda de Francia) a la Corona; esto era mucho más que el interés del capital que se había empleado en esto. Este comercio hizo disminuir mucho el de Arcángel, y esto es lo que quería el fundador, porque Arcángel es demasiado impracticable, demasiado alejado de todas las naciones, y porque el comercio realizado bajo las miradas de un soberano cuidadoso es siempre más ventajoso. El de la Livonia permaneció siempre en el mismo pie. En general, Rusia ha traficado con éxito; de mil a mil doscientos navíos han entrado todos los años en sus puertos, y Pedro ha sabido unir la utilidad a la gloria.

CAPITULO XIII

De las leyes.

Ya se sabe que las buenas leyes son raras, pero que su ejecución lo es todavía más. Cuando más vasto y compuesto de naciones diversas es un Estado, más difícil es enlazarlo con una misma jurisprudencia. El padre del zar Pedro había hecho redactar un código bajo el título de Oulogenia; se había impreso ya, pero no era, ni con mucho, suficiente.

Pedro, en sus viajes, había recogido materiales para reconstruir este gran edificio, que se cuarteaba por todos lados; reunió informes de Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Alemania, Francia, y tomó de estas diferentes naciones lo que creyó conveniente para la suya.

Había un tribunal de boyardos que decidía en última instancia los asuntos contenciosos. La jerarquía y la alcurnia daban asiento en él; era necesario que la ciencia lo diese; este tribunal fué suprimido.

Creó un procurador general, al que unió cuatro asesores en cada uno de los gobiernos del imperio; fueron encargados de velar por la conducta de los jueces, cuyas sentencias se enviaban al Senado,

que él mismo estableció; cada uno de estos jueces fué provisto de un ejemplar de la Oulogenia, con las adiciones y cambios necesarios, en espera de que pudiese redactar una colección completa de leyes.

Prohibió a todos los jueces, bajo pena de la vida, recibir lo que nosotros llamamos *especias*; entre nosotros son mediocres; pero sería conveniente que no hubiese ninguna. Los grandes gastos de nuestra justicia están en los salarios de los subalternos, la multiplicidad de los escritos, y, sobre todo, en esta onerosa costumbre en los procesos de componer las líneas de tres palabras y de oprimir así bajo un montón inmenso de papeles las fortunas de los ciudadanos. El zar tuvo cuidado de que los gastos fuesen moderados y la justicia rápida. Los jueces, los escribanos, tuvieron sueldo del Tesoro público, y no compraron sus cargos.

Fué principalmente en el año 1718, mientras instruía solemnemente el proceso de su hijo, cuando hizo estos reglamentos. La mayor parte de las leyes que dictó fueron sacadas de las de Suecia, y no tuvo inconveniente en admitir en los tribunales a los prisioneros suecos instruídos en la jurisprudencia de su país y que, habiendo aprendido la lengua del imperio, quisieron permanecer en Rusia.

Las causas de los particulares iban al gobernador de la provincia y a sus asesores; luego se podía apelar al Senado, y si alguien, después de haber

sido condenado por el Senado, apelaba de ello al zar mismo, se le declaraba reo de muerte, en caso de que su apelación fuese injusta. Pero, para moderar el rigor de esta ley, creó un relator general del Consejo de Estado, que recibía las demandas de todos los que tenían en el Senado o en los tribunales inferiores asuntos sobre los cuales la ley no estaba aún bien explícita.

En fin: en 1722 terminó su nuevo código, y prohibió, bajo pena de muerte, a todos los jueces separarse de él y substituir su opinión particular a la ley general. Esta orden terrible fué fijada, y lo está todavía, en todos los tribunales del imperio.

El creó todo; nada había, ni en lo social, que no fuese obra suya. El reguló las categorías entre los hombres según sus empleos, desde el almirante y el mariscal hasta el abanderado, sin tener en cuenta el nacimiento para nada.

Teniendo siempre en el pensamiento y queriendo enseñar a su nación que los servicios eran preferibles a los abuelos, se establecieron categorías también para las mujeres; y cualquiera que en una asamblea ocupaba un puesto que no le correspondía pagaba una multa.

Por un reglamento muy útil, todo soldado que llegaba a oficial pasaba a ser noble, y todo boyardo degradado por la justicia se convertía en plebeyo.

Después de la redacción de estas leyes y de estos reglamentos, ocurrió que el incremento del comercio, el crecimiento de las ciudades y las rique-

zas, la población del imperio, las nuevas empresas, la creación de nuevos empleos, acarrearon necesariamente una multitud de asuntos nuevos y de casos imprevistos, todos los cuales eran la consecuencia de los éxitos mismos de Pedro en la reforma general de sus Estados.

La emperatriz Isabel terminó la colección de leyes que su padre había comenzado, y esas leyes están impregnadas de la dulzura de su reinado.

CAPITULO XIV

De la religión.

En aquel mismo tiempo, Pedro trabajaba más que nunca en la reforma del clero. Había abolido el patriarcado, y este acto de autoridad no le había ganado los corazones de los eclesiásticos. Quería que la administración imperial fuese omnipotente y que la administración eclesiástica fuese respetada y obediente. Su designio era establecer un consejo de religión permanente, que dependiese del soberano y que no dictase más leyes a la Iglesia que las que fuesen aprobadas por el jefe del Estado, del cual la Iglesia forma parte. En esta empresa fué ayudado por un arzobispo de Novgorod, llamado Teófano Procop, (a) Procopwitz, es decir, hijo de Procop.

Este prelado era santo y sabio; sus viajes por diversas partes de Europa le habían enseñado los abusos que allí reinan; el zar, que había sido también testigo de ello, tenía en todas sus fundaciones la gran ventaja de poder, sin contradicción, escoger lo útil y evitar lo peligroso.

El mismo trabajó en 1718 y 1719 con este arzobispo. Se estableció un sínodo permanente, compuesto de doce miembros, obispos y archi-

mandritas, todos escogidos por el soberano. Este colegio fué aumentado después hasta catorce.

Los motivos de esta creación fueron explicados por el zar en un discurso preliminar; el más notable y el mayor de estos motivos es «que no son de temer bajo la administración de un colegio de sacerdotes los desórdenes y turbulencias que podrían ocurrir bajo el gobierno de un solo jefe eclesiástico; que el pueblo, siempre inclinado a la superstición, podría, al ver de un lado un jefe del Estado y del otro un jefe de la Iglesia, imaginar que había en efecto dos poderes». Cita sobre este importante punto el ejemplo de las grandes disensiones entre un imperio y el sacerdocio, que han ensangrentado tantos reinos.

Pensaba y decía públicamente que la idea de dos poderes fundados en la alegoría de dos espadas que se hallaron en los apóstoles era una idea absurda.

El zar confirió a este tribunal el derecho de ordenar toda la disciplina eclesiástica, el examen de las costumbres y de la capacidad de los que son destinados a los obispados por el soberano, el juicio definitivo de las causas religiosas, en las que anteriormente se apelaba al patriarca; el conocimiento de las rentas de los monasterios y de las distribuciones de las limosnas.

Esta asamblea tomó el título de *muy santo sínodo*, título que habían tenido los patriarcas. Así el zar restableció de hecho la dignidad patriarcal, distribuída en catorce miembros, pero todos

dependientes del soberano y todos prestando juramento de obedecerle, juramento que no prestaban los patriarcas. Los miembros de este sagrado sínodo congregados tenían la misma jerarquía que los senadores; pero también dependían del príncipe, como el Senado.

Esta nueva administración y el código eclesiástico no entraron en vigor y no recibieron una forma permanente sino cuatro años después, en 1722. Pedro quiso primero que el sínodo le presentase los que juzgase más dignos de las prelacías. El emperador escogía un obispo, y el sínodo lo consagraba. Pedro presidía a menudo esta asamblea. Un día, que se trataba de presentar un obispo, el sínodo observó que no tenía entonces sino ignorantes que presentar al zar: *¡Y bien!* —dijo éste—; *no hay más que escoger al hombre honrado*; *éste valdrá bien por un sabio.*

Hay que observar que en la Iglesia griega no existe lo que nosotros llamamos clero *secular*; el clérigo no es allí conocido más que por su ridiculez; pero, a causa de otro abuso, ya que es preciso que todo sea abuso en este mundo, los prelados son sacados del orden monástico. Los primeros monjes no eran mas que seglares, unos devotos, otros fanáticos, que se retiraban a los desiertos; fueron reunidos al fin por San Basilio, de él recibieron una regla, hicieros votos, y fueron considerados en el último orden de la jerarquía, por la que hay que empezar para ascender a las dignidades. Esto es lo que llenó de monjes la Grecia

y el Asia. Rusia estaba inundada de ellos: eran ricos y poderosos, y, aunque muy ignorantes, eran, al advenimiento de Pedro, casi los únicos que sabían escribir; de ello habían abusado en los primeros tiempos en que tanto se asombraron y escandalizaron de las innovaciones que en todo realizaba Pedro. Se había visto obligado éste en 1703 a prohibir la tinta y las plumas a los monjes; era necesario un permiso expreso del archimandrita, que respondía de aquellos a quienes se les concedía.

Pedro quiso que esta disposición subsistiese. Había querido primero que no se ingresase en el orden monástico más que a la edad de cincuenta años; pero resultaba demasiado tarde, la vida del hombre es demasiado corta, y no había tiempo para formar obispos; ordenó entonces, con su sínodo, que se permitese hacerse fraile a los treinta años cumplidos, pero nunca antes; prohibe a los militares y a los cultivadores entrar nunca en un convento, a menos de una orden expresa del emperador o del sínodo; jamás un hombre casado puede ser admitido en un monasterio, aun después del divorcio, a no ser que su mujer se haga también religiosa por su pleno consentimiento y que no tengan hijos. Cualquiera que esté al servicio del Estado no puede hacerse fraile, a menos de un permiso expreso. Todo fraile debe trabajar con sus propias manos en cualquier oficio. Las religiosas no deben salir nunca de su monasterio; se les da la tonsura a la edad de cincuenta años,

como a las diaconisas de la primitiva Iglesia; y si antes de haber recibido la tonsura quieren casarse, no solamente pueden hacerlo, sino que se las exhorta a ello; reglamento admirable en un país donde la población es mucho más necesaria que los monasterios.

Pedro quiso que estas desdichadas monjas, que Dios ha hecho nacer para poblar el Estado, y que, por una devoción mal entendida, sepultan en los claustros la raza de que ellas debían ser madres, fuesen, al menos, de alguna utilidad a la sociedad que traicionan; ordenó que todas ellas se empleasen en labores manuales propias de su sexo. La emperatriz Catalina se encargó de hacer venir obreras de Brabante y de Holanda; las distribuyó en los monasterios, y bien pronto se hicieron en ellos trabajos con los que Catalina y las damas de la corte se engalanaban.

Acaso nada haya en el mundo más sabio que estas instrucciones; pero lo que merece la atención de todos los tiempos es el reglamento que Pedro dictó él mismo y que dirigió al sínodo en 1724. Fué ayudado en ello por Teófano Procopwitz. La antigua institución eclesiástica está muy sabiamente explicada en este escrito; la ociosidad monacal es fuertemente combatida en él; el trabajo, no solamente recomendado, sino ordenado, debiendo ser la principal ocupación servir a los pobres; ordena que los soldados inválidos sean distribuídos por los conventos; que haya religiosos comisionados para tener cuidado de ellos; que los más

robustos cultiven las tierras pertenecientes a los conventos; lo mismo ordena en los conventos de monjas; las más fuertes deben cuidar de los jardines; las otras deben atender a las mujeres e hijas enfermas que se lleven de las proximidades del convento. Se ocupa en los menores detalles de estos diversos servicios; destina algunos monasterios de religiosos de uno y otro sexo a recibir huérfanos y a educarlos.

Parece al leer este reglamento de Pedro el Grande, del 31 de enero de 1724, como si estuviese compuesto a la vez por un ministro de Estado y por un padre de la Iglesia.

Casi todas las costumbres de la Iglesia rusa son diferentes de las nuestras. Entre nosotros en cuanto un hombre es subdiácono, le está prohibido el matrimonio, y para él es un sacrilegio servir para poblar su patria. Por lo contrario, cuando un hombre es ordenado de subdiácono en Rusia se le obliga a tomar mujer: pasa a ser sacerdote, arcipreste; pero para llegar a obispo es preciso que sea viudo y fraile.

Pedro prohibió a todos los párrocos emplear más de uno de sus hijos en el servicio de la Iglesia, por miedo a que una familia demasiado numerosa tiranizase a la parroquia, y no se permitió emplear a más de uno de sus hijs sino cuando la parroquia misma lo solicitara. Se ve que en los menores detalles de estas ordenanzas eclesiásticas todo va dirigido al bien del Estado, y que se toman todas las medidas posibles para que los sacerdotes sean

considerados, sin ser peligrosos y que no sean ni humillados ni poderosos.

Yo encuentro en unas Memorias curiosas, compuestas por un oficial muy estimado por Pedro el Grande, que un día le leían a este príncipe el capítulo del *Espectador inglés*, que contiene un paralelo entre él y Luis XIV; después de haberlo escuchado, dijo: «No creo merecer la preferencia que se me da sobre este monarca; pero estoy muy satisfecho de serle superior en un punto esencial: yo he obligado a mi clero a la obediencia y a la paz, y Luis XIV se ha dejado subyugar por el suyo.»

Un príncipe que pasaba los días en medio de las fatigas de la guerra, y las noches redactando tantas leyes, civilizando un imperio tan vasto, dirigiendo tantos trabajos inmensos en el espacio de dos mil leguas, tenía necesidad de descanso. Los placeres no podían ser entonces ni tan nobles ni tan delicados como llegaron a ser después. No hay que asombrarse de que Pedro se divirtiese en su fiesta de los cardenales, de que ya hemos hablado, y en algunos otros entretenimientos de este género; alguna vez fué a expensas de la Iglesia romana, por la que tenía una aversión muy perdonable en un príncipe del rito griego que quiere ser en él su jefe. Celebró también espectáculos parecidos a costa de los frailes de su patria, pero de los antiguos frailes, que él quería ridiculizar, mientras reformaba a los nuevos.

Ya hemos visto que antes de promulgar sus

leyes eclesiásticas había hecho Papa a uno de sus locos, y que había celebrado la fiesta del conclave. Este loco, llamado Sotof, era de ochenta y cuatro años de edad. El zar imaginó hacerle casar con una viuda de igual edad y celebrar solemnemente esta boda; mandó hacer la invitación a cuatro tartamudos; viejos decrépitos conducían a la novia; cuatro hombres de los más gordos de Rusia servían de batidores; la música iba sobre un carro tirado por osos, a los que se picaba con puntas de hierro, y quienes, con sus bramidos, formaban un acompañamiento digno de los aires que se tocaban sobre el carro. Los novios fueron bendecidos en la catedral por un sacerdote ciego y sordo, a quien se había puesto anteojos. La procesión, el casamiento, el banquete de boda, el desnudar a los novios, la ceremonia de meterlos en la cama, todo fué igualmente adecuado a la bufonería de esta diversión.

Tal fiesta nos parece ridícula; pero ¿lo es más que nuestras diversiones de Carnaval? ¿Es más hermoso ver quinientas personas llevando sobre la cara máscaras horribles, y sobre el cuerpo trajes ridículos, saltar toda una noche en una sala sin hablarse?

Nuestras antiguas fiestas de los locos, y del asno, y del abad de los cornudos, en nuestras iglesias, ¿eran más majestuosas? Y nuestras comedias de la *Madre tonta* ¿mostraban más ingenio?

CAPITULO XV

Negociaciones de Aland.—Muerte de Carlos XII. La paz de Neustadt.

Estos inmensos trabajos del zar, este pormenor de todo el imperio ruso y el desdichado proceso del príncipe Alejo no eran los únicos asuntos que le ocupaban; era necesario estar a cubierto de lo exterior ordenando el interior de sus Estados. La guerra continuaba siempre con Suecia, aunque flojamente y debilitada por la esperanza de una paz próxima.

Está probado que en el año 1717, el cardenal Alberoni, primer ministro de Felipe V, rey de España, y el barón de Gortz, que se había adueñado del espíritu de Carlos XII, habían querido cambiar la paz de Europa aliando a Pedro con Carlos, destronando al rey de Inglaterra, Jorge I, restableciendo a Estanislao en Polonia, mientras que Alberoni daría a Felipe, su soberano, la regencia de Francia. Gortz, como hemos visto, se había declarado al zar mismo. Alberoni había entablado una negociación con el príncipe Kurakin, embajador del zar en La Haya, por medio del embajador de España, Barretti Landi, mantuano, trasplantado a España, como el cardenal.

Eran extranjeros que querían trastornar todo en beneficio de soberanos de quien no eran súbditos natos, o más bien en beneficio de ellos mismos. Carlos XII intervino en todos estos proyectos, y el zar se contentó con examinarlos. Desde el año 1716 no había hecho más que débiles esfuerzos contra Suecia, más bien para obligarla a comprar la paz mediante la cesión de las provincias que había conquistado que para acabar de aniquilarla.

Ya la actividad del barón de Gortz había conseguido del zar que enviase plenipotenciarios a la isla de Aland para tratar de esta paz. El escocés Bruce, jefe superior de Artillería en Rusia, y el célebre Osterman, que después estuvo al frente de los negocios, llegaron al Congreso precisamente en el momento que se detenía al zarevitz en Moscú. Gortz y Gyllembourg estaban ya en el Congreso, en representación de Carlos XII, ambos impacientes por unir a este príncipe con Pedro y vengarse del rey de Inglaterra. Lo extraño es que había Congreso sin haber armisticio. La flota del zar cruzaba siempre ante las costas de Suecia y hacía algunas presas: pretendía con estas hostilidades acelerar la conclusión de una paz tan necesaria a Suecia y que debía ser tan gloriosa a su vencedor.

Ya, a pesar de las pequeñas hostilidades que duraban todavía, eran manifiestas todas las apariencias de una paz próxima. Los preliminares consistían en actos de generosidad, que hacen más efecto que las firmas. El zar restituyó sin rescate al

mariscal Renschild, que él mismo había hecho prisionero, y el rey de Suecia devolvió igualmente los generales Trubetskoy y Gollowin, prisioneros en Suecia desde la jornada de Nerva.

Las negociaciones avanzaban, todo iba a cambiar en el Norte. Gortz proponía al zar la adquisición del Mecklemburgo. El duque Carlos, que poseía este ducado, se había casado con una hija del zar Iván, hermano mayor de Pedro. La nobleza de su país estaba sublevada contra él. Pedro tenía un ejército en el Mecklemburgo y tomaba partido a favor del príncipe, que miraba como yerno suyo. El rey de Inglaterra, elector de Hannóver, se declaraba por la nobleza; era también una manera de mortificar al rey de Inglaterra asegurar el Mecklemburgo a Pedro, ya dueño de la Livonia y que iba a llegar a ser más poderoso en Alemania que ningún elector. Se daba en cambio al duque de Mecklemburgo el ducado de Curlandia y una parte de Prusia, a expensas de Polonia, a la que se restituía el rey Estanislao. Brema y Verden debían volver a Suecia, pero no se podía despojar al rey Jorge I más que por la fuerza de las armas. El proyecto de Gortz era, pues, como ya se ha dicho, que Pedro y Carlos XII, unidos no solamente por la paz, sino por una alianza ofensiva, enviasen a Escocia un ejército. Carlos XII, después de haber conquistado a Noruega, debía marchar en persona a la Gran Bretaña, y se lisonjeaba de hacer allí un nuevo rey, después de haber hecho uno en Polonia. El cardenal Alberoni pro-

metía subsidios a Pedro y a Carlos. El rey Jorge, al caer, arrastraría probablemente en su caída al regente de Francia, su aliado, quien, quedando sin apoyo, sería entregado a la España triunfante y a la Francia sublevada.

Alberoni y Gortz se creían ya a punto de trastornar Europa de un extremo a otro. Una bala de culebrina, lanzada al azar desde los baluartes de Frederichsall, en Noruega, echó abajo todos sus proyectos. Carlos XII fué muerto; la flota de España, batida por los ingleses; la conjuración fomentada en Francia, descubierta y deshecha; Alberoni, expulsado de España; Gortz, decapitado en Estocolmo; y de toda esta terrible liga, apenas comenzada, únicamente quedó poderoso el zar, quien, no habiéndose comprometido con nadie, dictó la ley a todos sus vecinos.

Todo cambió en Suecia después de la muerte de Carlos XII; éste había sido déspota, y no se eligió a su hermana Ulrica sino a condición de que renunciase al despotismo. Aquél había querido unirse con el zar contra Inglaterra y sus aliados, y el nuevo Gobierno sueco se unió con sus aliados contra el zar.

El Congreso de Aland no fué roto, ciertamente; pero Suecia, aliada con Inglaterra, esperó que las escuadras inglesas enviadas al Báltico le procurasen una paz más ventajosa. Las tropas hannoverianas entraron en los estados del duque de Mecklemburgo; pero las tropas del zar las expulsaron de ellos.

Mantenía también un cuerpo de ejército en Polonia, el cual se imponía a la vez a los partidarios de Augusto y a los de Estanislao; y con respecto a Suecia, tenía una flota preparada que debía o hacer un desembarco en las costas, o forzar al Gobierno sueco a no hacer languidecer el Congreso de Aland. Esta flota estaba compuesta de doce grandes navíos de línea, de navíos de segundo orden, de fragatas y de galeras; el zar era su vicealmirante, siempre bajo el mando del almirante Apraxin.

Una escuadra de esta flota se destacó primero contra una escuadra sueca, y, después de un tenaz combate, tomó un navío y dos fragatas. Pedro, que alentaba por todos los medios posibles la marina que había creado, dió setenta mil libras de nuestra moneda a los oficiales de la escuadra, medallas de oro y, sobre todo, insignias de honor.

En aquel mismo tiempo, la flota inglesa, a las órdenes del almirante Norris, entró en el mar Báltico para auxiliar a los suecos. Pedro tenía bastante confianza en su nueva marina para no dejarse imponer por los ingleses; salió atrevidamente al mar, y envió a preguntar al almirante inglés si venía simplemente como amigo de los suecos o como enemigo de Rusia. El almirante respondió que aun no tenía órdenes concretas. Pedro, a pesar de esta equívoca respuesta, no dejó de navegar mar adentro.

Los ingleses, en efecto, no habían venido sino con la intención de hacer un acto de presencia

y comprometer al zar con estas demostraciones a presentar a los suecos condiciones de paz aceptables. El almirante Norris fué a Copenhague, y los rusos hicieron algunos desembarcos en Suecia, en las proximidades de Estocolmo; destruyeron forjas de cobre, quemaron más de quince mil casas y causaron bastantes daños para hacer desear a los suecos que la paz fuese concertada inmediatamente.

En efecto: la nueva reina de Suecia apresuró la renovación de las negociaciones; el mismo Osterman fué enviado a Estocolmo; las cosas permanecieron en este estado durante todo el año 1719.

1720.—Al año siguiente, el príncipe de Hesse, marido de la reina de Suecia, hecho rey en propiedad por cesión de su mujer, comenzó su reinado enviando un ministro a Petersburgo para acelerar esta paz tan deseada; pero, en medio de estas negociaciones, la guerra duraba siempre.

La flota inglesa se unió a la sueca, pero sin romper todavía las hostilidades; no había ruptura declarada entre Rusia e Inglaterra; el almirante Norris ofrecía la mediación de su soberano, pero la ofrecía a mano armada, y esto mismo detenía las negociaciones. Es tal la situación de las costas de Suecia y de las nuevas provincias de Rusia sobre el mar Báltico, que se pueden atacar fácilmente las de Suecia, mientras que las otras son de muy difícil acceso.

Junio 1719.—Bien claro se vió cuando el almi-

rante Norris, arrojando la máscara, hizo al fin un desembarco, juntamente con los suecos, en una pequeña isla de la Etonia, llamada Narguen, perteneciente al zar: quemaron una cabaña; pero los rusos, en la misma época, desembarcaron hacia Vasa, quemaron cuarenta y un lugares y más de mil casas y causaron en todo el país un estrago indecible. El príncipe Gallitzin tomó cuatro fragatas al abordaje; parecía como si el almirante inglés no hubiese venido más que para ver con sus propios ojos hasta qué punto había hecho el zar formidable a su marina. Norris apenas si hizo más que mostrarse en estos mismos mares sobre los cuales eran conducidos las cuatro fragatas suecas en triunfo al puerto de Cronslot, ante Petersburgo. Parece que los ingleses hicieron demasiado si no eran más que mediadores, y demasiado poco si eran enemigos.

Noviembre 1720.—Al fin, el nuevo rey de Suecia pidió una suspensión de hostilidades; y no habiendo podido lograrlo hasta entonces, por las amenazas de Inglaterra, empleó la mediación del duque de Orleáns, regente de Francia. Este príncipe, aliado de Rusia y de Suecia, consiguió el honor de la conciliación; envió a Campredon, plenipotenciario, a Petersburgo, y de allí a Estocolmo. El Congreso se reunió en Neustadt, pequeña ciudad de Finlandia; pero el zar no quiso conceder el armisticio más que cuando se estuvo a punto de concluir y firmar. Tenía un ejército en Finlandia, presto a subyugar el resto de esta provincia;

sus escuadras amenazaban continuamente a Suecia; era preciso que la paz no se hiciese más que según sus deseos. Se suscribió al fin todo lo que él quiso; se le cedió a perpetuidad todo lo que había conquistado, desde las fronteras de la Curlandia hasta el fondo del golfo de Finlandia, y mucho más todavía: todo el país de Kexholm, de un cabo al otro, y este confín de la Finlandia misma que se prolonga desde los alrededores de Kexholm, al Norte; así, él quedó soberano reconocido de la Livonia, la Estonia, la Ingria, la Carelia, el país de Vibourg y de las islas vecinas, que le aseguran todavía el dominio del mar, como las islas de Oesel, de Dago, de Mone y otras muchas. El total formaba una extensión de trescientas leguas comunes, con anchuras diferentes, y componía un gran reino, que era el premio de veinte años de trabajos.

Esta paz fué firmada el 10 de septiembre de 1721, nuevo cómputo, por su ministro Osterman y el general Bruce.

Pedro sintió tanto mayor alegría, cuanto que, viéndose libre de la necesidad de entretener grandes ejércitos contra Suecia, libre de inquietudes con Inglaterra y con sus vecinos, se encontraba en condiciones de entregarse por entero a la reforma de su imperio, tan bien comenzada, y a hacer florecer en paz las artes y el comercio, introducidos por su solicitud, con tantos trabajos.

En sus primeros transportes de alegría, escri-

bió a sus plenipotenciarios: «Habéis hecho el tratado como si lo hubiésemos redactado nosotros mismos y lo hubiéramos enviado para hacerlo firmar a los suecos; este glorioso acontecimiento estará siempre presente en nuestra memoria.»

Fiestas de todo género mostraron la satisfacción de las gentes en todo el imperio, y sobre todo en Petersburgo. Las pompas triunfales que el zar había ostentado durante la guerra no llegaban a las diversiones tranquilas a las cuales acudían todos los ciudadanos con entusiasmo; esta paz era el más hermoso de sus triunfos, y lo que agradó más todavía que todas estas brillantes fiestas fué un perdón general para todos los culpables retenidos en las prisiones, y la abolición de todos los impuestos debidos al tesoro del zar en toda la extensión del imperio hasta el día de la publicación de la paz. Se rompieron las cadenas de una multitud de malhechores; los ladrones públicos, los asesinos, los reos de lesa majestad, fueron los únicos exceptuados.

Entonces fué cuando el Senado y el sínodo concedieron a Pedro los títulos de *Grande*, de *emperador* y de *padre de la patria*. El canciller Golofkin tomó la palabra, en nombre de todos los órdenes del Estado, en la iglesia catedral; los senadores gritaron en seguida tres veces: *¡Viva nuestro emperador y nuestro padre!*, y estas aclamaciones fueron seguidas de las del pueblo. Los ministros de Francia, de Alemania, de Polonia, de Dinamarca, de Holanda, le felicitaron el mismo día,

le nombraron con los títulos que acababan de concederle y reconocieron como emperador al que se había ya designado públicamente con este título en Holanda después de la batalla de Pultava. Los nombres de *padre* y de *grande* eran nombres gloriosos que nadie podía disputarle en Europa; el de *emperador* no era más que un título honorífico concedido por el uso al emperador de Alemania, como rey titular de los romanos; y estas denominaciones exigen tiempo para ser formalmente usadas en las cancillerías de las cortes, donde la etiqueta es distinta de la gloria. Muy poco después, Pedro fué reconocido emperador por toda Europa, excepto por Polonia, que la discordia dividía siempre, y por el Papa, cuyo voto ha llegado a ser bien inútil desde que la corte romana ha perdido su prestigio a medida que las naciones se han ilustrado.

CAPITULO XVI

De las conquistas de Persia.

La situación de Rusia es tal, que necesariamente le afectan los intereses de todos los pueblos que habitan hacia el grado cincuenta de latitud. Cuando estuvo mal gobernada fué el blanco, sucesivamente, de los tártaros, de los suecos, de los polacos, y bajo un gobierno firme y vigoroso, se hizo temible a todas las naciones. Pedro había comenzado su reinado con un tratado ventajoso con la China; había combatido a la vez a los suecos y a los turcos; acabó por conducir ejércitos a Persia.

La Persia comenzaba a caer en este estado deplorable en que se encuentra aún en nuestos días. Imaginense la guerra de Treinta Años en Alemania, la época de la Fronda, la de la Sainte Barthélemy, de Carlos VI y del rey Juan en Francia, las guerras civiles de Inglaterra, la larga devastación de la Rusia entera por los tártaros, o estos mismos tártaros invadiendo la China, y se tendrá una idea de las calamidades que han afligido a Persia.

Bastó un principe débil y perezoso y una persona poderosa y atrevida para sumir a un reino

entero en este abismo de desastres. El sha, o shac, o sofí de Persia, Hussein, descendiente del gran Sha-Abas, estaba entonces en el trono; se entregaba a la molicie; su primer ministro cometió injusticias y crueldades que la debilidad de Hussein toleró: he aquí el origen de cuarenta años de carnicería.

Persia, lo mismo que Turquía, tiene provincias diferentemente gobernadas; tiene súbditos inmediatos, vasallos, príncipes tributarios, pueblos mismos a quienes la corte pagaba su tributo bajo el nombre de pensión o de subsidio; tales eran, por ejemplo, los pueblos de Daguestán, que habitaban las estribaciones de los montes Cáucasos, al occidente del mar Caspio; formaban en otro tiempo parte de la antigua Albania; pues todos los pueblos han cambiado sus nombres y sus límites; estos pueblos se llaman hoy los lesguios; son montañeses, más bien bajo la protección que bajo la dominación de Persia; se les pagaban subsidios para defender estas fronteras.

Al otro extremo del imperio, hacia las Indias, estaba el príncipe de Candahar, quien mandaba la milicia de los afganes. Este príncipe era un vasallo de Persia, como los hospodars de Valaquia y de Moldavia son vasallos del imperio turco; este vasallaje no es hereditario; se parece completamente a los antiguos feudos establecidos en Europa por las especies de tártaros que trastornaban el imperio romano. La milicia de los afganes, gobernada por el príncipe de Candahar, era la de los

mismos albaneses de las costas del mar Caspio, vecinos del Daguestán, mezclados con los circasianos y georgianos, parecidos a los antiguos mamelucos que subyugaron el Egipto; se les llamó los afganes por corrupción; Timur, que nosotros llamamos Tamerlán, había llevado esta milicia a la India, y quedó establecida en esta provincia de Candahar, la cual tan pronto pertenece a la India, tan pronto a la Persia. Por estos afganes y por estos lesguios es por donde comenzó la revolución.

Myr-Veitz, o Miriwitz, intendente de la provincia, encargado únicamente de la cobranza de los tributos, asesinó al príncipe de Candahar, sublevó la milicia, y fué soberano de Candahar hasta su muerte, ocurrida en 1717. Su hermano le sucedió tranquilamente, pagando un ligero tributo a la Puerta persa; pero el hijo de Miriwitz, nacido con la misma ambición que su padre, asesinó a su tío y quiso ser un conquistador. Este joven se llamaba Myr-Mahmud; pero no fué conocido en Europa más que con el nombre de su padre, que había comenzado la rebelión. Mahmud unió a sus afganes lo que pudo recoger de güebros, antiguos persas ahuyentados por el califa Omar, siempre adscritos a la religión de los magos, tan floreciente en otro tiempo bajo Ciro, y siempre enemigos secretos de los nuevos persas. En fin, marchó al corazón de la Persia al frente de cien mil combatientes.

En la misma época, los lesguios o albaneses, a quienes varios contratiempos impidieron cobrar

sus subsidios, descendieron armados de sus montañas; de suerte que prendió el incendio desde dos extremos del imperio hasta la capital.

Estos lesguios arrasaron todo el país que se extiende a lo largo de la costa occidental del mar Caspio hasta Derbeut, o la Puerta de Hierro. En esta región, que devastaron, está la ciudad de Shamaquia, a quince leguas comunes del mar; se supone que ésta es la antigua morada de Ciro, a la que los griegos dieron el nombre de Ciropolis, pues nosotros no conocemos más que por los griegos la posición y los nombres de este país; y de igual modo que los persas nunca tuvieron un príncipe a quien llamasen Ciro, menos aún tuvieron una ciudad que se llamase Ciropolis. Es así como los judíos que se metieron a escribir cuando se establecieron en Alejandría imaginaron una ciudad de Escitopolis, edificada, decían, por los escitas cerca de la Judea, como si los escitas y los antiguos judíos hubiesen podido dar nombres griegos a las ciudades.

Esta ciudad de Shamaquia era opulenta. Los armenios, vecinos de esta parte de la Persia, hacían en ella un inmenso comercio, y Pedro acababa de establecer allí a sus expensas una compañía de comerciantes rusos que comenzaba a estar floreciente. Los lesguios sorprendieron la ciudad, la saquearon, degollaron a todos los rusos que traficaban bajo la protección del sha Hussein, y robaron sus almacenes, cuyas pérdidas se hicieron ascender a cerca de cuatro millones de rublos.

Pedro envió a pedir satisfacción al emperador Hussein, que disputaba todavía su corona, y al tirano Mahmud, que la usurpaba. Hussein no pudo hacerle justicia, y Mahmud no quiso. Pedro decidió tomarse la justicia por su mano y aprovecharse de los desórdenes de Persia.

Myr-Mahmud proseguía siempre en Persia sus conquistas. El sofí, enterado de que el emperador de Rusia se preparaba a entrar en el mar Caspio, para vengar la muerte de sus súbditos degollados en Shamaquia, le rogó secretamente por medio de un armenio que fuese al mismo tiempo en socorro de Persia.

Pedro premeditaba desde mucho antes el proyecto de dominar en el mar Caspio con una poderosa marina, y hacer pasar por sus Estados el comercio de Persia y de una parte de la India. Había hecho sondar las profundidades de este mar, examinar las costas y levantar cartas exactas. Partió, pues, para Persia el 15 de mayo de 1722. Su esposa le acompañó en este viaje, como en los otros. Descendieron por el Volga hasta la ciudad de Astracán. Desde allí corrió a restablecer los canales que debían unir el mar Caspio, el mar Báltico y el mar Blanco, obra que en parte fué terminada bajo el reinado de su nieto.

Mientras dirigía estas obras, su infantería y sus municiones estaban ya en el mar Caspio. Tenía veintidós mil hombres de infantería, nueve mil dragones, quince mil cosacos; tres mil marineros maniobraban y podían servir de soldados en

os desembarcos. La caballería tomó el camino de tierra por desiertos donde el agua falta con frecuencia, y pasados estos desiertos, hay que franquear las montañas del Cáucaso, donde trescientos hombres podían detener un ejército; pero en la anarquía en que se hallaba Persia se podía intentar todo.

El zar navegó cerca de cien leguas al mediodía de Astracán, hasta la pequeña ciudad de Andrehof. Es extraño ver el nombre de Andrés a orillas del mar de Hircania; pero algunos georgianos, especie de cristianos antiguamente, habían edificado esta ciudad, y los persas la habían fortificado; fué tomada fácilmente. De allí avanzaron, siempre por tierra, por el Daguestán; se distribuyeron manifiestos en persa y en turco; era necesario halagar a la Puerta Otomana, que contaba entre sus súbditos no solamente a los circasianos y los georgianos, vecinos de este país, sino también algunos grandes vasallos colocados desde poco antes bajo la protección de Turquía.

Entre otros, había uno muy poderoso, llamado Mahmud de Utmich, que ostentaba el título de sultán, y que se atrevió a atacar las tropas del emperador ruso; fué completamente derrotado, y el informe contiene que se hizo de su país una hoguera.

14 *septiembre* 1722—Pronto llegó Pedro a Derbent, que los persas y los turcos llaman Demircapi, la Puerta de Hierro; se llama asi porque, en efecto, hay una puerta de hierro en la parte Sur. Es una ciudad larga y estrecha, que toca por

un extremo a una estribación escarpada del Cáucaso, y cuyos muros están bañados en el otro extremo por las olas del mar, que a menudo se elevan por encima de ellos en las tempestades. Estos muros podrían pasar por una maravilla de la antigüedad; de cuarenta pies de alto y seis de ancho, flanqueados de torres cuadradas, a cincuenta pies una de otra, toda esta obra parece de una sola pieza; está construída de asperón y de conchas pulverizadas que han servido de mortero, y el conjunto forma una masa más dura que el mármol; se puede entrar en ella por mar, pero la ciudad por la parte de tierra parece inexpugnable. Quedan todavía los restos de una antigua muralla, semejante a la de la China, que se había construído en la más remota antigüedad; se extendía desde las orillas del mar Caspio a las del mar Negro, y era, probablemente, un muro elevado por los antiguos reyes de Persia contra esta multitud de bárbaros que habitaban entre esos dos mares.

La tradición persa dice que la ciudad de Derbent fué en parte reparada y fortificada por Alejandro. Aniano y Quinto-Curcio dicen que, en efecto, Alejandro hizo levantar esta ciudad; pretenden, ciertamente, que fué a orillas del Tanais; pero es que en su tiempo los griegos daban el nombre de Tanais al río Cirus, que pasa cerca de la ciudad. Sería contradictorio que Alejandro hubiese construído la Puerta Caspiana sobre un río cuya desembocadura está en el Ponto Eusino.

Había antiguamente otras tres o cuatro puerta

Caspianas en diferentes parajes, todas verisímilmente construídas con la misma mira; pues todos los pueblos que habitan el occidente, el oriente y el septentrión de este mar han sido siempre bárbaros muy temibles al resto del mundo, y de allí es de donde principalmente han partido esos enjambres de conquistadores que han subyugado el Asia y Europa.

Permítaseme observar aquí cuánto ha agradado a los autores en todo tiempo engañar a los hombres, y cuánto han preferido una vana elocuencia a la verdad. Quinto-Curcio pone en boca de yo no sé cuáles escitas un discurso admirable, lleno de moderación y de filosofía, como si los tártaros de estos países hubiesen sido tan sabios, y como si Alejandro no hubiese sido el general nombrado por los griegos contra el rey de Persia, señor de una gran parte de Escitia meridional y de las Indias. Los retóricos que han tenido la pretensión de imitar a Quinto-Curcio se han esforzado en presentarnos estos salvajes del Cáucaso y los desiertos, ávidos de rapiña y de matanza, como los hombres más justos del mundo; han pintado a Alejandro, vengador de Grecia y vencedor de quien quería sojuzgarla, como un bandido que recorría el mundo sin razón y sin justicia.

No se piensa que los tártaros no fueron nunca más que destructores y que Alejandro edificó ciudades en su propio país; es en lo que yo me atrevería a comparar a Pedro el Grande con Alejandro: tan activo, tan amigo de las artes útiles,

más cuidadoso de la legislación quiso cambiar, como él, el comercio del mundo, y construyó o reparó tantas ciudades como Alejandro.

El gobernador de Derbent, a la llegada del ejército ruso, no quiso sostener el sitio; ya porque creyese no poder sostenerse, ya porque prefiriese la protección del emperador Pedro a la del tirano Mahmud, entregó las llaves de plata de la ciudad y del castillo; el ejército entró tranquilamente en Derbent, y fué a acampar a orilla del mar.

El usurpador Mahmud, dueño ya de una gran parte de Persia, quiso, en vano, anticiparse al zar e impedirle la entrada en Derbent. Excitó a los tártaros vecinos; acudió él mismo; pero Derbent se había ya rendido.

Pedro no pudo entonces llevar más lejos sus conquistas. Los barcos que llevaban nuevas provisiones, reclutas, caballos, se habían perdido hacia Astracán, y la estación avanzaba; regresó a Moscú, y entró en él en triunfo; allí, según su costumbre, dió solemnemente cuenta de su expedición al vicezar Romadonoski, continuando hasta el fin esta comedia, que, según lo que se dijo en su elogio pronunciado en París, en la Academia de Ciencias, hubiese debido ser representada ante todos los monarcas de la tierra.

Persia estaba entonces repartida entre Hussein y el usurpador Mahmud. El primero trataba de buscar un apoyo en el emperador de Rusia; el segundo temía en él un vengador que le arrebatase el fruto de su rebelión. Mahmud hizo cuanto pudo

para levantar a la Puerta Otomana contra Pedro; envió una embajada a Constantinopla; los príncipes del Daguestán, bajo la protección del sultán, despojados por las armas de Rusia, pidieron venganza. El Diván temió por la Georgia, que los turcos contaban en el número de sus Estados.

El sultán estuvo a punto de declarar la guerra; la corte de Viena y la de París se lo impidieron. El emperador de Alemania notificó que si los turcos atacaban a Rusia él se vería obligado a defenderla. El marqués de Bonac, embajador de Francia en Constantinopla, apoyó hábilmente con sus advertencias las amenazas de los alemanes; hizo ver que en propio interés de la Puerta estaba no sufrir que un rebelde usurpador de Persia enseñase a destronar soberanos; que el emperador ruso no había hecho más que lo que el sultán hubiera debido hacer.

Durante estas delicadas negociaciones, el rebelde Mahmud había avanzado hasta las puertas de Derbent: asoló los países vecinos a fin de que los rusos no tuviesen con qué subsistir. La parte de la antigua Hircania hoy Guilan fué saqueada, y estos pueblos, desesperados, se pusieron bajo la protección de los rusos, a quienes miraron como sus libertadores.

Seguían en esto el ejemplo del sofí mismo. Este desgraciado monarca había enviado un embajador a Pedro el Grande para implorar solemnemente su auxilio. Apenas se puso en camino este embajador, cuando el rebelde Myr-Mahmud se

apoderó de Ispahan y de la persona de su soberano.

El hijo del sofí destronado y prisionero, llamado Thamaseb, pudo escapar del tirano, reunió algunas tropas y combatió al usurpador. No fué menos activo que su padre para instar a Pedro el Grande a que le protegiese, y envió al embajador las mismas instrucciones que el sha Hussein había dado.

Agosto 1723.—No había llegado todavía este embajador persa, llamado Ismael-Beg, y su negociación había tenido ya buen éxito. Supo al arribar a Astracán que el general Matufkin iba a partir con nuevas tropas para reforzar el ejército del Daguestán. No se había tomado aún la ciudad de Bakú o Bachú, que da al mar Caspio el nombre de mar Bachú entre los persas. Dió al general ruso una carta para los habitantes, en la cual les exhortaba en nombre de su soberano a someterse al emperador de Rusia. El embajador continuó su camino para Petersburgo, y el general Matufkin fué a poner sitio a la ciudad de Bachú. El embajador persa llegó a su corte al mismo tiempo que la noticia de la toma de la ciudad.

Esta ciudad está cerca de Shamaquia, donde los comerciantes rusos habían sido degollados; no es ni tan populosa ni tan opulenta como Shamaquia, pero es famosa por la nafta que ha proporcionado a toda Persia. Jamás tratado alguno fué concluído más pronto que el de Ismael-Beg.

Septiembre 1723.—El emperador Pedro, para

vengar la muerte de sus súbditos y para socorrer al sofí Thamaseb contra el usurpador, prometía marchar a Persia con ejércitos, y el nuevo sofí le cedía no solamente las ciudades de Bachú y Derbent, sino también las provincias de Guilan, Mazanderan y Asterabath.

Guilan es, como ya hemos dicho, la Hircania meridional; Mazanderan, que la toca, es el país de los mardos; Asterabath está contigua a Mazanderan, y éstas eran las tres provincias principales de los antiguos reinos; de suerte que Pedro se encontraba, por sus armas y por los tratados, dueño del primer reino de Ciro.

No es inútil decir que en los artículos de este convenio se reguló el precio de los géneros que se debían suministrar al ejército. Un camello no debia costar más que sesenta francos de nuestra moneda—doce rublos—; la libra de pan no debía llegar a cinco liards; la libra de carne, aproximadamente a seis; estos precios son una prueba evidente de la abundancia que existía en estos países de los verdaderos bienes, que son los de la tierra, y de la escasez de dinero, que no es más que un bien convencional.

Era tal la suerte miserable de Persia, que el desgraciado sofí Thamaseb, errante por su reino, perseguido por el rebelde Mahmud, asesino de su padre y de sus hermanos, estaba obligado a pedir a la vez a Rusia y a Turquía quisiesen tomar una parte de sus Estados, para conservar él la otra.

El emperador Pedro, el sultán Achmet III

y el sofí Thamaseb convinieron entonces en que Rusia conservaría las tres provincias de que acabamos de hablar, y que la Puerta Otomana tendría Casbin, Tauris, Erivan, además de lo que conquistaba entonces el usurpador de Persia. De este modo este hermoso reino era desmembrado a la vez por los rusos, los turcos y por los mismos persas.

El emperador Pedro reinó así hasta su muerte desde los límites del mar Báltico hasta el extremo meridional del mar Caspio. Persia continuó siendo presa de revoluciones y saqueos. Los persas en otro tiempo ricos y civilizados, se vieron sumidos en la miseria y en la barbarie, mientras que Rusia surgió de la pobreza y la grosería a la opulencia y la civilización. Un solo hombre, por tener un espíritu activo y enérgico, engrandeció a su patria; y un solo hombre, por ser débil e indolente, hizo caer a la suya.

Estamos todavía muy mal informados del pormenor de todas las calamidades que han abatido a Persia durante tanto tiempo. Se ha pretendido que el desgraciado sha Hussein fué lo bastante cobarde para poner él mismo su mitra de persa, lo que nosotros llamamos la corona, sobre la cabeza del usurpador Mahmud; se dice que este Mahmud cayó en seguida en la locura; así, un imbécil y un loco decidieron la suerte de tantos miles de hombres. Se añade que Mahmud mató con su propia mano, en un acceso de locura, a todos los hijos y nietos del sha Hussein, en nú-

mero de ciento; que se hizo recitar el evangelio de San Juan sobre la cabeza para purificarse y curarse. Estos cuentos persas han sido propalados por nuestros frailes e impresos en París.

Este tirano, que había asesinado a su tío, fué al fin asesinado a su vez por su sobrino Eshreff, que fué tan cruel y tan tirano como Mahmud.

El sha Thamaseb imploró siempre el auxilio de Rusia. Es este mismo Thamaseb, o Thamas, socorrido después y restablecido por el célebre Kouli-kan y en seguida destronado por Kouli-kan mismo.

Estas revoluciones y las guerras que Rusia tuvo en seguida que sostener contra los turcos, de las que salió victoriosa, y la evacuación de las tres provincias, no son acontecimientos que conciernen a Pedro el Grande; no ocurrieron sino varios años después de su muerte; baste decir que él acabó su carrera militar añadiendo tres provincias a su imperio por el lado de Persia, cuando acababa de añadirle otras tres hacia las fronteras de Suecia.

CAPITULO XVII

Coronación y consagración de la emperatriz Catalina I.—Muerte de Pedro el Grande

Pedro, al regreso de su expedición de Persia, se encontró, más que nunca, como el árbitro del Norte. Se declaró el protector de la familia del mismo Carlos XII, de quien había sido durante diez y ocho años enemigo. Hizo venir a la corte al duque de Holstein, sobrino de este monarca; le destinó para su hija mayor, y se dispuso desde entonces a sostener sus derechos sobre el ducado de Holstein-Slesvig; hasta se comprometió en un tratado de alianza que concertó con Suecia.

Proseguía los trabajos comenzados en toda la extensión de sus Estados hasta el fondo de Kamtchatca, y para dirigir mejor estos trabajos establecía en Petersburgo su Academia de Ciencias. Las artes florecían por todos lados; las manufacturas eran fomentadas; la marina, aumentada; los ejércitos, bien sostenidos; las leyes, observadas; gozaba en paz de su gloria; quiso partirla de un modo nuevo con la que, reparando la desgracia de la campaña del Pruth, había, decía él, contribuído a esta misma gloria.

18 *mayo* 1724. — Fué en Moscú donde hizo coronar y consagrar a su mujer Catalina, en presencia de la duquesa de Curlandia, hija de su hermano mayor, y del duque de Holstein, a quien iba a hacer su yerno. La declaración que publicó merece fijar la atención: en ella se recuerda el uso de varios reyes cristianos de hacer coronar a sus esposas; en ella se recuerdan los ejemplos de los embajadores Basilides, Justiniano, Heraclio y León el Filósofo. El emperador especifica en ella los servicios prestados al Estado por Catalina, y sobre todo en la guerra contra los turcos, cuando su ejército, reducido a veintidós mil hombres, tenía que combatir con más de doscientos mil. No se decía en esta orden que la emperatriz debiese reinar después de él; pero preparaba en ella los ánimos con esta ceremonia, desusada en sus Estados.

Lo que acaso podía hacer considerar a Catalina como destinada a subir al trono después de su esposo es que este mismo marchó delante de ella a pie el día de su coronación, en calidad de capitán de una nueva compañía que creó con el nombre de *caballeros de la emperatriz.*

Cuando hubieron llegado a la iglesia, Pedro le colocó la corona sobre la cabeza; ella quiso abrazarle las rodillas; él se lo impidió, y al salir de la catedral hizo llevar el cetro y el globo delante de ella. La fiesta fué digna de todo un emperador. Pedro ostentaba en las grandes ocasiones tanta magnificencia como sencillez ponía en su vida privada.

Habiendo coronado a su mujer, se resolvió, al fin, a conceder su hija mayor, Ana Petrona, al duque de Holstein. Esta princesa tenía muchos rasgos de su padre; era de talla majestuosa y de gran belleza. Se la desposó con el duque de Holstein, pero sin gran aparato. Pedro sentía su salud muy quebrantada, y un disgusto doméstico, que acaso irritó más aún el mal de que murió, hizo estos últimos tiempos de su vida poco convenientes a la pompa de las fiestas.

Catalina tenía un joven chambelán (1), llamado Moëns de la Cruz, nacido en Rusia de familia flamenca; era de figura distinguida; su hermana, la señora de Bale, era azafata de la emperatriz; ambos gobernaban su casa. Se acusó a uno y a otro al emperador; fueron metidos en la cárcel; se les siguió proceso por haber recibido regalos. Se había prohibido, desde el año 1714, a todo empleado, recibirlos, bajo pena de infamia y de muerte, y esta prohibición había sido renovada varias veces.

El hermano y la hermana fueron convictos; todos los que habían o comprado o recompensado sus servicios fueron enumerados en la sentencia, excepto el duque de Holstein y su ministro el conde Bassewitz; es verosímil que los regalos hechos por este príncipe a los que habían contribuído a conseguir su matrimonio no fuesen considerados como una cosa criminal.

---

(1) Memorias del conde Bassewitz.

Se condenó a Moëns a ser decapitado, y a su hermana, favorita de la emperatriz, a recibir once golpes de knut. Los dos hijos de esta dama, uno chambelán y otro paje, fueron degradados y enviados en calidad de simples soldados al ejército de Persia.

Estas severidades, que rechazan nuestras costumbres, eran quizá necesarias en un país donde la conservación de las leyes parecía exigir un rigor espantoso. La emperatriz pidió perdón para su azafata, y su marido, irritado, se lo negó; en su cólera, hizo pedazos una luna de Venecia y dijo a su mujer: «Tú ves que no es preciso más que un golpe de mi mano para volver este espejo al polvo de que ha salido.» Catalina le miró con tierno dolor y le dijo: «¡Y bien, habéis roto lo que constituía el adorno de nuestro palacio; ¿creéis que se ha hecho más hermoso por ello?» Estas palabras apaciguaron al emperador, pero toda la gracia que su mujer pudo conseguir de él fué que su azafata no recibiera más que cinco golpes de knut en lugar de once..

No referiría este hecho si no estuviese certificado por un ministro, testigo ocular, quien, habiendo hecho él mismo regalos al hermano y a la hermana, fué acaso una de las principales causas de su desgracia. Fué esta aventura la que animó a los que juzgan todo malignamente, a propalar que Catalina apresuró los días de un marido que le inspiraba más terror por su cólera que gratitud por sus beneficios.

Se afirmaron en estas crueles sospechas por la prisa que tuvo Catalina de volver a llamar a su azafata inmediatamente después de la muerte de su esposo y concederle todo su favor. El deber de un historiador obliga a referir estos rumores públicos a que han dado lugar en todo tiempo y en todos los Estados los príncipes arrebatados por una muerte prematura, como si la naturaleza no fuese suficiente para destruirlos; pero ese mismo deber exige que se haga ver cuán temerarios e injustos eran esos rumores.

Hay una distancia inmensa entre el descontento pasajero que puede ocasionar un marido severo, y una resolución desesperada de envenenar a un esposo y soberano a quien se le debe todo. El peligro de tal empresa hubiese sido tan grande como el crimen. Había entonces un gran partido contrario a Catalina, en favor del hijo del infortunado zarevitz; sin embargo, ni esta facción ni ninguna persona de la corte sospechó de Catalina, y los rumores vagos que corrieron no fueron más que la opinión de algunos extranjeros mal enterados, que se entregaban sin razón alguna al ruin placer de suponer grandes crímenes en quienes se cree interesado en cometerlos. Este mismo interés era muy dudoso en Catalina: no era seguro que debiese ser la sucesora; había sido coronada, pero solamente en calidad de esposa del soberano, y no como debiendo ser soberana después de él.

La declaración de Pedro no había ordenado este aparato más que como una ceremonia, y no como

un derecho a reinar; Catalina recordaba los ejemplos de emperadores romanos que habían hecho coronar a sus esposas, y ninguna de ellas fué soberana del imperio. En fin: aun durante la enfermedad de Pedro, muchos creyeron que la princesa Ana Petrona le sucedería, juntamente con el duque de Holstein, su esposo, o que el emperador nombraría a su nieto por sucesor suyo; así, bien lejos de tener Catalina interés en la muerte del emperador, tenía necesidad de su conservación.

Era sabido que Pedro estaba atacado desde mucho tiempo antes de un absceso y una retención de orina que le causaban dolores agudos. Las aguas minerales de Olonitz y otras que había empleado no fueron más que inútiles remedios; se le vió debilitarse sensiblemente desde principios del año 1724. Sus trabajos, de los que no descansaba nunca, aumentaron su mal y apresuraron su fin; su estado pareció muy pronto mortal; le acometieron calenturas muy altas que le sumieron en un delirio casi continuo; quiso escribir en un momento de descanso que le dejaron sus dolores (1), pero su mano no formó más que caracteres ilegibles, de los que no se pudo descifrar sino estas palabras en ruso: *Devolved todo a ...*

Pidió que se hiciese venir a la princesa Ana Petrona, a quien quería dictar; pero cuando ésta apareció ante su cama, él había perdido ya el habla y entró en la agonía, que duró diez y seis

---

(1) Memorias manuscritas del conde Bassewitz.

horas. La emperatriz Catalina no se había separado de la cabecera en tres noches: al fin murió en sus brazos el 28 de enero, hacia las cuatro de la mañana.

Se llevó su cuerpo al gran salón de palacio, seguido de toda la familia imperial, del Senado, de todas las personas más distinguidas y de mucha gente del pueblo; fué expuesto en una cama de respeto, y todo el mundo tuvo libertad de aproximarse y besarle la mano, hasta el día de su entierro, que se verificó el 10-21 de marzo de 1725.

Se ha creído, se ha impreso, que había nombrado en su testamento a su esposa Catalina heredera del imperio; pero lo cierto es que no hizo testamento, o, por lo menos, no apareció nunca, negligencia bien extraña en un legislador, y que prueba que él no había creído mortal su enfermedad.

No se sabía a la hora de su muerte quién ocuparía su trono; dejaba a Pedro, su nieto, hijo del infortunado Alejo; dejaba a su hija mayor, la duquesa de Holstein. Había un partido considerable a favor del joven Pedro. El príncipe Menzikoff, ligado a la emperatriz Catalina en todo tiempo, se adelantó a todos los partidos y a todos los proyectos. Pedro estaba próximo a expirar cuando Menzikoff hizo pasar a la emperatriz a una sala donde sus amigos estaban ya reunidos. Se hizo transportar el tesoro a la fortaleza; se aseguraron las guardias; el príncipe Menzikoff atrajo al arzobispo de Novgorod; Catalina celebró con ellos y un secretario de confianza, llamado Macarof, un

consejo secreto, al que asistió el ministro del duque de Holstein.

La emperatriz, al salir de este consejo, volvió junto a su esposo moribundo, que exhaló el último suspiro en sus brazos. Inmediatamente, los senadores y los oficiales generales acudieron al palacio; la emperatriz les arengó; Menzikoff respondió en su nombre; se deliberó, por fórmula, fuera de la presencia de la emperatriz. El arzobispo de Plescou, Teófano, declaró que el emperador había dicho la víspera de la coronación de Catalina que no la coronaba más que para hacerla reinar después de él; toda la asamblea firmó la proclamación, y Catalina sucedió a su esposo el mismo día de su muerte.

Pedro el Grande fué llorado en Rusia por todos los que él había formado, y la generación que siguió a la de los partidarios de las antiguas costumbres lo consideró bien pronto como padre suyo. Cuando los extranjeros vieron que todas sus fundaciones eran permanentes han sentido por él una admiración constante, y han confesado que había sido inspirado más bien por una sabiduría extraordinaria que por el deseo de hacer cosas sorprendentes. Europa ha reconocido que él había amado la gloria, pero que la había cifrado en hacer bien; que sus defectos no habían empañado nunca sus buenas cualidades; que en él, el hombre presentaba manchas, pero el monarca fué siempre grande; forzó la naturaleza en todo, en sus súbditos, en sí mismo y sobre la tierra y sobre los mares; pero

la forzó para embellecerla. Las artes, que ha trasplantado con sus propias manos a países en que muchos entonces estaban salvajes, han dado, al fructificar, testimonio de su genio y eternizado su memoria; parecen hoy originarias de los mismos países adonde las ha trasportado. Leyes, policía, política, disciplina militar, marina, comercio, manufacturas, ciencias, bellas artes, todo se ha perfeccionado siguiendo sus planes; y por una singularidad de la que no hay ejemplo, cuatro mujeres han subido sucesivamente después de él al trono, las cuales han mantenido todo lo que él acabó y han perfeccionado todo lo que él había emprendido.

En palacio ha habido revoluciones después de su muerte; el Estado no ha experimentado ninguna. el esplendor de este imperio ha aumentado bajo Catalina I; ha triunfado de los turcos y de los suecos bajo Ana Petrona; ha conquistado bajo Isabel la Prusia y una parte de la Pomerania; ha gozado en seguida de la paz y ha visto florecer las artes bajo Catalina II.

A los historiadores nacionales incumbe entrar en todos los detalles de las fundaciones, leyes, guerras y empresas de Pedro el Grande; ellos alentarán a sus compatriotas celebrando a todos los que han ayudado a este monarca en sus trabajos guerreros y políticos. A un extranjero amante desinteresado del mérito basta haber intentado mostrar lo que fué el gran hombre que aprendió de Carlos XII a vencerle, que salió dos veces de

sus Estados para gobernarlos mejor, que trabajó con sus propias manos en casi todas las artes necesarias, para dar ejemplo a su pueblo, y que fué el fundador y el padre de su imperio.

Los soberanos de Estados civilizados desde mucho tiempo antes se dirán a sí mismos: «Si en los climas holados de la antigua Escitia un hombre, ayudado solo de su genio, ha hecho cosas tan grandes, ¿qué debemos hacer nosotros en reinos donde los trabajos acumulados de varios siglos nos han vuelto todo tan fácil?»

———

CONDENA DE ALEJO

El 24 de junio de 1718.

«En virtud de la orden expresa emanada de Su Majestad zariana, y firmada por su propia mano el 13 de junio último, referente al juicio del zarevitz Alejo Petrowitz, sobre sus transgresiones y crímenes contra su padre y señor, los abajo firmantes, ministros, senadores del estado militar y civil, después de haberse reunido varias veces en la cámara de la regencia del Senado en Petersburgo, habiendo oído más de una vez la lectura que se ha hecho de los originales y extractos de los testimonios que han sido presentados contra él, así como también las cartas de exhortación de Su Majestad zariana al zarevitz, y de las respuestas que éste dió a aquéllas, escritas de su propia mano, y otros actos que pertenecen al proceso, así como las informaciones criminales y las confesiones y declaraciones del zarevitz, tanto las escritas por su propia mano como las hechas verbalmente a su señor padre, y ante los abajo firmantes, constituídos por la autoridad de Su Majestad zariana, al efecto del presente juicio: han declarado y reconocido que aunque, según los derechos del imperio ruso, no ha correspondido

jamás a ellos, siendo súbditos naturales del dominio soberano de Su Majestad zariana, conocer en un asunto de esta naturaleza, el cual, según su importancia, depende únicamente de la voluntad absoluta del soberano, cuyo poder no depende más que de Dios solo y no está limitado por ninguna ley; sometiéndose, sin embargo, a la dicha orden de Su Majestad zariana, su soberano, que les concede esa libertad, y después de maduras reflexiones, y en conciencia cristiana, sin temor ni lisonja, y sin tener en cuenta la persona, no teniendo ante los ojos más que las leyes divinas aplicables al caso presente, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, las Sagradas Escrituras del evangelio y de los apóstoles, como también los cánones y las reglas de los concilios, la autoridad de los Santos Padres y de los doctores de la Iglesia; inspirándose también en las consideraciones de los arzobispos y del clero, reunidos en Petersburgo por orden de Su Majestad zariana, las cuales son transcritas aquí arriba, y conformándose con las leyes de toda Rusia, y en particular con las constituciones de este imperio, leyes militares y estatutos que son conformes a las leyes de otros Estados, sobre todo a las de los antiguos emperadores romanos y griegos y otros príncipes cristianos, los abajo firmantes, después de deliberar, han convenido unánimemente, sin contradicción, y han pronunciado que el zarevitz *Alejo Petrowitz es digno de la muerte* por sus crímenes susodichos y por sus infracciones capitales

contra su soberano y su padre siendo hijo y súbdito de Su Majestad zariana; de suerte que, aunque Su Majestad zariana haya prometido al zarevitz, por la carta que él le ha enviado por M. Tolstoy, consejero privado, y por el capitán Romanzoff, fechada en Spa el 10 de julio de 1717, perdonarle su evasión si regresaba de buen grado y voluntariamente, así como el zarevitz mismo lo ha confesado con agradecimiento en su respuesta a esta carta, escrita en Nápoles el 4 de octubre de 1717, donde ha mostrado que agradecía a Su Majestad zariana el perdón que le concedía solamente por su evasión voluntaria, se ha hecho después indigno de él por su oposición a la voluntad de su padre y por sus demás infracciones, que ha renovado y continuado, como se ha expuesto ampliamente en el manifiesto publicado por Su Majestad zariana el 3 de febrero del presente año, y porque, entre otras cosas, no ha regresado de buena voluntad. Y aunque Su Majestad zariana, a la llegada del zarevitz a Moscú, con su escrito de confesión de sus crímenes, y donde pedía perdón, tuvo piedad de él, como es natural tenerla en un padre por su hijo, y que en la audiencia que le concedió en la sala del castillo el mismo día 3 de febrero le prometió el perdón de todas sus infracciones; Su Majestad zariana no le hizo esa promesa sino con esta condición expresa, dicha en presencia de todo el mundo, a saber: que el zarevitz declararía, sin ninguna restricción ni reserva, todo lo que había cometido y tramado hasta aquel día contra Su

Majestad zariana, y que descubriría a todas las personas que le han dado consejos, sus cómplices, y, en general, a todos los que han sabido algo de' sus proyectos y ardides; pero que si ocultaba algo, el perdón prometido sería nulo y quedaría revocado; lo que el zarevitz recibió entonces y aceptó, al menos en apariencia, con lágrimas de gratitud y prometió bajo juramento declarar todo sin reserva; en confirmación de lo cual besó la santa cruz y las Sagradas Escrituras en la iglesia catedral.»

Su Majestad zariana le confirmó también la misma cosa por su propia mano al día siguiente, en los artículos del interrogatorio insertos aquí arriba, que mandó entregarle, habiendo escrito a su cabeza lo que sigue:

«Como habéis recibido ayer nuestro perdón a condición de que declararíais todas las circunstancias de vuestra evasión y lo que con ella tieno relación, pero que si ocultabais algo seríais privado de la vida, y como habéis hecho ya de palabra algunas declaraciones, debéis, para una satisfacción más amplia y para vuestro descargo, ponerlas por escrito según los puntos marcados a continuación.»

Y a la conclusión, todavía estaba escrito de la propia mano de Su Majestad zariana, en el artículo 7: «Declarad todo lo que tenga relación con este asunto, aun cuando ello no estuviese especificado aquí, y purificaos como en la santa confesión; pero si encubrís o calláis algo

que se descubra en lo sucesivo, no me imputéis nada, pues ayer se os ha declarado delante de todo el mundo que en ese caso el perdón que se os ha concedido sería nulo y revocado.

»No obstante esto, el zarevitz ha procedido en sus respuestas y en sus confesiones sin ninguna sinceridad; ha callado y encubierto no solamente a muchas personas, sino también cuestiones capitales, y sus infracciones, y en particular sus intentos de rebelión contra su padre y señor, y sus malas prácticas que ha tramado y entretenido mucho tiempo para tratar de usurpar el trono de su padre, aun en vida de él, por malos caminos diferentes y bajo ruines pretextos, y fundando su esperanza y los deseos que sentía de la muerte de su padre y señor en la declaración, de que se lisonjeaba, del populacho en su favor.

»Todo esto ha sido descubierto en seguida por las informaciones criminales, después de haberse negado a declararlo él mismo, como se ha consignado más arriba.

»Así, es evidente, por todas estas maniobras del zarevitz, y por las declaraciones que ha prestado por escrito y de palabra, y, en último lugar, por la del 22 de junio del presente año, que no ha querido que la sucesión a la corona ocurriese, después de la muerte de su padre, del modo que su padre hubiese querido dejársela, según dispone la equidad y las vías y los medios que Dios ha prescrito, sino que ha deseado y ha tenido el proyecto de llegar a ella, aun en vida de su padre y señor, contra la

voluntad de Su Majestad zariana y oponiéndose a todo lo que su padre quería, y no solamente por las sublevaciones de rebeldes que él esperaba, sino también por el concurso del emperador, y con un ejército extranjero que él se había jactado de tener a su disposición, aun a costa de la ruina del Estado y de la enajenación de todo lo que del Estado se le hubiera podido pedir por este concurso,

«La exposición que se acaba de hacer deja ver, pues, que el zarevitz, ocultando todos sus perniciosos proyectos y encubriendo a muchas personas que han estado en inteligencia con él, como ha hecho hasta el último examen y hasta que ha sido plenamente convencido de todas sus maquinaciones, ha tenido la atención de reservarse para el porvenir, cuando se presentase ocasión favorable de proseguir sus planes y de llevar a cabo la ejecución de esta horrible empresa contra su padre y señor y contra todo este imperio.

«Se ha hecho por ello indigno de la clemencia y del perdón que le ha sido prometido por su señor padre; él mismo lo ha confesado también, tanto ante Su Majestad zariana como en presencia de todos los representantes de los estados eclesiástico y seglar, y públicamente ante toda la asamblea; y ha declarado también verbalmente y por escrito ante los jueces abajo firmantes, establecidos por Su Majestad zariana, que todo lo arriba consignado era verdadero y manifiesto por los efectos que de ello habían aparecido.

«Así, puesto que las susodichas leyes divinas y

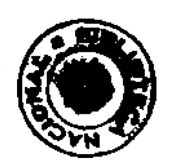
eclesiásticas, las civiles y las militares, y particularmente las dos últimas, condenan a muerte sin misericordia, no solamente a aquellos cuyos atentados contra su padre y señor han sido manifestados por evidencias o probados por escritos, sino también a aquellos cuyos atentados no han estado más que en la intención de rebelarse, o de haber formado simples intenciones de matar a su soberano, o de usurpar el imperio, ¿qué pensar de un intento de rebelión tal como apenas se ha oído hablar de otro semejante en el mundo, unido al de un horrible doble parricidio contra su soberano? Primeramente, como su padre de la patria, y además como padre suyo según la naturaleza —un padre muy clemente, que ha hecho criar al zarevitz desde la cuna con cuidados más que paternales, con una ternura y una bondad que se han manifestado en todas las ocasiones, que ha tratado de formarle para el gobierno y de instruirle con trabajos increíbles y una aplicación infatigable en el arte militar, para hacerle capaz y digno de la sucesión de un tan gran imperio—, ¿con cuánto mayor razón un proyecto semejante ha merecido una pena de muerte?

•Con el corazón afligido y los ojos llenos de lágrimas, nosotros, como servidores y súbditos, pronunciamos esta sentencia, considerando que no nos corresponde, por esta cualidad, entrar en juicio de tan gran importancia, y particularmente pronunciar una sentencia contra el hijo del muy soberano y muy clemente zar nuestro

señor. Sin embargo, siendo su voluntad que nosotros juzguemos, declaramos por la presente nuestra verdadera opinión, y pronunciamos esta condenación con una conciencia tan pura y tan cristiana, que creemos poderla sostener ante el terrible, el justo y el imparcial juicio del gran Dios.

»Sometiendo, por lo demás, esta sentencia, que nosotros entregamos, y esta condenación que hacemos, al soberano poder, a la voluntad y a la clemente revisión de Su Majestad zariana, nuestro muy clemente monarca.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO



INDICE DEL TOMO SEGUNDO